

LEANDRO PERDOMO

CRONICAS ISLEÑAS



1978

BIBLIOTECA
MANUEL HERNANDEZ

	346.575
	346.576

CRONICAS ISLEÑAS
(1976-77)

A mi amigo Manuel Hernández Suárez, bibliófilo y escritor consercente de la sociedad de las letras isleñas. Siempre mi reconocimiento y estimación.

Juan José Rivera

Zezguise, marzo, 1979

EDITADO POR EL EXCELENTISIMO CABILDO INSULAR DE LANZAROTE
DIBUJOS: AGUSTIN CABRERA PERDOMO

LEANDRO PERDOMO

CRONICAS ISLEÑAS
(1976-77)

1978

I.S.B.N.: 84-500-2994-5

Depósito legal: M. 41605.—1978

Selecciones Gráficas (Ediciones). Paseo de la Dirección, 52. Madrid-29

*A los hijos de Lanzarote,
Gran Canaria y Fuerteventura
que han demostrado un
desinteresado amor por su
isla y no han especulado.
Y a todos los que a las islas
han llegado sin ánimo de es-
peculación y lucro.*

L. P.

EL UNICO VIVO: EL BOBO

Llanura parda. Tierra roja, bermeja, machacada, soleada, azaleada. Las montañas cárdenas, o grises, o plumizas, o pajizas y las morras, resaltan al atardecer más que en el amanecer del día. La planicie escarpada del volcán resalta a todas horas, negro brillante a veces, rosáceo otras. Y las peladas costas pedregosas muestran un color indefinido, «campos de soledad, mustio collado». Sólo las carreteras presentan en sus aristas, a intervalos, tenues sombras de verdor: son los bobos.

Yo no sé cuál es el nombre científico de esa planta fiera, valiente, tremendamente valiente. En la isla se le llama «bobo», y no sé el porqué del degradante apelativo. Debería llamársele todo lo contrario, ya que cuando los otros ejemplares de vegetación autóctona sucumben bajo las circunstancias inclementes, ella escapa, persiste, pervive. La higuera, y la tunera, y la aulaga, y la tabaiba y el tarajal, se retuercen esqueléticos y resequidos en todas las trayectorias de la isla mientras el bobo se mantiene firme en su verdor, con su pequeña flor acanutada y lozana de amarillos suaves y amarillos fuertes. Resulta asombroso ver a esos arbustos erguidos en el paisaje desolado de la isla resistiéndose a morir, después de la prolongada sequía. A mí se me antojan guerreros en pie, supervivientes de sangrienta y feroz batalla. Pudiera decirse que en Lanzarote se ha librado una gran batalla vegetal, a vida o muerte, entre todas las especies, y sobre los campos angustiados sólo ha quedado victorioso el bobo.

Yo creo que el bobo lanzaroteño se merece un elogio, ese

arbolito o arbusto que con esta palabra se conoce. El otro, el común, el humano, no merece mención y ni siquiera fijarse en él cuando anda por la calle, erguido también pero jactancioso además de sus listuras y pillerías. Me refiero al bobo pillo, listo y baladrón. Listo sobre todo para los negocios y el medro, y es el tipo que más abunda, mucho más que el simple simplón y que también especula.

Merece, sin duda alguna, un elogio el arbolito. Yo voy a intentarlo, a mi manera. Así:

Oh, bobo lanzaroteño erecto y retorcido, bobo mustio y lozano, bobo cruel. Tu crueldad consiste en florecer. Mientras a tu alrededor la muerte asombra la tragedia vegetal de la sed y la tierra sin semilla, mientras sucumbe la aulaga austera y el tarajal, tú te mantienes enhiesto y, como riéndote, eres capaz de florecer. Porque tú debieras, en solidaridad a las otras plantas que mueren en la brecha «coyuntural» de un cielo escurrido de nubes y un suelo yermo y deshidratado, guardarte la flor. Ya está bien con la hoja. Está bien que enseñes la hoja verde («verde que te quiero verde») y el tallo leñoso y la rama y el sarmiento jugosos, pero no enseñes, además, la flor. Con la flor, oh bobo, no parece sino que pretendes provocar. Con tu flor acanutada de amarillos múltiples das como una impresión de risa, de que quieres reírte, hacer mofa de la miseria que respalda el surco macilento de la tierra conejera más acá y más allá del horizonte, pelado horizonte, mustio y turbio horizonte... ¿O será, acaso, que con tu verdor y tu lozana flor, simplemente lo que quieres es llamar la atención? ¿Será que quieres desquitarte? ¿Será, tal vez, que en medio de tanta miseria vegetal, en medio de los campos ajados, quieres vengarte del eterno olvido, de la idiferencia hacia ti del ojo humano, del menosprecio en que siempre te ha tenido el hombre isleño? Si es así, luce tu flor, bobo conejero, bobo austero. Luce con desafío tu flor canular en el valle, en el barranco, en la morra becerril y al borde de las carreteras. Para que te vean bien y te miren cuando pasen el caminante solitario y el que va en manada, el nativo como el forastero, el isleño como el turista, el señorito desde su coche primoroso y el pobre desde la guagua perrera... Que todos te miren y te admiren. Sin una gota de agua toda la

flora insular se doblega, se marchita, se muere de pena y de rabia mientras tú te mantienes erguido, erecto y retorcido en el campo de combate como un guerrero antiguo sin escudo ni coraza luciendo el laurel de tu flor acanutada frente al enemigo, frente al tiempo, frente al clima, frente a los siglos... Por tu coraje soterado, por tu paciencia, por tu bravura, por tu ascetismo demencial, por tu templanza, por tu temperancia y por tu idiosincrasia, yo te admiro, bobo silvestre y rudo, bobo olímpico, bobo bíblico. Y por tu raíz profunda succionadora de entrañas, raíz resabiada de rábano rudo alombrizado y miñoquero... Por todas esas virtudes vitales del ser y del no ser inconsciente y vegetal, recibe, oh bobo conejero, este escueto elogio de un hombre que por encima de todo ama lo sencillo, lo abandonado y desgarrado, lo olvidado y despreciado..., como ha sido siempre tu leñosa estampa en el rústico ámbito lanzaroteño.

LA SALVACION DEL CURA Y «EL TORTO»

La farola no había empezado a destellar en la punta del muelle, pero estaba a punto, la tarde moría. En el muelle, en la misma punta, un hombre, el mismo de siempre, tiraba la caña indolente, indiferente, tumbada a un lado la cabeza contra el soco de la farola como adormilado, esperando la mordedura del pez que sería su sustento, el sustento de cada día, el de él y de su mujer. Este hombre era Isidro «el Torto», cachucha parda de visera ladeada en la cabeza, colilla del virginio entre los dientes y una sonrisa mustia a todo lo largo del rostro curtido de soles y brisas y alientos marineros y estrellas, que también las estrellas lo acompañaban en las albas y en los crepúsculos, límites del tiempo en su diaria faena de pescador sin otro elemento que su caña, de pescador sin chalana ni barco, de pescador de tierra, de muelle, de orilla.

Por aquella época, finales de la década de los años veinte, Arrecife puede decirse que se alimentaba de lo que le llegaba de la mar, de las profundidades del mar, o sea: de la pesca. Y así había hombres pobres, marineros muy pobres como Isidro «el Torto» que sólo contaba con su caña para hacerle frente a la vida. Otros más favorecidos contaban con su embarcación, chalana o barquillo, y éstos eran una especie de privilegiados de la fortuna, especie de «clase acomodada» en la gran familia marinera de Arrecife. Los de barquillo y chalana salían a la mar unas horas antes de romper el día y regresaban al puerto a la media mañana, o antes, donde sus mujeres los esperaban con los cestos para cargar y proceder a la venta; los de tierra u orilla, como Isidro,

salían caña al hombre con las primeras luces del alba y hasta el oscurecer se prolongaba la faena. Aquéllos trabajaban si acaso seis horas, ocho horas a lo más; pertenecían al gremio de los privilegiados. Estos tenían que batallar de sol a sol, o sea de doce a catorce horas si querían cubrir un jornal mínimo digno que les permitiera vivir sin hambres; eran los desventurados, los miserables, los indigentes, como lo era Isidro «el Torto».

Y una tarde, una de esas tardes plácidas del verano en que Arrecife parece encogerse sobre sí mismo en el marco de una tarjeta postal (Puente de las Bolas, Castillo, arrecifes rocosos y gaviotas), una de esas tardes en que se contempla incendiado el horizonte marino con la caída del sol y resplandeciente de azul profundo el cielo ribereño, como si hubiera sido una pincelada propicia para vivificar el paisaje, se ve a un cura que camina por la senda de los puentes hacia el muelle. El negro de la sotana resalta en la transparencia de la placidez de la tarde. Don Matías se llamaba el cura, párroco de la ciudad, y don Matías acostumbraba ir leyendo el periódico en sus vespertinos paseos porteños, abstraído a veces en la lectura, como ésta en que leyendo y caminando no se apercibe de que va llegando al final del espigón y sigue caminando y se manda de cabeza al mar.

Antes de dar don Matías el taponazo contra las olas, ya Isidro «el Torto», que pescaba en la misma punta del muelle asocado por atrás de la farola, se había percatado e, instintivamente, había levantado la caña. Y con la caña levantada Isidro mira desde arriba a don Matías que bracea y lucha por mantenerse a flote y muy correctamente, como siempre hacía cuando se lo tropezaba en la calle, lo saluda: «¿Qué tal, cómo le va, don Matías?»

Al principio, mientras la sotana no se empapó del todo, don Matías se mantuvo a flote; pero al rato empezó a hundirse y fue cuando se entabló el siguiente diálogo:

CURA (gritando).—¡Echame la caña, Isidro, por el amor de Dios!

ISIDRO.—No, don Matías, que me la parte.

CURA.—¡Yo te la pago, si se parte; te pago el doble de lo que vale!

ISIDRO.—No, yo no quiero que me pague nada y no me intere-

sa otra caña que la mía, ésta (y la golpeaba con su mano callosa), ésta que es la que me da todos los días de comer...

CURA (medio asfixiado ya y tragando agua).—¡Alóngame la caña, Isidro, que me estoy ahogando! ¡Yo soy un cura bueno y yo te absuelvo de todos tus pecados!

ISIDRO (sin inmutarse y sin moverse).—No, don Matías, yo no le echo la caña y a mis pecados déjelos quietos, que a los que tiene que perdonar es a los suyos, que ya le queda poco.

CURA (con voz cada vez más fuerte).—¡Que me ahogo, que me muero! ¡Ten compasión, Isidro, piedad para este pecador!

ISIDRO (dándole potencia ahora a la garganta).—¡Ah, lo reconoce, eh? ¡Pues húndase con sus pecados y muera como un hombre!

CURA.—¡Sálvame, Isidro! ¡Echame la caña y yo te daré lo que me pidas!

ISIDRO.—Yo no quiero nada. Y ya le dije que no le echo la caña porque me la parte.

CURA (saliendo a flote y braceando desesperadamente).—¡Por lo que más quieras, Isidro, no me dejes que me hunda!

ISIDRO (ahuecando la voz en la palma de la mano).—¡Si se hunde a mí me importa un pito!

CURA (ya en las últimas).—¡Isidro, que me estoy chijando, échame la caña!

ISIDRO (con toda la potencia de su voz y tuteándolo ahora).—¡Pues chájate y muérete de una vez, desgraciado! ¡Y muere como un mártir! ¡Muérete digno de la misma palabra tuya en los sermones predicando la santidad! ¡Ahora tienes la ocasión de demostrarlo muriéndote como se mueren los santos, aunque te mueras cagao!...

A don Matías lo salvaron unos pescadores de barquillo que llegaron a tiempo de cogerlo por los pelos cuando ya se hundía por última vez, o sea la tercera de sacar la cabeza a flote. Y don Matías siguió en la parroquia de Arrecife. Y fíjense ustedes si era hombre bueno que perdonó a Isidro. Y cuando alguien, después de pasado el tiempo, con intención o sin intención, le recordaba el percance y le nombraba al «Torto», él respondía: «Buen muchacho, Isidro «el Torto» es un buen muchacho»...

LOS TRIPUDOS DEL VOLANTE

El coche marcha carretera adelante deslizándose serenamente, sin balanceos, sin saltos, sin ni siquiera un simple movimiento contradictorio. Es la suprema estabilidad. A tal perfección se ha llegado en eso de «los muelles y la suspensión», que ya en algunas marcas de vehículos ir en el asiento de alante o de atrás es lo mismo que estar en la casa sentado en cómodo sofá, adormilado o entontecido.

Por Tao y por Tiagua habíamos pasado y yo me había quedado fijo largo rato mirando a un burro, que todavía queda alguno, con su viajante a lomos y sus alforjas. El burro iba trotando y yo pensé, al verlo: «Ese hombre que va montado llegará sin duda a donde quiera que vaya, y ese hombre es un privilegiado, pues no solamente está exento del accidente, leve o mortal, sino que además va haciendo un ejercicio muy bueno y muy sano, con el pinchoneo del burro. A ese no le crecerá la tripa, no será un barrigudo, un panzudo.

Con la imagen todavía en mi mente del hombre trotando en su burro allá por Tao y Tiagua, al ir llegando a Arrecife de repente los que viajábamos en el coche nos fuimos hacia delante bruscamente. El chófer había frenado casi en seco. A unos metros de nosotros otro coche y un furgón que venía de frente se encontraban parados, muy cerca uno del otro. Y veo que se bajan rápidamente unos hombres de ambos vehículos y recogen a un niño que yacía por tierra sin conocimiento. Un accidente, un atropello. Una víctima más del tráfico rodado... Al niño lo metieron en el

furgón y cuando éste ya arrancaba para transportar al herido al hospital, una mujer que llega despavorida grita y se cuelga del furgón: «Mi hijo, es mi hijo, pobre hijo, qué le pasa a mi hijo.»

Nosotros seguimos y no supimos más. Al niño se lo llevaron, y a la madre que gritaba, también. Y entramos en Arrecife y la imagen del niño y de la madre en mi imaginación se interponía a intervalos a la del hombre trotando en su burro entre Tiagua y Tao. Y como tardamos tanto en llegar del barrio de Santa Coloma a la Avenida del Mar como de Tiagua a Arrecife, frente a tanto coche que se interponía y que frenaba y que se cruzaba y avanzaba en canal por entre las filas enormes, interminables, de los aparcados, yo tuve tiempo de envidiar al hombre del burro, y añoré la época aquella no tan lejana en que Arrecife contaba apenas con una docena de vehículos a motor y el burro era el medio adecuado del transporte, con el camello. Envidié al hombre del burro y envidié a los hombres que por la época del burro podían caminar por las calles de la ciudad a sus anchas, sin temor al zarpazo criminal de la rueda y sin temor al ruido acelerado y ensordecedor del motor y a la asfisiadora nasal de los humos. Pero claro, como el progreso es el progreso y al progreso no hay quién lo detenga, según algunos, no puede uno oponerse al progreso, y hay que resignarse, hay que aceptarlo, resignarse, reconocerlo, admitirlo... Está bien, yo no lo discuto. Únicamente digo, o mejor dicho me limito a decir: Pero a qué costa, amigo. Aquella madre colgada al furgón llorando, y todas las madres que han perdido un hijo frente al fragor del cada vez más intenso tráfico motorizado, maldecirán mientras vivan al progreso, a ese progreso de la rueda y el coche y la prisa y la estupidez de los que no pueden ya vivir sin estar a cualquier hora del día pegados al volante, que son los más.

Después, por otro lado, en medio de tanto progreso mecánico y motorizado, a más de los que toda su vida llorarán al familiar muerto bajo la rueda, están aquellos otros que sin darse cuenta, y sin accidente leve o mortal, se van poco a poco hinchando, abultándoseles el vientre de tantas horas diarias sedentarias frente al manillar. Son los tripudos del volante. Son los que no quieren caminar. Los que para ir de una esquina a la otra no son capaces

de utilizar los pies, que tan saludable es. Los que si un día, por lo que sea, se ven impedidos de conducir un vehículo, son capaces hasta de morirse. Los que utilizan el coche a toda hora como una necesidad perentoria de vida o muerte... Estos y no otros, que desgraciadamente no son los menos, sino los más (y desgraciadamente para ellos mismos) son los que yo llamo, sin intención de insultar sino todo lo contrario, de salvar... A éstos son a los que yo llamo los tripudos del volante. Porque quieran o no quieran, con tanta sentada y tan poco caminar, quiéranlo o no se les abultará la tripa, se les inflará, se les soplará, se les hinchará.

ESA MORTIFERA RUEDA

Ya le dediqué en otras ocasiones unas líneas al tema. Hoy insisto. Porque tantos son los estragos que está causando la rueda que, sin tratar de ser exagerados, puede decirse que entre los jinetes del Apocalipsis actuales, la rueda no se viene a menos frente al cáncer, el terrorismo, el alcohol, las drogas y las enfermedades cardiovasculares.

Todos esos que no piensan sino en vivir lo más cómodamente posible y lo más jacarandosamente y divertidamente posible arrellanados en el asiento, fechados al manillar, deberían pensar un poco en los estragos de la rueda, de tanta rueda. Ya en Arrecife no hay calle por la que el ciudadano pueda caminar tranquilamente. Y como en Arrecife ocurre en Las Palmas y en Santa Cruz de Tenerife y en tantas y tantas ciudades peninsulares. Pero en Arrecife parece que el fenómeno se agudiza cada día. Cada día más y más coches, ya no caben en la chata ciudad aplanada y ajetreante. No hay ya dónde aparcar y el peatón se las ve y se las desea para cruzar la esquina y difícilmente andar por lo que en sí le pertenece, por las aceras, cubiertas en su mayor parte por la apretada fila de artefactos motorizados.

Pero esto es lo de menos. El sufrido ciudadano lo aguantará todo, ruidos, jumaseras y embestidas, con tal de que la ciudad trepide y haga honor a su rango capitalino. Hay que sacrificarlo todo al progreso, dicen muchos, sin pensar en que muy pronto, si no se busca remedio a tiempo, la ciudad se convulsionará ahogada en el tráfigo continuo de la rueda y el motor. ¿Soluciones?

Al parecer no hay ninguna, a no ser que se tomen medidas de prohibición de entrar en la ciudad a los vehículos procedentes de los campos (que los dejen fuera del casco urbano y entren a pie, a excepción de las guaguas y los camiones de carga), o que se imponga la ley de pares e impares, o sea, de que circulen un día sí y otro no, según el número par o impar de la matrícula.

Pero esto, asimismo, es lo de menos. Lo de más es de otro rango. Porque al fin y al cabo no dejará de ser pecata minuta esa cuestión del abarrotamiento circulatorio al lado de lo que más importa: el dolor que está regando por todas partes la maldita rueda. Esto sí que es lo de más. Porque, ¿cuántos accidentes mortales se producen en las carreteras del país diariamente? A los entusiastas, o mejor sería decir viciosos del volante, a todos esos que viven más dentro del coche que dentro de la casa, a todos los que no viven sino por el coche y para el coche, a fin de persuadirlos de que amen un poco menos el coche y un poco más la vida, sus propias vidas, yo los haría a la fuerza visitar los hospitales y recorrer las salas donde yacen inválidos tantos jóvenes, donde se retuercen de dolor (dolor del miembro amputado y dolor del alma) tantas personas malaventuradas que un día cayeron trágicamente heridas bajo la rueda.

Maldita rueda. Cuántas madres, cuántos hijos y hermanos y amigos lloran diariamente la pérdida del ser querido, al que atropelló la rueda. Cuántos hombres y cuántas mujeres que pudieron vivir sus vidas sin mayores penas arrastran hoy su existencia cuales fantasmas del dolor después del día aquel en que la mortífera rueda se les echó encima trágicamente, despiadadamente...

Y, sin embargo, hay quienes no pueden vivir sin el coche, quienes si les quitan el coche son capaces hasta de morirse, de suicidarse.

LANZAROTE EN RUEDAS

Ya les estoy viendo la cara a los «aficionados al coche». Ya les estoy viendo las expresiones de contrariedad al leer el título, y ya me parece estarlos oyendo decir: «Caramba con éste, que no nos deja tranquilos. ¿Pero qué tiene este hombre contra nosotros, qué le hemos hecho? ¿Será capaz de enfilar la pluma otra vez contra nosotros, los que amamos la rueda porque la rueda es nuestro *hobby*, nuestro entretenimiento y nuestro pasatiempo favoritos?»

No tengan cuidado y no se asusten ustedes, amigos. No me meteré con ustedes esta vez. El tema, aunque el título no lo parezca, es de otra índole, no tiene nada que ver con el motor de explosión, ni con los humos, ni los bocinazos, ni los accidentes, ni las hinchazones de tripa. Lo único que voy a objetar, al respecto, es que no deben llamarlo, a ese afán de conducir a cada hora y en todo instante, *hobby* o pasatiempo, sino más bien «circunstancia vital». Ya he dicho que a muchos, si les quitan el coche, se mueren. El coche se les ha hecho, o se les ha convertido, en esencia de vida, en circunstancia vital, en algo sin lo cual no pueden ya vivir, de lo cual no pueden prescindir, con lo cual han de sentirse identificados hasta la propia muerte.

Pero no se preocupen, no se alarmen: hoy hablaré de otra cosa, no obstante el título. Hoy voy a divagar un poco sobre la perspectiva o panorama de desastre que se vislumbra en el horizonte económico de la isla, de nuestra isla, aunque este panorama sea un tanto extensivo a las otras islas. Y es que después de la

enorme sequía que padeció Lanzarote en el último año, si el que viene o está comenzando (año agrícola) es de pareja catadura, entonces sí que vamos a estar todos aviados. Papas a cuarenta pesetas el kilo, batatas a veinticinco, higos a treinta, uvas a setenta... Esto no se ha visto nunca. Ha sido tal el desmán de ciertos productos del campo últimamente, que comerse un potaje, un simple plato de potaje de uno cualquiera de los granos con un poco de verdura, para algunos bolsillos no precisamente escurridos ha significado poco menos que una proeza. Hasta el potaje, aquel potajito nuestro de antaño, condumio diario del pobre con el pejín o la jarea, se ha elevado a gastos prohibitivos, a plato privilegiado del pudiente, del potentado, del acaudalado.

Sí, feo y difícil se presenta el panorama económico para los que viven de un jornal o un simple sueldo de modesto empleado, oficinista o no oficinista. Algunos apuradamente escaparán, algunos pasarán hambre. Las tiendas seguirán abarrotadas y los comercios harán gala de una superabundancia de productos envasados y exóticos, pero el que no cuente con la cuenta corriente abultada o la renta fija devengada o el pluriempleo del enchufe desdoblado, a ése, que se apronte, que se apreste a ceñirse con saña el cinturón.

Muchos creyeron que el turismo lo solucionaba todo, y ése ha sido el error. El turismo ha enriquecido a unos, a otros les ha dado su *gagnepein* y a los demás nada. Esta es la desolante realidad, la triste realidad isleña que todavía hay quien se resiste a reconocer. La panacea turística no era tal panacea. Se ha visto y está comprobado que del turismo se beneficia un sector: el de los listos y aprovechados, nacionales como extranjeros, a los que yo llamo «los de la pella». Pero el pueblo, la comunidad, esa masa de hombres y de mujeres que constituyen la sociedad isleña, ¿qué recibe? Migajas...

Y ese ha sido el mal. Mientras se apoyaba y «promocionaba» por todos los medios al sector turístico, el campo se abandonaba y la pesca (la otra fuente de riqueza positiva y verdadera) se menospreciaba, o se iba dejando de la mano y no se le prestaba la atención requerida con créditos estatales para el remozamiento de barcos o tecnificación correspondiente. Ese ha sido el mal y ese

ha sido el error. Y como los errores se pagan, a punto estamos de pagar todos por unos, porque... como se pierda el «último bastión» que es el banco sahariano, eminentemente sardinero, adiós muy buenas: la maltrecha y desfasada flota tendrá que amarrar definitivamente y las factorías cerrar sus puertas. Y en estas factorías, que en Lanzarote son cuatro, millares de hombres y de mujeres se agencian el sustento. Paralizadas las factorías, miles de hogares quedarán al paio, y la isla, requemada por la sequía, completamente paralizada, o paralítica. Y aquí viene la justificación del título: «Lanzarote en ruedas». Resquebrajada y rota en su agricultura y en su industria de la salazón del pescado y la sardina, la isla se verá como un tullido en su carro: lisiada, paralítica, hemipléjica, marchando sobre ruedas.

CANTANTE Y SONANTE

Señor Sanon, de Tiagua, era tratante y vendía, a más de burros y camellos, pajeros. En verdad él vendía de todo, pero su especialidad eran los animales dichos y los pajeros. Siempre al contado. Jamás dio crédito a nadie ni le vendió la mercancía fiada al más amigo. Así prosperó, o no prosperó, quién lo sabe... Un día apareció un forastero por su casa y después de discutir el precio y quedar cerrado el trato, de un salto se encaramó en el pajero y empezó a tirar la «torta», capa de tierra arcillosa amasada con granzón que se pone sobre la paja como techo para resguardarlo de lluvias y ventoleras. Iba ya a desbaratar el pajero cuando se oye en el silencio sordo de la tarde conejera la voz cañuta del señor Sanon que le grita al otro desde abajo: «¡Oisga, pero qué está haciendo, hombre de Dios! ¡No sabe que primero hay que aflojar las perras, contar el dinero cantante y sonante!»

Cantante y sonante era la frase, y *cantante* la palabra, no cantante. Había que contar el dinero, naturalmente, pero al mismo tiempo el dinero tenía que cantar, a más de sonar. Era la época de las monedas de plata, duros y pesetas, y los duros y las pesetas valían por sí mismos, por el peso y los quilates de su «masa metálica». Y como circulaban duros «ruines», hechos de plomo o estaño, que a veces sonaban pero no cantaban, había que comprobarlo dejando caer la moneda sobre el mármol del mostrador o tirándola al suelo, contra una piedra o el cemento. El que tenía un duro ruin y lograba colarlo era poco menos que un héroe. Y al que se lo colaban ya podía callarse la boca, no decir nada, que

nadie se enterara, pues los epítetos de babieca, tontaina, simplón y guanajo le llovían encima a todas horas, de día y de noche. Después estaban también las perras ruines, las barbudas extranjeras y las bigotudas, que circulaban con profusión y los comerciantes se dejaban colar ya que al fin y al cabo eran de cobre, igual que las nuestras, las desbarbadas borbónicas, y el cobre valía. Tanto, que por una perra gorda, auténtica o falsa, puesta en el mostrador, le daban a cualquiera una caja de cigarrillos, un huevo, un chorizo, un kilo de gofio, una copa de coñac, un vaso de ron... Y yo me acuerdo.

Hoy, ¡cómo ha cambiado todo! Ya no hay perras barbudas, de cobre, ni duros ruines, de plata. Hay mucho papel, eso sí, muchos billetes de papel y muchas letras bancarias, y muchos cheques y muchos recibos, y facturas y vales, y bonos y libranzas..., muchas libranzas sobre todo, mucha orden de pago y sin ser de pago y..., líbrenos Dios de tanto papel y de tanta orden. Ejemplo vivo las papas. Subieron exorbitantemente de precio por la escasez y cuando se acabó la escasez y volvió la abundancia, las papas que no bajan. Lo mismo ha ocurrido con otros artículos alimenticios. Y que yo me acuerde, allá por la época de los duros de plata ruines y las perras de cobre barbudas, los comerciantes no se burlaban tan descaradamente del pobre consumidor. Si acaso, éste se burlaba de aquél cuando le colaba la moneda falsa.

Cantante y sonante, decía el viejo Sanon, de Tiagua, que no se fiaba de nadie a la hora de pagar. Cantante y sonante es lo que se oye por todos sitios, aunque no suene la voz de la palabra, después de la crisis, cuyas letras de banco protestadas en el último año se cuentan por millones y cuyos pleitos y demandas judiciales por incumplimiento en deudas y pagos tienen a los juzgados apabullados, abarrotados, según dicen. Y como no llueva, como este año persista en Canarias la sequía, entonces sí que el «cantante y sonante» del señor Sanon va a dejarse oír a viva voz hasta más allá de la tierra, hasta más allá del mar, como un alarido. Eso para que siga fomentándose el turismo, negocio de unos cuantos, a expensas de la agricultura, negocio de muchos; para que la «política turística» impere sobre la industrial y la agronómica, como así ha sido desde hace años; para que el elemento

vital de la riqueza agrícola canaria que constituye el agua del pozo y del embalse se canalice en duchas sobre la rejalvida piel extranjera, a chorro abierto, mientras el plátano y el tomate, y la papa y el berro, y el grano y el cereal se retuercen de sed, con los precios por las nubes, y los camellos en Lanzarote y los burros en Fuerteventura y las cabras y las vacas en Gran Canaria tengan que ser sacrificados esqueléticamente, inexorablemente...

LA FE, LA FIESTA Y EL VENTORRILLO

Miles de coches y miles de personas. Sin lugar a dudas fue honrada la Patrona de Lanzarote, la Virgen de los Dolores o de los Volcanes, como se merece. Los coches no cesaban de entrar y de salir y las gentes se conglomeraban alrededor de la humilde ermita queriendo entrar, queriendo verla y acercársele lo más posible a la Virgen, devotamente, fervorosamente... Un espectáculo de masas fue aquello. Contemplando la imagen cargada a hombros rudos, al compás del tambor y de la brisa que soplaba fresca en la hora tambaleante del crepúsculo, Esteban Cabrera, de Tiagua, mi amigo Estegan, me decía, con esa convicción del hombre aventado de tantas y tantas supercherías humanas, pero con fe todavía en las potencias extrahumanas, o sobrehumanas: «Mira, mírala cómo arrastra a la muchedumbre. Sé que muchos vienen a la fiesta a divertirse y beber y cantar; pero muchos también vienen por ella, para estar a su lado, para rezarle y para pedirle y para consolarse con su dolor, con ese sublime dolor de madre que resplandecen su rostro y su manto. Cuando yo daba escuela en Tajaste, observé muchas veces cómo los campesinos al ir o venir del trabajo, al pasar por la ermita detenían la marcha y oraban mudos según caminaban. Y es que creen, tienen fe, están convencidos de que con su poder frenó las oleadas de lava ardiente que avanzaban sobre el pueblo. De padres a hijos se ha transmitido esa creencia y esa fe y por eso hoy, día de Dolores, de todos los rincones de la isla vienen a acompañarla, aunque muchos no piensen sino en el vino y la parranda...»

Quizá como ningún año se ha aglomerado tanta gente en la fiesta de Dolores. Yo, desde arriba del morro volcánico que contornea a la ermita, avizoraba el gentío, las atracciones, los ventorrillos. Y por mi imaginación se descolgaron los años de la niñez venturosa en la Vegueta «antigua y caciquil» donde el día de Dolores pasábamos los chiquillos horas y horas agazapados en el malecón dormido viendo pasar a los romeros. Y contábamos los burros, y los camellos, y las mujeres que caminaban carretera adelante desnudos sus pies, y así pasábamos el día entero de la mañana a la noche, regocijados de ver pasar tanta gente camino de Mancha Blanca, hacia la fiesta de Dolores donde para que la fiesta fuera completa tenía que contarse con el pleito y la puñalada. Porque hubo una época en la que el esplendor de las fiestas patronales de los pueblos en Lanzarote se medía por la sangre derramada, o sea, por los combates a la piedra o al cuchillo habidos entre borrachos, que no todos se emborrachaban.

A este respecto me contaba hace días un pariente mío de la Vegueta, apellidado Duque y con un costal de años ya endurecido a la espalda: «Había de todo en la fiesta de Dolores antiguamente. Yo me acuerdo que una vez, siendo mozalbete de unos dieciséis o diecisiete años, estaba allí jocundo y lleno de alborozo viendo tanto burro y tanto camello que llegaban de todos sitios, cuando de repente mis ojos quedaron clavados en dos jinetes que venían galopando en sendos caballos espléndidamente enjaezados, brillándoles las correas de hebillas doradas a las bestias y brillándoles a ellos en el rostro la satisfacción de montar tan bravíos animales. Yo, que siempre me ha gustado contemplar a las bestias caballares cuando son arrogantes, me fui acercando y a una distancia adecuada me coloqué para no perderme el espectáculo. Y el espectáculo fue que los dos jinetes descabalgan y en el primer ventorrillo piden vino y empiezan a beber y al rato empiezan a tirar los vasos y a romper botellas y todo lo que había en el ventorrillo. Yo, jovencito como era, miraba y miraba y no quería creerlo: que aquellos señores dueños de tan hermosos caballos, que parecían dos caballeros y que sin duda lo eran, se portaran de aquella manera. Y me fui echando para atrás y me coloqué próximo al ventorrillo de una viejita toda arrugada, cercano al

otro. Y me dije, echándole ojo a una piedra redonda relingada en el suelo: «Yo tumbo a uno. Esos son dos abusadores, aunque parezcan señoritos, y si vienen a hacer lo mismo con el ventorrillo de la viejita, por lo menos a uno le vuelvo la cabeza de un bolazo...» No hubo de qué, pues cuando terminaron de destrozar el ventorrillo del hombre le preguntaron cuánto le debían y el hombre dijo «tanto» y ellos pagaron y se fueron y el hombre se quedó muy contento y sonriente contando su dinero. Y fijese usted, pariente, cuál no sería mi asombro, que al pasar los caballeros por cerca del ventorrillo de la viejita, yo todavía echándole ojo a la piedra, oigo a la viejita que le grita a uno de los caballeros: «¡Don Fernando, don Fernando, por favor; no se vayan sin pasar por mi ventorrillo!» Entonces lo comprendí todo y mi romanticismo de joven desfacedor de entuertos se me escurrió por los suelos...»

Coches, miles de coches. Personas, miles de personas. La fiesta de Dolores este año ha resplandecido como todos los años. Pero yo eché de menos la parranda del timple y guitarra, a los burros y los camellos y los caballos y al ventorrillo pobre de fardos y sacos rotos y esteras que los caballeros destrozaban y pagaban el doble y hasta el triple de lo que le había costado a su dueño el ventorrillo.

LA SALVACION DE LOS SANTOS Y LOS BIGOTES DE DON LUIS

Tradicional es el sentir religioso de la Villa de Teguisse. En todos los tiempos ha sido Teguisse ejemplo vivo de una religiosidad a toda prueba, que algunos han exagerado diciendo que sólo ha sido, y es, el resultado tétrico de un pueblo fanatizado, sotanil, beato por antonomasia. Pero yo en esto no me meto. Mi propósito aquí se limita a relatar imparcialmente unos hechos, por creerlos dignos de recordación, sin meterme para nada en lo tocante al beatismo.

La iglesia parroquial de Teguisse quizá sea la iglesia más sufrida de todo el Archipiélago. Fue quemada varias veces por los moros (siglos XVI y XVII), y cuando ya parecía que jamás volvería a ser pasto de las llamas, porque los moros se retrajeron en sus devastadoras «razzias», he aquí que en el siglo que corre, allá por el año de 1909, la iglesia que vuelve a quemarse. Esta vez el hecho fue fortuito. Un monaguillo atolondrado se olvidó de soplar la vela encendida en el coro, todo de madera, y el incendio no se hizo esperar, siendo voraz el incendio. Aunque algunas lenguas malintencionadas dijera después que el fuego fue provocado por unos señores que ya habían sacado del templo ricas reliquias de oro y plata, la verdad cierta es la del monaguillo.

Yo no había nacido en 1909, pues nací años después, por lo que no vi el incendio, no vi lo que exactamente pasó. Pero algunas personas que aún viven lo vieron. Una de estas personas me ha contado lo que él vio, así:

«Las llamaradas eran como gigantescas olas rojas embicadas al cielo, y el humo cubría a la Villa como una inmensa capota negra, como un toldo, como un diabólico parasol turbio, oliente y siniestro. Hombres y mujeres gritaban, llorando éstas, maldiciendo aquéllos. Las lenguas de fuego salían por la parte de la torre que empezaba a derrumbarse campanario abajo, y las lenguas de fuego parecían demonios, diablos colorados, o mejor dicho, vómitos colorados de los diablos rabudos del infierno... De repente, y cuando más vorazmente el incendio arremetía, veo con mis ojos que por lo bajo de la plaza, a una distancia de unos treinta o cuarenta metros por la parte de poniente, aparece un grupo compacto de personas en procesión, cargando varios santos, los de las otras iglesias. Marchaban hacia el templo en llamas, nerviosamente, precipitadamente... Gracias a que en el preciso instante apareció el Alcalde y con los brazos abiertos y dando saltos empezó a gritar: ¡Pero qué vais a hacer, cristianos de Dios! ¡No veis que es una locura! ¡No os dais cuenta que con eso lo que haréis es atizar más la fogalera!...»

Gracias a la intervención oportuna del Alcalde se salvaron los santos, pues la intención de aquellos hombres era meterlos en la iglesia para que ayudaran a salir a sus hermanos que estaban dentro quemándose.

«Al mismo tiempo que esto sucedía —me sigue contando el testigo presencial que todo lo vio y que, como he dicho, aún vive—, al mismo tiempo un jinete, a todo galope, cruzaba a través del jable la distancia que separa a Mozaga de Teguisse. Este jinete se llamaba don Luis y vivía en la Florida, desde donde vio la ju-masera y las llamaradas que se elevaban sobre los tejados de Teguisse. Sospechando que se trataba de la iglesia, y como era muy religioso y muy devoto, sin pensarlo un segundo se columpió sobre el caballo y salió a toda carrera hacia el punto en llamas, clavándole las espuelas al animal de tal manera que antes de llegar a la Villa el pobre se desplomó, completamente reventado, y esta fue su salvación, la del jinete, como va usted a ver si sigue escuchándome... Al caerse el caballo, don Luis no esperó a nada y siguió sobre sus propias patas la carrera, por lo que llegó a la Villa sudado de arriba abajo, ensopado como un sapo, menos los

bigotes que eran altos y empinados al uso de la época y se le iban secando con el aire según corría... Pues bien, nada más llegar a la plaza y ver la iglesia ardiendo no reparó en nada y se mandó de cabeza por la puerta, desapareciendo en el interior al través del humo y las llamas como un fantasma. Algunos conocidos trataron de atajarlo pero él no hizo caso y se coló dentro como una exhalación. Al rato..., o mejor al ratito, don Luis que sale dando tumbos, todo chamuscado y afeitado totalmente. Y claro, como su característica fisonómica eran los empinados bigotes, al salir afeitado muchos no lo reconocieron, por lo que entre los gritos y las voces de la muchedumbre congregada se oía: «¡Entren a sacar a don Luis! ¡Que don Luis se quema! ¡Que don Luis está dentro y no ha salido!...» Y mire usted cómo son las cosas y como le decía antes: que don Luis se salvó por el reventamiento del caballo. Si el caballo no se echa, don Luis no escapa. El salir corriendo sobre sus pies y empezar a sudar fue su salvación. Es seguro que al precipitarse dentro de la iglesia para salvar a los santos, pues esa era su intención, si entra seco, se quema.»

LOS LEONES DE MI ABUELO

Ahora que el palacio de Spínola parece que va a ser un verdadero palacio, cuando lo inauguren, que ya llevan meses restaurándolo, se me ocurre decir algo de los leones que virando el rabo a la iglesia y a la plaza miran fijos con sus ojos de piedra al viejo caserón que, como digo, y según los trabajos que se vienen haciendo y según la opinión de los encargados de remozarlo, será dentro de poco una mansión regia digna de ser habitada por descendientes de reyes y digna del pueblo que en el pasado histórico ostentó la capitalidad de la isla, aunque hoy no pase de ser un pueblo más de tantos entre los pueblos de Lanzarote, con su rusticidad, su plebeyez, sus abandonos, sus miserias y sus pueblerinas triquiñuelas. Desde que Tegui se perdió su marea dejó de ser propiamente Tegui, aunque le queden los conventos, el castillo allá en lo alto y abajo el palacio de Spínola y los leones, también de Spínola.

Este Spínola, el de los leones, fue mi abuelo, Francisco Spínola Gómez. Y ahora les voy a decir la significación de esos leones, la importancia de esa modesta obra escultural de «cemento armado» que a través de los años sigue inmutable bajo la intemperie de los días y las noches como la roca firme frente a los embates del mar, frente a los embates del tiempo.

Como se sabe, en Lanzarote los Spínola se caracterizaron siempre, en las distintas épocas, por su dedicación a las bellas artes, una cierta bohemia personal y una generosidad sin límites, exagerada en el caso del Dr. Spínola (don Alfonso) que murió pobre,

sin tener «donde caerse muerto», cuando por su ciencia y por sus reconocidas dotes de clínico profesional, debió ganar muchos millones de pesos oro allá en el país americano que lo acogió como emigrante: Uruguay. Pero dejemos el desprendimiento y la filantropía y ciñémonos a la faceta artística, que es de lo que se trata.

Destacaron sobre todo los Spínola lanzaroteños, en la música, sobresaliendo Rafael Romero Spínola, compositor y pianista considerado como el mejor intérprete de Ligt de todos los tiempos; en la plástica, Francisca Spínola Bethencourt y Esperanza Spínola Ramírez; en la literatura, Dominga Epínola Bethencourt y Baldomero Romero Spínola, políglota, poeta y novelista este último... Todos, el que más y el que menos y por afición, practicaron el arte, ya ejecutando un instrumento musical, ya actuando como actores en obras de teatro o ya plasmando en piedra o barro, como fue el caso de mi abuelo, que tocaba el clarinete magistralmente, hacía de Otelo en la inmortal obra «siesperiana» y, para que la plaza de la iglesia no resaltara por su fría desnudez, plantaba allí al lado de unas tiernas palmeras dos leones que ingeniosamente había fabricado con sus manos y el más vulgar de los elementos: el cemento armado. Y ya ven ustedes cómo son las cosas, las de la vida y el arte: esos leones humildes, esas dos esculturas moldeadas rudimentariamente allá por los años veinte con fines simples de ornato urbanístico, iban a convertirse con el tiempo en un particular atractivo turístico y (quién se lo iría a decir al autor) a recorrer el mundo entero en miles de reproducciones de la máquina fotográfica.

Yo no sé qué tienen esos leones de mi abuelo, no sé qué es lo que de ellos emana, que sin ser obra de arte propiamente dicha («leones de terracota», como dijo un cronista grancanario despectivamente) las gentes a ellos se acercan, les pasan la mano por el lomo, se les quedan fijos mirándolos y, en un impulso como maquinal y espontáneo, descuelgan la máquina del hombro y quedan fotografiándolos. Yo al principio creía que los turistas lo que hacían era enfocar a la iglesia y a la torre (la carcomida torre) desde el ángulo propicio en el que caían dentro del foco los leones; pero no: los leones son constantemente fotografiados por

ellos mismo, y no por la torre y por la iglesia, esto a mí me consta.

¿Cuántos miles de «positivos y negativos» del celuloide han salido de Lanzarote hacia los países más apartados llevándose la imagen de los leones de mi abuelo? ¿Qué tienen esos leones que raro es el extranjero que no aparezca por Tegüise y que al desaparecer no se los lleve guardados en la «cámara de luz» colgada al brazo?

Cuando mi abuelo hizo los leones, me cuenta Maximiano que era chiquitito (un crío casi recién destetado) y que se acuerda como si fuera ahora, se le rompieron los moldes y tuvo que rehacerlos. ¿Intuyó mi abuelo la importancia que iban a tener aquellos leones después de más de cincuenta años que ya han pasado? ¿Previo que en el mundo entero iba a ser contemplada la imagen de aquellos leones sin forma aún, inexistentes? Es para pensarlo, pues con voluntad férrea recompuso los moldes y a poco los leones estaban apostados en la plaza, tal cual se les ve hoy, firmes, impertérritos, el macho con las fauces abiertas aunque sin dientes, porque unos mataperros de Arrecife un día haciendo la gracia se los llevaron, se los arrancaron...

Estos leones de mi abuelo, para mí, tienen una significación muy grande, representan un símbolo muy significativo en el vasto campo de las actividades humanas, de las acciones de los hombres. Ellos son la demostración fiel de que no hay obra de arte pequeña, de que el arte, aún en su expresión más sencilla y modesta y tosca, perdura, y de que todo hombre, sean cuales fueren las circunstancias por las que transcurrió su vivir, si no quiere morir del todo, habrá de dejar a través del arte su huella, aunque sea una leve huella.

LA TUMBA GUANCHE Y EL SANTON MORO

Muñique, Tiagua, Soo: tres pueblos que forman triángulo, vértices del triángulo. En un lugar próximo a este triángulo, o quizá dentro, ladeado un poco hacia levante, orientándose hacia Teguisse en la planicie hondeada del Jable que reluce amarillo bajo el sol como las arenas del desierto africano (juguete de Sahara, miniatura de desierto), está el enclave, el emplazamiento. No se ve la tumba, porque ya no existe, y no se ve el santón, porque tampoco existe. Pero tanto la tumba como el santón existieron, fueron reales, según la tradición y según el relato oral transmitido a través de las generaciones que en Muñique, Tiagua y Soo, fueron sucediéndose. Se venía hablando de esto, de la tumba guanche y el santón moro, pero nadie sabía el lugar, su ubicación exacta. Yo he tenido la suerte de que un hermano mío aficionado a la agricultura y agricultor él mismo, se decidiera a adquirir unas fanegadas de montaraz y desértico jable y, casualmente, inesperadamente, hétele ahí que un día al hacer unos trabajos con el arado mecánico se encuentra de frente con la reliquia histórica, o mejor dicho con los vestigios de la reliquia, ya que como he dicho a primera vista allí no se ve nada, o casi nada. Jable, jable y más jable y algunas aulagas escapadas de la pertinaz sequía es lo que se ve. Mi hermano ha encontrado unas piedras que dice él que son amuletos, y yo lo creo, y también unos trozos diminutos de cerámica muy antigua, quizá pertenecientes a épocas remotas del insondable, por ignorado, reinado guanche en Lanzarote.

Preguntando, me han dicho unos ancianos que ellos se acuerdan de oír que a aquel lugar le llamaban «la casa honda, o redonda», y que ellos se extrañaban porque por los andurriales no había ni veían casa ni indicio alguno de casa, redonda ni cuadrada. Estos ancianos son los que me han dado noticia de la tumba guanche y el santón moro. «Y se decía que de allí habían sacado un esqueleto inmenso y las gentes, asustadas por la enormidad de las dimensiones de la calavera, creyeron que se trataba de un monstruo endiablado y poniéndose todos de acuerdo la arrastraron, a la calavera, hasta la costa, allá por Caleta Caballo, y la arrojaron al mar... Y decían que al caer la calavera sobre el mar salió navegando sobre las olas, echando fuego espeso y humo hasta que desapareció en el horizonte dejando atrás sobre la superficie de las aguas azules una estela amarilla que duró muchos meses hasta que se fue amortiguando y se apagó del todo...»

Respecto a lo del santón, los ancianos me hablaron así: «Se decía que el santón vivió más de ciento cincuenta años, sin apartarse nunca del lugar aquel donde habían sacado el esqueleto con la calavera enorme y que llamaban la casa honda, o redonda, y que los «feligreses» del santón pasaban allí días enteros adorándolo, y muchos hasta semanas, y que también le llevaban comida: gofio, amolán (mantequilla de leche de cabra), pejines y lapas, sobre todo lapas, que al parecer al santón le gustaban mucho... Y decían que el santón era un sabio que sabía de todo lo bueno y lo malo de la vida y que curaba a los enfermos, personas y animales, y que cuando el enfermo no se curaba mandaba que lo botaran al mar por lo alto del Risco de Famara, para que el cuerpo, según caía, fuera soltando el espíritu por los aires y así quedaba el espíritu curado con el susto de la caída y después poco a poco iba subiéndose al cielo...»

Yo no sé lo que habrá de verdad en estos relatos sobre la tumba guanche y el santón moro. A mí me parece muy macabro todo y que la taumaturgia, las supersticiones y hechicerías a las que han sido tan dados siempre los isleños, han creado la leyenda, tétrica y estrambótica leyenda. Sin embargo, y como no quiero quitarle a nadie el gusto o el placer de creer (de la creencia y la fe), que tan bueno es a veces, no voy a afirmar ni negar nada.

Que cada cual juzgue a su manera y que cada cual piense según le convenga. Por mi parte he de decir que efectivamente allí, en ese lugar que llaman «la casa honda, o redonda», se ven millones de cáscaras de lapa. Y dice mi hermano que tanta cáscara de lapa puede ser debido a que el santón seguramente se alimentaba nada más que de lapas, alimento que le llevaban sus feligreses. También me dice mi hermano que a determinadas horas él ha visto allí congregadas a miles de gaviotas. ¿A qué van a ese lugar desértico tantas gaviotas? Puede suponerse que por la costumbre, heredada al través de las múltiples generaciones gaviotiles, desde la época del santón, que allí iban atraídas por el olor del marisco y el pescado seco, ofrenda de «los fieles» al santón. Aunque mi hermano sospecha, por otro lado, que a lo mejor las gaviotas se acercan allá en busca de la chuchanga, también como se sabe apetitoso alimento gaviotero, y de algunas personas en otras islas.

Y nada más. Réstame decir, por si alguien se interesa en hacer alguna investigación sobre el terreno, excavación o lo que sea, que para ello deben dirigirse a mi hermano, propietario actual de la finca. Y este hermano mío es mi hermano Guillermo. Nada más.

LA BUROCRATIZACION DEL CAMELLO

Hasta a eso hemos llegado. Con tanto papeleo y tanto «orden» y tanta ventanilla, hasta el camello se ha burocratizado... ¿Es que nos queda ya, en Lanzarote, algo que no esté controlado, mediatizado, mercantilizado? Al parecer nada, o casi nada. No vamos a poder, de seguir las cosas así, revolvernos en nuestra propia vestimenta que un día el sastre nos cortó a la medida; ni andar por la calle sobre nuestros propios pies; ni ir seguidos y seguirla... a nuestra propia sombra.

Lanzarote fue siempre una isla donde los hombres hacían gala de caballerosidad, quizás heredada de aquellos primeros franceses que a lo Señor de Bethencourt, el caballero normando, fueron llegando a la isla en etapas sucesivas. El hombre lanzaroteño en todo momento se caracterizó por su hospitalidad, por su cordial acogimiento al forastero, a veces rayano en servilismo o sumisión, aparentemente. Hoy, por contra, no parece sino que en nuestra isla sus habitantes en el cotidiano trato personal se esfuerzan por aparentar ariscos, inhóspitos, despiadados, duros, llenos de rencores y desconfianzas y quisquillosas petulancias machoniles, fachentiles. Y es que de unos años acá los valores y virtudes ancestrales del pueblo conejero han sido socavados, reducidos, reinvertidos, con tanto mercantilismo y tanto negocio y tanto judaico y judaizante aprovechamiento crematístico, o monetario, como «vos queráis».

Hasta el camello se ha burocratizado en Lanzarote y ahora

van a ver ustedes de qué manera, el porqué digo yo esto y los motivos.

Llega el turista a la Montaña del Fuego, atraído por los encantos cantados en la tarjeta postal y la propaganda planificada, y, sea extranjero o peninsular o incluso isleño de otras islas, siente la ilusión de la jiba del camello, de verse sobre la joroba del mastodóntico rumiante avanzando como un jeque por las áridas y resequidas sendas volcánicas, montaña arriba. Y la ilusión se le viene a tierra cuando se acerca al bíblico animal de ojos alumbrados y regia estampa, que no en vano el rey mago cabalgó en él siguiendo la estrella fulgurante. Se le viene a tierra la ilusión al visitante cuando se le escarrancha de frente el «controlador», el individuo que controla el negocio, y con ínfulas de desparpajo le dice que no puede ser, que aquellos camellos que están allí tuchidos y adecuadamente enjaezados «esperan la expedición de la agencia». «¿Cómo la agencia, que es eso de la agencia?», inquiera el ocasional aprendiz de nómada. «Pues sí —le contesta el encargado o controlador del negocio—, la agencia, es la agencia la que manda. Esos camellos están controlados por las agencias y usted, si quiere montarse, tiene que venir con la manada...»

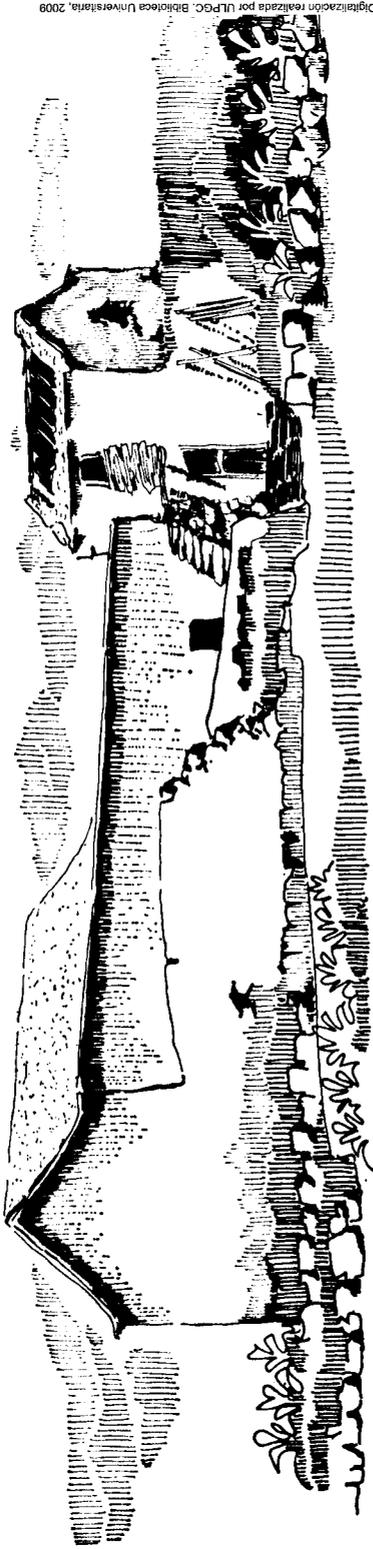
Se da el caso, también, de que el día que llega el forastero, solo o con su familia (mujer e hijos y la anciana suegra) tenga la suerte de que los camellos estén libres porque ese día no hay expedición, no hay manada. Entonces el controlador o encargado le dice: «¿Cuántos son, cuántos camellos quiere, dos, tres?» Y hace levantarse a los dos o los tres camellos y, al mando de un niño de unos diez años, los despide montaña arriba.

¿Es esto posible, es esto permisible? «Un hombre, que venga un hombre y no un niño, que los animales son animales y los niños son niños», dice temeroso o asustado el cabeza de familia. «Le toca al muchacho, yo no puedo cambiar el turno de la fila», replica secamente el controlador o encargado del negocio.

La burocratización del camello; hasta eso hemos llegado en Lanzarote. El camello como negocio de un grupo o grupos de monopolio. Camello y camellero sujetos a norma y control de S. A. ¡Pobre camello!

Consecuencia: que el turismo particular, el que viene por su

cuenta y riesgo, extranjero como nacional, con tanto obstáculo y tanto impedimento de una y otra índole (lo del camello es un sector) terminará extinguiéndose. Y es una magua. Porque de todos es sabido que el turismo que más deja, el que más perras gasta, es el que viene aislado, y no en manada, controlado y dirigido éste (el de la manada) desde el país de origen por la dichosa y privilegiada agencia, que es la que se chasca siempre la mejor tajada.



Handwritten signature and text, possibly a name and a date or location, located in the upper right corner of the page.

EL INGLES Y EL LABRIEGO

No todo es negativo en lo tocante a la influencia extranjera sobre las costumbres y las conciencias isleñas. También se dan casos enaltecedores de la actuación o acción de personas que arriban a nuestras costas y dan ejemplo de integridad, dignidad, moral, hombría de bien. Frente al incidente o peripecia que conté días pasados sucedido a un pastor de cabras con una señora extranjera, publicado bajo el título de «Si es a mí me mata», hoy voy a contraponer otro que sucedió hace algún tiempo, casi allá por los comienzos del *boom* turístico lanzaroteño, o sea en los inicios de la década de los años sesenta.

Entre tanta cosa dañosa o nociva que nos han traído a los isleños la masiva presencia extranjera de los últimos años (para algunos hemos vendido el alma por unas monedas), no hay duda de que también los extranjeros nos han traído alguna cosa buena, a más de dinero, aunque para muchos el dinero haya sido y sea lo mejor. (Por dinero baila el perro, le oía yo decir, siendo chiquillo, a mi abuelo.)

Veán ustedes cómo sucedió el hecho. Yo no hago sino transcribir, según llegó a mis oídos, el hecho cierto acaecido entre el mister que apareció por Lanzarote un día cualquiera y el hombre lanzaroteño, un simple labriego, y ustedes juzguen por su cuenta y riesgo y que cada cual saque su consecuencia.

Llegó el señor inglés, mister o *gentleman* o como quiera denominársele, y después de bañarse en la playa de El Reducto una mañana calurosa de Levante, el hombre, muy satisfecho, alabó

la templanza de las aguas y el ardiente sol radiante y el marinero paisaje costero con sus gaviotas, sus arrecifes y sus rocas recordadas bajo el límpido cielo transparente, antes de ponerse pardo al recalcar la calina.

A los pocos días se quitó «el levante», ese aire tibio y sudoroso que nos llega del Sahara (el español y el otro) y el inglés se puso más contento todavía, al respirar fresco. Y se dedicó a recorrer la isla, los puntos claves del atractivo turístico de la isla: las Montañas del Fuego, la Geria con sus viñedos, el Mirador de El Río, la Cueva de los Verdes, el Jameo, etc. El inglés seguía cada vez más contento, contemplando tanta maravilla, y pensando y pensando por las noches en su propicia habitación de hotel de tantas estrellas, cayó en la cuenta de que lo mejor para él, y dada su edad y sus circunstancias de vida allá en Londres, por la época una de las ciudades más contaminadas de Europa, era quedarse en Lanzarote. Pero claro, el inconveniente de momento estaba en la vivienda. No iba a vivir siempre en un hotel. La vida en colectividad de los hoteles está bien para unos días, pero nada más. El rechazaba el gregarismo, la manada. El prefería, ya que estaba decidido a pasar largas temporadas en la isla, su casita, un lugar de residencia propio, de su personal y exclusiva propiedad. Y como todavía no había empezado el negocio ese de los «bungalovs» y apartamentos para vender y alquilar, preguntó y le dijeron que, si quería, podía comprar una casa en algún lugar de su gusto. Dio la voz y le ofrecieron varias, unas más cercanas al mar y otras más alejadas, unas enclavadas en compacta zona urbana y otras solitarias. Al fin, después de propuestas y visitas y contraofertas, llegó a una que le gustó. Era modesta, retraída en un descampado estricto, con un pequeño huerto a mitad abandonado donde la aulaga y el geranio a porfía luchaban por mantenerse erguidos. El inglés *in mentis* fue imaginando las reformas y se convenció de que aquella sería la ideal, aquella y no otra. Y le preguntó al dueño el precio, un hombre de campo, un hombre muy modesto, un labriego. Después de cavilar un rato, remoliando (remoliando de remolón) con voz medio apagada, lenta y siseante, en tono entre de falsete y flauta, tímido, temeroso, el labriego dijo:

—Treinta mil pesetas, señor, treinta mil, y si le parece algo caro yo puedo correr con los gastos de escritura...

El inglés, que había remirado la casita y los alrededores detenidamente, con su castellano entrecortado y resbaladizo, habló, poniendo al tiempo su mano derecha cariñosamente sobre el hombro escorado del hombre:

—No, amigo mío, no le daré treinta mil pesetas por la casa porque es injusto. Yo le voy a dar lo justo, lo que creo que la casa vale. Para mí, en Inglaterra como aquí y en otro lado, esa casa vale treinta mil duros, y eso es lo que estoy dispuesto a darle ahora mismo, ni más ni menos.

Después de realizada la operación de venta, a los siete días el labriego se murió. Nada más coger el dinero empezó a contarlo: treinta mil duros, ciento cincuenta mil pesetas. Y después de contarlos una vez lo contó otra vez. Y los ojos se le fueron haciendo, al acabar de contar los billetes pasándolos de una mano a la otra, cada vez más grandes. Y así estuvo los siete días con sus noches, contando el dinero sin descansar una y otra vez, hasta que se le saltaron los ojos de la cara y se murió.

Repito que lo que he hecho en este escrito es transcribir. Saquen ustedes ahora cada cual su conclusión.

DE LA CABEZA AL RABO

Los extremos se tocan. Y yo creo que en Lanzarote somos extremistas: o todo o nada. Esto me lo ha hecho pensar el auge y esplendor de las pasadas fiestas de San Ginés. Cuando el barómetro de la economía isleña marcaba cero debido a la sequía, por un lado, y a las crisis diversas de la pesca, la construcción y el paro, por otros, he aquí que en lo festivo o festivalero la aguja del barómetro tocó la más alta cota del gasto público y privado. No se escatimó perra para que las fiestas rayaran a la altura de años atrás, cuando la abundancia se palpaba y todo quisqui hacía alarde de cartería. Ni la escasez de agua ni la de algunos alimentos básicos como las papas ni la escasez de ofertas de puestos de trabajo ni la escasez de dinero en los bolsillos de los pobres fue óbice para que las fiestas resaltaran al máximo, con alardes incluso por parte de los estamentos oficiales al contratar espectáculos públicos de tarifas más que subidas. «¿Pero es que se han vuelto todos locos? —me decía al respecto un peninsular que vino de vacaciones y se encontró con las fiestas—. Yo creo que en toda España no se ha visto caso igual de dispendio y derroche. Las fiestas patronales allá (en los pueblos de la Península) se celebran normalmente, y según el índice de bienestar y abundancia del año, así es el índice del auge de los festejos. Aquí, por contra, después de meses y meses de «cantar la gallina», o sea de lamentos y quejas cuyos ecos han repercutido a todo lo largo de la piel de la nación, al llegar las fiestas patronales, derroche y más derroche, despilfarro que te pego. Increíble. Esto no lo he visto yo

en ningún otro pueblo de la ancha y estrecha España, y, si no es que están todos locos, autoridades y ciudadanos, es que tanto las autoridades como los ciudadanos de esta resequida isla son distintos a los de otras comarcas, no pudiéndose pensar otra cosa sino que con tanta sequía y aridez, y escasez, se les ha secado a ellos la vena de la prudencia, o del comedimiento, que es verdad que esta vena existe en el sistema venoso y cerebral del hombre...»

Otras cosas más me dijo el peninsular que casualmente cayó por aquí en viaje de vacaciones, cosas que me callo y guardo para mí por eso de la prudencia y el comedimiento. Por mi cuenta, sin embargo, diré que efectivamente se ha podido tener un poco de cuidado en el «gaspillage» (despilfarro), dadas las circunstancias por las que atraviesa la isla, de todos conocidas, canarios y no canarios. Y cuando pase la crisis presente, si es que pasa, y vuelvan los tiempos aquellos de años atrás de «la danza de los millones» que de repente se quedó sin música y se frenó, y se paró, entonces..., ¡mecha al divertimento, mecha al derroche, que por algo las monedas son redondas, para que rueden! ¡Que todo el mundo baile! ¡Que todo el mundo dance, con millones y sin millones!...

Por lo visto somos extremistas. En el Archipiélago, y quizás en el ámbito total de la nación, en lo que toca a recursos propios de riqueza, seremos los últimos, por mor de la sequía y otros «mores»; pero en lo tocante a fiestas, y como se ha palpado en estos días de San Ginés, somos sin duda alguna los primeros. O sea: que en organización de fiestas y planificación de diversiones, el conejero queda colocado a la cabeza de la clasificación, y en la resolución de problemas vitales y esenciales de conjunto y para la comunidad, el conejero se clasifica a la cola. Y es que los extremos se tocan. O a la cabeza o al rabo, porque así somos. A la cabeza en lo banal y superfluo y al rabo en lo trascendental y auténtico. A la cabeza en lo festivo y al rabo en lo decisivo.

EL CASO DE LA HERMANA DE MARIA CRUZ

La foto está en la primera página del periódico. El periódico lo tengo en mis manos. A veces los periódicos suelen publicar fotos por puro procedimiento ilustrativo, por simple estética tipográfica, para que el lector se regodee un poco en el mirar, y nada más. Esta vez yo creo que no ha sido así, o por lo menos a mí no me ha sucedido así, no me he regodeado, puesto que la foto no es de las que pudiérase decir del todo bella, o atractiva, o sugerente. Es una foto cualquiera, de estampa más bien vulgar, en la que se ve a una mujer negra muy fea entre un hombre blanco y otra mujer también negra, no tan fea. Leo las líneas que sirven de soporte o pie a la foto y me entero que esa mujer negra y fea y relativamente joven que va del brazo del blanco y la otra negra acaba de ser absuelta en un juicio por asesinato, por lo que se le nota en la expresión una cierta satisfacción justificada. Y al enterarme, según leo, de que esa mujer mató al celador que la custodiaba porque trató de abusar de ella, de violentarla sexualmente, de violarla, espontáneamente me he dicho a mí mismo: «Bien. Muy bien. Mató al sádico en defensa de su virginidad y ha sido absuelta, eso es lo justo..., que matara al sádico y que fuera absuelta.» Y al instante se me viene a la memoria, por ese proceso de asociación de ideas a que está sujeta la mente humana, el caso de María Cruz o, mejor dicho, el caso de la hermana de María Cruz, sucedido en Lanzarote hace ya algún tiempo, allá por los años veinte, si no caigo en error.

Les voy a contar a ustedes el caso de la hermana de María

Cruz para que sientan en lo más hondo de ustedes mismos surgir la indignación, o la exasperación y la ira, como me sucede a mí en estos mismos instantes que escribo, recordando el ignominioso caso. ¿No es tan digno, acaso, como el hecho de transmitir a otros el sentimiento de piedad y amor, el de transmitirles el del odio y la indignación, cuando éstos están justificados? Yo así lo creo, y por eso escribo.

María Cruz apareció degollada en su casa y las autoridades judiciales isleñas, sin pérdida de tiempo, empezaron las investigaciones para el esclarecimiento del asesinato. Vecinos, gentes más o menos allegadas a la víctima, personas relacionadas con la actividad a que se dedicaba (tenía una tiendita), fueron interrogadas, llamadas a declarar. Nada. No se daba con el asesino, no había indicios, no había pista alguna, hasta que recayeron las sospechas sobre la hermana de la muerta porque personalmente entre las hermanas había habido alguna rencilla y no se llevaban bien; nada más que por eso. Y procesan a la hermana de María Cruz y la condenan y la meten en la cárcel, y aquí, en la cárcel de Arrecife, fue donde después se cometió el más horrendo crimen que registran los anales de la criminología lanzaroteña, según mi modo de ver.

En el transcurso de los años se demostró que la hermana de María Cruz era inocente, al recibirse una carta fechada en Buenos Aires y en la que un individuo, sintiéndose enfermo de muerte, arrepentido, se declaraba culpable, junto con dos más, de la muerte de María Cruz. Y lo terrible, lo trágico, lo ignominioso, lo bochornoso, lo espeluznante del caso y lo que no tiene nombre, es que en el tiempo transcurrido, la hermana de María Cruz, encarcelada durante años, no solamente había ya muerto sino que a través de estos años sufrió lo que pocas mujeres en el mundo han sufrido, o han sido capaces de sufrir. Véanlo ustedes.

A la hermana de María Cruz, siendo inocente, la volvieron loca en la cárcel. Un celador o unos celadores (esto no lo sé bien, no sé si fue uno o fueron varios) de noche en la soledad de la celda la asustaban con ruidos macabros y voces que simulaban la voz de ultratumba de María Cruz acusándola de ser ella la asesina, hasta que terminó perdiendo la razón. Luego, no contentos con

esto, la violaron, seguramente múltiples veces, preñándola y haciéndola parir. Así hasta que sucumbió, hasta que murió, como he dicho antes, enajenada, loca.

Este caso de la hermana de María Cruz se me ha venido a la memoria leyendo ese otro caso de la mujer negra que mató al carcelero que quiso abusar de ella. Este sucedió en América del Norte, en Estados Unidos; aquél en Lanzarote, en Arrecife. Hay mucha distancia entre Lanzarote y Estados Unidos, como la hay en el tiempo transcurrido del uno al otro caso. En lo que no hay distancia es en la indignación, en el coraje que se siente cuando uno ve el atropello del fuerte frente al débil, cuando uno rememora esos hechos atroces cometidos por la bestia humana en la época que fuera, haya pasado el tiempo que haya pasado. No hay distancias, en el tiempo y en el espacio, para indignarse y gritar su indignación frente a la acción vil cometida por la bestia humana, esa bestia genéricamente denominada hombre. Si cuando a la infeliz que culparon de la muerte de su hermana y la condenaron y la encarcelaron y la enloquecieron y la violaron y la hicieron parir nadie gritó, nadie se atrevió a gritar su indignación, hoy lo hago yo sin tener en cuenta el tiempo, sin importarme para nada el tiempo transcurrido ni la distancia del hecho en el tiempo.

CARAMBA CON DON RAMON

Ella, dieciséis años, y él, ciento quince. Contrajeron nupcias en la isla de Santo Domingo, de donde son naturales. El se llama Ramón García, y ella Mayra Tonaza. La noticia, difundida por prensa y radio, ha dado lugar a los más contrapuestos comentarios en cotarros y centros de reunión, de hombres y de mujeres. Y es natural. Un matrimonio así, de tanta diferencia en la edad (tum-bando el siglo) jamás se había visto. Veinte y treinta y hasta cua-renta años del hombre sobre la mujer y de la mujer sobre el hombre, se han visto muchos. Uno de estos fue el de Onassis, que en reposo descansa, y Jaqueline, que no reposa. Más de veinte años le llevaba el rico naviero griego a la bella viuda americana, y los comentarios y opiniones fueron en la ocasión para todos los gustos. Hoy me supongo que para todos los gustos serán los sus-citados por los dominicanos Ramón y Mayra. «Matrimonio por dinero», es lo primero que se dijo de Jaqueline, y lo mismo, con toda seguridad, será lo que se dice de la jovencísima Mayra. Pero puede ser que no, puede ser que no sea ese el caso, puede ser que don Ramón, con sus ciento quince años, se enamorara y la enamorara, ¿quién lo sabe? ¿Y quién puede decir que no, que eso es imposible? Todo es posible en este mundo endiablado y retor-cido y desvivido que nos ha tocado vivir. Es muy compleja el alma humana, llena de rarezas y llena de torpezas y de misterios, sobre todo en estas cuestiones sutiles del amor. Señor Antonio Feo, de Soo, a los noventa y nueve años marchaba desde su pue-blo a la Vegueta, atravesando el jable sobre sus pies en alpagatas

con suelas de gomas de camión, y los domingos al oscurecer se le veía como una sombra rondando las casas solariegas de Tegui-se, por si encontraba a la moza de sus sueños y sus ensueños. Pero no llegó a casarse señor Antonio Feo a su anciana edad porque no le respondió la moza.

Como a mí me agrada más que el matrimonio entre el centenario y la quinceañera fuera un matrimonio por amor, porque es más bonito y yo voy a creérmelo que ha sido así, que mediara el amor y no solamente el interés material, el del dinero. Hay que tener fe y creer. Yo, hombre falto de fe para tantas cosas, la tengo ahora en este caso y creo que don Ramón se casó enamorado y su mujer también. Caramba con don Ramón...

La gente es ruinita por naturaleza y cuando se le presenta la ocasión de opinar sobre una cosa que no está clara, o que es dudosa, se inclina siempre por el lado feo, por lo malo de la cosa. Por eso estoy seguro de que la mayoría, al leer la noticia del matrimonio de don Ramón con Mayra, exclamaron: «¡Bah...! ¡Ese anciano tendrá que ser muy rico, y ella una viva, una pícara!»

Yo no sé si don Ramón es rico o es pobre, y no sé si su tiernísima esposa es una buena o mala muchacha. Lo que sé es que se casaron, y él con sus ciento quince años y ella con sus dieciséis pueden pasar a lo mejor algunos días de íntima felicidad conyugal, y eso lo vale todo, quizá más, mucho más que la mayor fortuna del mundo... Salomón el bíblico, que fue sabio y fue rico, dicen que amaba a las jovencitas y disimulaba su amor senil diciendo que las llamaba a su lado (a las hermosas jovencitas) porque necesitaba, a su edad, calentarse los huesos. Don Ramón García puede decir lo mismo, aunque no sea sabio ni rico, y ya queda justificado su matrimonio, porque el frío en la vejez es cosa mala, por el reuma y otras dolencias.

Pero como quiera que sea, o como quiera que haya sido, yo me imagino al centenario dominicano acostado en la cama y a su lado, acurrucada, a la bella Mayra, dándole calor y más calor. Me imagino al vejete escorado a una banda con los huesos tiritándole y a la joven esposa pegada a él dándole vida, dándole pasión. Maravilloso. Si yo fuera pintor no se me escapaba, no dudaba un instante en perfilar el pincel para darle colorido al cuadro. El

motivo es sugestivo, el argumento único en su originalidad. Pero como no soy pintor me conformaré con lo que hago, con empuñar la pluma y alabar al viejo isleño dominicano y felicitarlo, por su sana longevidad y por su patente clarividencia anímica cara a la vida, cara al amor... Caramba con don Ramón.

LA TARTANA, DON JUSTO Y EL FINAL DEL SIGLO

No quieren hacerme caso, pues qué les voy a hacer. Hace años dije que tuvieran cuidado, que fueran despacio y no se desenfrenaran en eso de la compraventa de terrenos, que no invirtieran todo el capital hasta el último céntimo y que no se dedicaran todos a lo mismo, o sea a la «especulación turística», porque de repente podía producirse el colapso (el taponazo, decía yo), y de repente les llegó el taponazo. Terrenos que fueron valorizados en millones hoy no llegan los millones a miles. El descenso fue vertical, vertiginoso, quedando malparados los que iban en la nave. Tremenda caída.

Hace menos tiempo, en otro escrito hablando sobre la circulación rodada y los estragos que estaba produciéndose en calles y carreteras, yo abogaba por la conveniencia de volver a la tartana y al caballo de tiro con tal de atajarle la carrera a ese jinete del Apocalipsis que hoy día constituye el automóvil, con su secuela de sangre, con su corolario de luto y dolor y sufrimiento... Pues tampoco me han hecho caso, riéndose muchos y tomando a chacota mis palabras. Y miren ustedes por dónde ahora algunos informadores de prensa empiezan ya a decir que de seguir las cosas así no va a haber otro remedio que volver a la pezuña, a la tracción animal, a la tartana. ¿Motivos? No son los que yo esgrimía, son otros, pero son motivos, y bastante contundentes: la subida del impuesto de los coches, los precios de los carburantes, las reparaciones en garajes y talleres y otros inconvenientes más, sin contar ese de que en algunas poblaciones ya no se va a poder

andar de un lado a otro sin tener que saltar por encima de las capotas. Sé que esto, la eliminación del coche, va a costar bastantes disgustos, que muchos jovencitos y muchas señoras arrostadas al volante llorarán lágrimas de «ansiedad, angustia y desesperación» al verse privados del artefacto, y que, alguno, ante el hecho cierto, morirá de pena. Sin exagerar, porque yo estoy seguro de que hay individuos que prefieren que los entierren antes que dejar de conducir su coche.

Yo no soy de los que se las dan de «sanjorines», ya que cualquier persona normal con sentido común ve tales cosas por lo simples y cotidianas. Don Justo, ese «archivo viviente de datos y fechas», me decía antes del desfondamiento económico por el que atraviesa la isla (me refiero particularmente a la isla de Lanzarote), que él tenía preparado su camello y su arado, viendo venir «la crisis», y que pobre del que no supiera arar ni tuviera camello. Don Justo tampoco es un sanjorín (zahorí, adivino), pero se adivina en él a un hombre práctico y con intuiciones, y con intenciones. Don Justo es de los que opinan que «no volverán más a la isla las vacas gordas», que aquello de comprar un solar hoy y venderlo mañana a doble y a triple precio y aquello otro de embolsarse millones en una simple operación de compraventa, se acabó definitivamente, pertenece a un pasado extinto, ya muerto, completamente cadáver. El dice que ahora, de aquí en adelante, hay que trabajar, bregar duro para ganarse un digno sueldo, a excepción de algunos empleados de la administración pública después de la ley de régimen local, y otros privilegiados, otros encaramados. Don Justo no se anda con papas en la boca cuando habla, es claro como las aguas del Charco de San Ginés de antaño, donde se transparentaban las lisas, y sus palabras me suenan a mí al oído como seguramente les sonaban a los patriarcas antediluvianos las palabras de los pastores bíblicos que fueron con el tiempo apóstoles. Don Justo, con su camello y su arado como una reserva de arma combativa en un mundo poblado de acechanzas y vaivenes de la «fortuna airada», finalmente me ha dicho: «Y mire, todos esos que usted ve contabilizando millones en los bancos alegremente, llorarán, se lamentarán, se tirarán de los pelos y darán zapatetas al aire... Porque tenga usted la seguridad de que

lo que fue mal adquirido o adquirido con malas mañas, de mala manera se pierde. Yo creo en la justicia divina, más que en la humana, y más tarde o más temprano el invisible puño del que todo lo puede dará el puñetazo, la gran trompada. Y entonces, como decía el Mesías, ay de los egocentristas, y de los idólatras, y de los fariseos y de todos aquellos que medraron a costa del sudor de los de abajo... No le quepa a usted la menor duda: para finales de siglo, que ya queda poco, apenas un cuarto, yo no lo veré con mis ojos de la carne porque ésta se pudre, pero otros ojos lo verán: que el rico y el pobre serán un mismo hombre, que la humanidad pensará y actuará a través de la faz entera de la tierra bajo una tónica común de igualdad y respeto mutuo, de hombre a hombre.»

Yo no sé bien lo que ha querido decir don Justo en la parte esta última de su discurso, aunque me lo sospecho. Ustedes, los lectores, a lo mejor sacan alguna conclusión más positiva que yo, y por eso lo publico.

UN HOMBRE INCORRUPTIBLE

Quizá sea la palabra que más se oye cada día y en todo instante, la palabra corrupción. ¿Es que está ya todo «corruto»? Corrupción de arriba abajo, por donde quiera que uno se vire, o se revire —me decía hace poco un amigo con una convicción tremenda—; corrupción en todos los escaños, en todos los paramentos, en todos los tonos; corrupción en las costumbres, corrupción en el empleo o cargo o puesto de más o menos responsabilidad social, corrupción en los lugares de divertimento, corrupción pública, corrupción privada, corrupción profesional, corrupción colectiva, corrupción individual, particular, personal... Luis María Ansón, el prestigioso periodista madrileño, lo denunció abiertamente hace ya algún tiempo en un artículo que tituló así, simplemente: «*Corrupción*». No tenía el artículo desperdicio, y en él muy poco fue lo que se salvó de la quema en el amplio ámbito del vivir actual de la nación.

Hoy, no obstante, y para que vean ustedes que cuando nos parece tener todas las esperanzas perdidas de repente surge el «gesto salvador», les voy a contar algo que fue auténtico y que nos da, incluso a los más escépticos y pesimistas, cierto esperanzado optimismo.

Sucedió hace algún tiempo, pero eso no importa para que el hombre actual, el aturdido y descreído y desmerecido hombre de hoy, ante el hecho real protagonizado por un hombre de ley (un juez) tenga fe y crea en el hombre como hombre. Según verán no está todo contaminado, gangrenado, no está todo perdido. Yo soy

de los que creen que todavía, y a pesar de tanta corrupción, se da el caso del hombre incorrupto, o incorruptible. Y así pudiérase titular lo que les voy a contar, que no es cuento, sino verídico relato.

No voy a decir el lugar, porque no viene al caso, y no es necesario. Céntrenlo ustedes en Arrecife, San Bartolomé, Haría, Las Palmas, Telde, Guía... Donde ustedes quieran. Es igual.

Parece ser que en este pueblo un individuo tenía cierto lío con otro por motivos de un terreno o solar cuya propiedad, que ambos reivindicaban cada cual para sí, no estaba muy clara. El tal individuo, que voy a llamarlo Manuel por darle un nombre (yo sé el verdadero, con el apellido) se fue a aconsejar de un amigo que lo tenía en gran estima, y al que voy a llamar Pepe, también por darle un nombre disimulado, que es lo prudente.

Va Manuel y le dice a su amigo:

—Mira, Pepe, a ver qué te parece a tí lo que he pensado hacer respecto a lo que te dije el otro día sobre el pleito judicial que tengo entablado... Como el abogado mío está dudoso de mis razones, de que gane el pleito, yo he pensado hacerle un regalito al juez. Un par de quesos legítimos de cabra, por ejemplo, o un par de baifos bien gordos... En fin, un buen regalo. ¿Qué te parece la idea?

—Amigo mío —le contestó Pepe respaldándose hacia atrás en la silla concienzudamente—, has venido a pedirme un consejo y te lo voy a dar: no se te ocurra tamaño disparate. Yo conozco al juez y eso que has pensado es lo peor que pudieras hacer. Es más..., es que estoy seguro de que si le haces el regalo, aun teniendo tú la razón, te vira el pleito en contra.

Manuel se despidió de su amigo, le agradeció el consejo y se fue a su casa, cabizbajo, meditativo.

Al mes, poco más o menos, casualmente al doblar una esquina los dos amigos que se tropiezan. Se dan el correspondiente abrazo, se preguntan por las respectivas esposas, y, al despedirse, Pepe se acuerda y le pregunta a Manuel:

—¿Y el pleito? ¿En qué paraste con el pleito aquél del solar? ¿Fue ya el juicio?

—Sí, ya fue. Y me extraña que no te hayas enterado de que lo

gané. Mi abogado a última hora quiso rajarse alegando que había estudiado bien el asunto y que si acaso había una probabilidad contra cincuenta de ganarlo, era mucho, pero yo insistí en seguir adelante y ya ves: lo gané.

—¿Y el regalo? ¿Llegaste a hacerle el regalo al juez?

—Pues claro... Un buen regalo por cierto, que me costó mis pesetillas.

—¡No lo creo! ¡Eso es imposible! —vociferó Pepe con los ojos ensanguinados revirándolos al cielo.

—Cálmate, hombre, cálmate y espera a que termine... Efectivamente le hice el regalo al juez, un buen regalo, pero no a mi nombre, sino al del otro.

Como pueden ustedes ver, y también L. María Ansón, no todo en la sociedad esta que vivimos es corrupción; todavía hay hombres que no se venden, todavía hay alguno incorruptible.

CALLAOS, HIJOS, CALLAOS

Crisis, crisis y más crisis. Crisis por todos lados. Crisis de la energética, crisis económica, crisis política, crisis religiosa, crisis de la enseñanza, crisis de la agricultura, crisis de la construcción, crisis de la pesca, crisis de la familia y... Para ya, porque de esta crisis es de la que quiero tratar.

Se dice que la familia es la célula de la sociedad, y la familia está en crisis. Los sociólogos y otros no sociólogos se preocupan de esta crisis y tratan de aportar soluciones, aconsejando unos, teorizando otros. Pero lo cierto es que la crisis cada día se agudiza y el horizonte se presenta cada vez más lejano, más confuso y oscuro. La juventud quiere imponer sus normas y no hay fuerza ni argumentos ni barreras que atajen ese ímpetu juvenil. «Ellos lo saben todo, ellos lo pueden todo.» Y nosotros, los mayores, con nuestra experiencia y nuestra buena voluntad nos estrellamos contra la recia muralla de «sus ideales comunes», de sus convicciones, de sus pretensiones de echar por tierra lo que desde siglos habíamos creído fundamento y base de la buena marcha del hombre por los caminos (tristes caminos) de la vida: la moral tradicional, las buenas costumbres, la austeridad, el respeto, la educación, la humildad, el recato, el pudor, la meditación, el esfuerzo personal desinteresado y etcétera.

A tal estado de crisis ha llegado la institución de la familia, que ya los padres (muchos padres) no sabemos qué hacer. No sabemos ya cuál es ciertamente nuestra obligación de padres: si empezar al cachetón con ellos o dejarlos, abandonarlos a su pro-

pio albedrío, a su propia suerte. En esta alternativa, lo del cachetón es muy peligroso, no es aconsejable, ya que se expone el padre al cachetón del hijo como respuesta y supónganse ustedes qué cachetón será más pujante.

Yo soy pesimista y no guardo esperanza alguna de que esto de la crisis familiar tenga arreglo. Se ha venido empeorando cada año y últimamente se repiten con más frecuencia los casos de desprecio público a sus progenitores por parte de jovencuelos y jovencuelas para los que antes que nada y por encima de todas las cosas, y como suprema virtud, está eso de «vivir la vida». Sus vidas, naturalmente. Y las otras, incluso las de sus mismos progenitores, que las parta un rayo.

A tal punto ha llegado la crisis, que hace poco me contaba un anciano al que me une buena amistad, que entre hijos y nietos (sus hijos y sus nietos) han querido a la fuerza meterlo en un asilo, después de fracasar con buenas mañas, para en seguida poder disponer libremente de lo poco que le quedaba: unos cachos de tierra, unas cabezas de ganado, unos ahorros. «Pero si lo que tengo será para ustedes, no se apuren, esperen...» Qué va, ellos querían a toda costa heredar y a punto estuvo el viejo de entrar de cabeza en el asilo, incapacitado, dado por chiflado.

Después están los otros casos en los que el hogar se queda vacío, desapareciendo uno a uno, cuando ya no hay nada que rascar. Mientras el viejo tuvo perras, risas y fiestas en la casa. Cuando se arruinó, ahí te queda eso: ni hijos, ni primos ni sobrinos se acordaron más de él. Y el viejo murió solo, sin un alma caritativa que le estrechara la mano en el postrer instante.

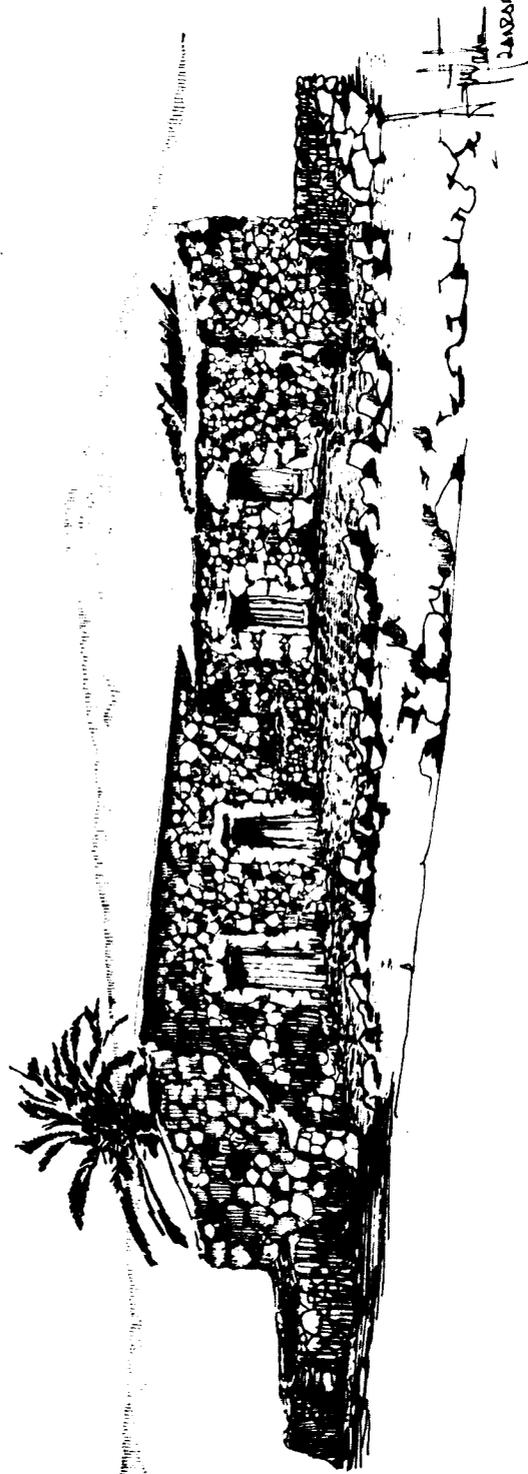
A este respecto yo me acuerdo del caso aquel del indiano. Había emigrado a América y al hombre parece que no le fue muy bien, y al cabo de los años, enfermo, decidió regresar a su isla natal. «Vengo malo, muy malo, mis días están contados, pero aquí traigo esto», dijo en el muelle al momento de desembarcar, arrastrando por la escala un baúl que pesaba por lo menos media tonelada. Los familiares, hijos, sobrinos y demás parentela, lo rodeaban. Todos se afanaban por ayudar a cargar el baúl al camión, y todos se disputaban la compañía del viejo. En la casa, al llegar, mandó que metieran el baúl debajo de la cama que le habían

preparado. «Aquí está seguro, así, debajo de mí para no perderlo de vista.» Los familiares, hijos y sobrinos y demás parentela, no lo dejaban ni un momento, ofreciéndose todos a cuidarlo y a mirarlo trayéndole regalos, haciéndole buenas comidas, agasajándolo. Y así fueron pasando los días, los meses, los años. De vez en vez, cuando lo veían algo amortiguado, le decían: «Padre, ¿y por qué no abre el baúl y lo reparte todo de una vez? ¿Para qué esperar?» Y el viejo se reviraba en el colchón mullido y después de tomarse una tacita de caldo de pollo (no congelado) o la yema batida, se restregaba las bembas regocijado y decía: «Callaos, hijos, callaos, que de ustedes será; yo no me lo voy a llevar para allá, pesa mucho...» Y seguían los días y los regalos y los mimos, sin faltarle nada al viejo. Lo que deseaba lo tenía al instante. Lo que apetecía le llegaba de manos del uno o del otro, carantoñamente. Hasta que el viejo se murió. Y nada más morir, el baúl fue abierto. Eran tan fuertes las cerraduras que hubo que meterle barreno. «Total, la pólvora no daña al oro, sean onzas o peluconas», acordaron todos. El barreno dio el estampido y el baúl quedó patas arriba, descuartizado...

Me parece estar viendo las expresiones de hijos, sobrinos y demás parentela, al ver lo que salió del baúl: callaos. Callaos de la marea, redondos y pesados como plomos.

Al viejo lo enterraron porque tenían que enterrarlo. Un entierro de tercera porque no había de cuarta. Y en la mente de cada familiar, por largo tiempo, tanto o más de lo que había vivido el viejo, siguió con toda seguridad machacando la frase que durante ese tiempo los hizo felices a todos, empezando por el muerto: «Callaos, hijos, callaos.»

Hoy, los jóvenes no son tan ingenuos y los viejos no son tan cucos, y éstos, la mayoría, terminan en el asilo; porque a la crisis de la familia, a ésa... no hay quien la pare.



PLANASOTE

LA CASITA DE LA VIEJA MORIBUNDA

La vieja se moría sin remedio y sobre el colchón crujiente de paja, jemía. Afuera las palmeras volteaban envueltas en la brisa norteña y conejera, tiouvivos del espacio abierto sin nubes, girasoles del truncado elemento vegetal que en el hondón del valle alegran el paisaje urbano que se contempla desde lo alto, desde las cuestas del Malpaso, o Malpeis. Allí estaba, y está, el Palmeral de Haría.

La vieja se retorció desesperanzada de la vida, de seguir vi-
viendo. El cura entró sin hacer ruido, con paso tardo, con sigilo
de gato y seguido por el gato, el de la vieja. Sabía que ella, que
había sido santa o poco menos porque hizo siempre la caridad y
no habló mal de nadie ni le deseó nunca la desventura al prójimo,
estaba «a salvo en la vida eterna». Pero al verla sufriente y des-
vencijada, tan arrugada, se conolió y le dijo que la encontraba
mejor, que sin duda iría rebasando la enfermedad y muy pronto
sanaría, que así se lo había dicho el médico al que se encontró
por la vereda. Y le dijo que tuviera fe, que cogiera ánimos porque
todavía no le había llegado la hora definitiva del último salto, la
misteriosa y condoliente hora de la muerte. La vieja no chistaba,
y miraba al cura desvaídamente, sin recelos, porque el cura había
sido siempre, al decir de las gentes, un cura bueno. Y cuando éste
terminó en su piadosa perorata se incorporó como pudo contra el
cabezal del catre y, mirando al párroco con mirada lastimera, le
dijo que no perdiera el tiempo en consolarla vanamente, que ella
bien sabía que su mal no tenía remedio y que mejor le resultaría

irse a la iglesia a rezar por las almas perdidas... Entonces el cura, viendo que la vieja era consciente de la muerte inminente que la acechaba, se fue acercando a ella y cogiendo entre sus manos las huesosas manos de escueto pellejo de la moribunda, quiso administrarle el último consuelo diciéndole que ella no tenía nada que temer sino todo lo contrario, pues como había sido siempre buena en esta vida, en la otra la esperaba Dios con los brazos abiertos, que en el cielo sería feliz y gozaría de la dicha eterna. La vieja seguía callada, y cuando el cura terminó, se limitó a decir: «No, padre, yo mi casita, que me dejen en mi casita.»

Esta casita de la vieja de Haría, de la vieja moribunda, yo la veo desparramada por toda Lanzarote. Por todos los rincones de la isla yo estoy viendo la casita, cada vez más lejana, cada vez más perdida. La casita de la vieja moribunda es aquella que se vislumbra allá enclavada en cualquier parte, de tejas la azotea a veces y otras de isleña «torta» (tierra y granzón). Es la que luce el balconcillo de ventanal verde encaramado en lo alto al soco de la brisa y la chimenea al poniente, con el corral al lado, y el huerto, y el aljibe, y la era diminuta como un juguete de aeropuerto. Es la que huele a perejil, y a tomillo, y a nidos de palomas, y a rabos de cabras y chivas de machos cabríos, y a zaleas y a zurrones. La que resplandece de verdor con la tunera y el higo picón colorado, y el geranio, y la pitera y la enredadera. La que achatada bajo la canal mustia de lluvias ausentes busca el frescor de la piedra berroqueña, o quizá la volcánica. La que todavía se ve y cada vez se ve menos, en los pueblos, caseríos y pagos, porque el turista paga y va imponiendo el gusto y las costumbres traídos de otros climas...

La casita de la vieja moribunda la veo yo todavía, pero difuminada, diluida en la avalancha esa de exotismos múltiples, de sentimientos dispersos y ensueños vanos que van acogotando a la isla por todos sus costados. Y pronto, y eso es lo lamentable, o yo al menos lo lamento, cada vez se irá viendo menos, hasta que con el tiempo quede sepultada definitivamente bajo esas oleadas invasoras de esnobismos arquitecturales acomodaticios y esperpénticos, de aburguesada factura «chaletóide».

Cuando a la vieja moribunda de Haría el cura le prometió el

cielo y ella prefirió su casita, quedarse en su casita, el gesto tuvo una significación profunda. Significó todo el hondo sentir de un pueblo y de una isla que da estertores de muerte irremisiblemente, que se sacude y se resiste, a pesar de todo, a dejar de ser. Tantas cosas han cambiado y tantas cosas han dejado de ser en Lanzarote, que ya es poco lo que le queda para reconocerse a sí misma.

A la casita de la vieja moribunda, que es la isla entera toda de Lanzarote, o en ella está representada, la han escachado. Yo la veo escachada, transfigurada, desbaratada con su vieja muerta dentro renunciando al cielo prometido, ese cielo con el que economistas y capitalistas y futuristas y oportunistas de toda calaña han venido, año tras año, engañando al sencillo y adusto hombre lanzaroteño.

EL GOFIO MIO

Como ven ustedes, no digo el gofio nuestro, como el pan (nuestro), sino el gofio mío. Y ahora les voy a decir el porqué eso de «mío». Sigán, sigán leyendo.

Tengo un caballo y dos cabras. El caballo, bastante flaco, por la carestía de los piensos y la escasez de paja, pues ya en Lanzarote como todos saben el cultivo de cereales no renta y nadie planta, y los cereales son los que dan, como subproducto, la paja. Las cabras han venido escapando porque un viejo pastor amigo mío las lleva con las suyas, y siempre, por malo que sea el año, la aulaga persistentemente reverdece y la aulaga, con sus finos tallos de blanca savia lechosa, es alimento idóneo para el rumiante cornúpeta caprino. Escapadas las cabras, que ordeño todas las mañanas y cuya leche fresca recién ordeñada constituye para mí el sustento básico de cada día, y como el caballo seguía cada vez más flaco, al estilo «Rocinante», con los huesos del espaldar abultándosele cada vez más, el pasado año me dije: «Al caballo hay que vitalizarlo, engordarlo un poco. Plantando maíz puedo coger «Palote» verde y, si se da la cosecha, incluso grano para alguna racionesita del Rocinante y gofio para mí...» Así lo hice. Busqué unos cachos de tierra labrantía que dos buenas señoras de Tegui se me facilitaron graciosamente y ahí me tienen ustedes con el sachó y la asada abriendo el surco y plantando el millo a cazoleja. El terreno está próximo al cementerio, por encima, orientado por lo bajo hacia el castillo de Guanapay. Y desde lo alto, según iba incrustando la semilla en los fondos de la tierra húmeda, al des-

cansar para encender un cigarro porque en todo trabajo se fuma, yo contemplaba las tumbas, las cruces y los nichos de la necrópolis envuelta en el prolongado silencio. Y esto me daba ánimos. Nunca fui agricultor y el músculo se me resistía en la torpeza del aprendizaje del arado. Y así, contemplando a los muertos invisibles y pensando en ellos, en cómo pensarían en vida y qué vida tuvieron y los trabajos y sudores que muchos seguramente hubieron de sufrir para arrancarle a la tierra el sustento, la misma tierra que hoy los abriga y los ampara en el sueño irreversible sin ensueños, fui batallando, saliendo adelante en mi empeño hasta ver al fin culminada la tarea agrícola, el millo plantado. «Ahora a esperar», me dije observando la gavia de tierra rojiza reluciente al sol, limpia, sin yerbas, rizada por los surcos y la brisa fresca del cuadrante norte que sobre Teguisse bate a intervalos envolviendo las chimeneas sin humo de los viejos caserones amartelados en el tiempo. Puedo decir que tuve suerte, pues llovió postrero. Y el millo nació y fue creciendo. Y yo me regocijaba viéndolo crecer, y pensando en mi caballo. En mi caballo y en mí. En mí también porque se me había ocurrido, a través de las sudorosas jornadas agrícolas, hacer un experimento. Había pensado: «Si hay cosecha y además de palote para el caballo recojo millo, voy a hacer gofio con mis propias manos, a ver cómo sabe al paladar el gofio hecho por uno mismo, trabajado y sudado por uno mismo en las distintas fases del proceso, o sea, plantar el grano, recogerlo, trillararlo (desgranarlo), tostarlo y... molerlo.» Todo menos esto último he hecho, ya que no tengo molino. Tuve que llevarlo a moler a la vieja y remozada (gracias al Cabildo) molina de Guatiza.

El experimento me ha servido de mucho. Me ha servido, en primer lugar, o principalmente, para valorizar con justeza la importancia del acto de comer y la importancia de cada alimento, por modesto y pobre que sea, que el hombre en su necesidad de nutrición se lleva a la boca. Porque hay personas que comen más que otras, mucho más, y están las que comen con deleite y por deleite, y no por elemental necesidad. Y generalmente éstas son a las que no se les ocurre pensar por un momento lo que ha costado (a otros) ese deleite suyo que les entra por la boca y les

llega a la barriga y les pasa por la tripa a través del plato y el otro plato de la vianda preparada, cocinada, condimentada. No piensan en el proceso diverso y trabajoso de elaboración que ha costado, sino en hartarse, teniéndoles sin cuidado todo lo demás, o riyéndose de todo lo demás... ¿Habrá alguno, acaso, que mientras traga y traga se acuerde del labriego, del que trabajó la tierra; o del pastor que cuidó al animal para que el bistec fuera cierto; o del pescador; o del carnicero, o del panadero, o del obrero que en la fábrica sigue encorvado diariamente las ocho horas con el capataz vigilándolo a la espalda para que los accionistas se repartan mejores dividendos? Lo dudo, yo lo dudo...

Quizás el gofio sea el alimento más simple, más tosco, más primitivo, entre los productos alimenticios de elaboración. Y hay que ver lo que me ha costado a mí este gofio que me como, este gofio mío hecho por mí que a cucharadas pongo sobre la leche recién ordeñada y con gusto, o sin gusto, pasa a mi estómago. Todos los humanos, y en particular los humanos glotones, deben hacer el experimento. Y al que no quiere, al que se resiste, obligarlo a ello. Claro que yo hablo del gofio, y entonces serían solamente los canarios los afectados, los requeridos. Para que no se escape nadie, en lugar del gofio, que sea el pan. Yo estoy seguro incluso que el más glotón, al tener que preparar y abonar la tierra, plantar el trigo, recogerlo, molerlo, amasarlo y llevarlo al horno, al sentarse a la mesa a comer pondría una cara más digna y sería más comedido en sus exigencias y en sus gulas, acordándose del labriego, y del pescador, y del pastor, y del carnicero, y del choricero, y del panadero...

SOBRE EL HUMOR ISLEÑO

Se habla del humor canario como de algo exclusivo de las Islas, algo tan propio y tan genuino como el gofio, o el sancocho, o el mojo picón («salsa infernal que llaman mojo», que dijo el peninsular), o el timple, o el roncote, o la pardela, o el pájaro cantor que se conoce en todo el mundo con el nombre propio del Archipiélago, o... Y tantas cosas más.

Efectivamente, el humor canario es distinto al de otras regiones españolas. Se asemeja un algo al humor andaluz, pero en el fondo se diferencia, no es el mismo. El humor canario, que tan bien supo interpretar en el pasado inmediato Pancho Guerra (el genial Pancho Guerra) con su personaje Pepe Monagas, y actualmente Eduardo Millares con su Cho Juárez, yo me supongo que sea único a todo lo largo de la geografía nacional. No quiero decir que sea mejor ni peor que el de otras regiones, que tenga más importancia o que resulte más fino, hondo o sagaz. Líbreme Dios de eso. Sólo digo que es distinto, diferente, que de todos es sabido el reconocimiento con que cuenta el humor español, en general, en el mundo entero. Y no me refiero precisamente al humor o humorismo realizado en arte con la pluma, bien literariamente o bien pictóricamente a través de escritores y pintores, sino al humor callejero, al popular, al que se entrega el pueblo en improvisada cotidianeidad, porque lo siente así y ve la vida así y quiere que la vida sea así: hilarante, jocosa, graciosa. Si los escritores y dibujantes prestigian la humorística capacidad creadora del hombre español (repárese en Alvaro de la Iglesia y en Min-

gote como representativos y a quienes sigue una interminable cola de colaboradores de diarios y revistas, todos buenos), al mismo tiempo el hombre español simple, el hombre de la calle, con sus ocurrencias, sus sarcasmos y su picaresca y su vigorosa imaginación, constituye un acervo verdadero del verdadero humorismo, fuente donde se inspiran los artistas y abrevan los autores: escritores y dibujantes.

Aceptado como cierto que el humor insular es distinto al peninsular, hay que aceptar asimismo que entre una isla y otra el humor cambia, presenta matices diferentes. Cada isla tiene sus rasgos propios, peculiares, como ocurre con la música popular, isas y folías y malagueñas. El grancanario es más socarrón que el tinerfeño, pongo por caso, y éste más chocarrero, más irónico y burlón que aquél, pongo por caso también, aunque algunos no lo aprecien o acaso no lo crean. Yo no podré aquilatar las características, en lo tocante al humor, propias de cada isla, ya que he vivido largo tiempo solamente en Gran Canaria y en esta isla mía natal de Lanzarote (natal y vital, como ha dicho alguien); en las otras, solamente de paso. Por eso voy a decir que siendo el humor de la isla redonda el más amplio y redondo (más personal, más hondo y más sutil), el de la isla de los volcanes y del fuego es a su vez más fogoso, como lo son otras cosas sin ser el humor. La batata y el vino, por ejemplo, llevan fuego dentro, a más de vitaminas, en «comparansia» con la batata y el vino de las otras islas. Se parecen mucho, sin embargo, el humor de ambas islas, Lanzarote y Gran Canaria, en los apodos, en el afán y en el acierto de los apodos. El canario es muy dado a los apodos, igual que lo es el lanzaroteño. En ambas islas se le planta el apodo al más pintado, y siempre el apodo cuadra, no falla, define al individuo, es el justo, el que le cae al hombre (o a la mujer) como su mismo traje. En Lanzarote sobre todo, raro es el forastero que recalca por Arrecife y al poco no está ya rebautizado, y raro es el nativo que no cuenta, a más de su propio nombre, con su sobrenombre. A este respecto, y para que vean ustedes hasta dónde alcanza en Lanzarote este prurito «apodístico» (y el consentimiento o asentimiento del hombre lanzaroteño a llevar mote), les voy a contar el siguiente caso sucedido en un pueblo norteño de esta isla del

fuego o los volcanes. Y fue que llega un forastero a dicho pueblo y al primer vecino que se tropieza le pregunta por fulano de tal, nombre y apellido auténticos, vamos a decir Manuel Aguirre.

—Pues no lo conozco —contesta el vecino—. A ese tal Manuel Aguirre no lo conozco, no sé quién es. Seguramente no es de aquí.

El forastero duda un rato, carraspea, tira la colilla del cigarro y al fin se decide y dice:

—Que vive aquí es cierto, pues me lo han asegurado. Mire, para más señas voy a decirle que es uno al que llaman «El Risitas».

—¿El Risitas, dice? Pues no estaba usted equivocado, tiene usted razón, porque «El Risitas» soy yo. Efectivamente yo me llamo Manuel Aguirre, ahora que me acuerdo...

En Arrecife, como en los otros pueblos, campos y pagos, el mote está a la orden del día. Y muy raro es el que se enfada cuando lo llaman por el mote, y no por su nombre.

Y ahora, aunque sea por curiosidad (curiosidad de ustedes, los lectores) voy a citar aquellos de los que me acuerdo en estos momentos de escribir, que será una pequeña parte, pues como digo, raro es el hombre lanzaroteño, y también la mujer, aunque menos, que no lleve su apodo, y él tan campante, alguno hasta contento.

El Cucaracho, el Caramba, el Petrilla, la Pitera, la Canela, el Redondo, el Cumplido, la Fula, el Pejín, el Lagarto, don Lápiz, Pintinita, Ruñera, la Tarántura, el Pardela, Pancho Buche, Juan Tablones, la Galana, el Zalea, el Pichón, el Carajito, don Coño, el Gallo Morón, Perrachica, el Camello, la Chopa, Perrería, Hurón Destetado, Miñoca, Proa Goleta, el Arrepentío, el Alforjas, el Chalana, Suspirito, Parsimonía, Perfidio, el Jirafo, Moñiguito, Fatiguita, Cagarruta... y tantos y tantos, todos pintiparados, que se llenaría una página entera del periódico. Pero entre todos, los que más a mí me han llamado la atención, son dos que he oído últimamente: «el Individuo» y «la Persona». Pregunté el porqué de tan singulares motes y me dijeron que aquél es por la costumbre del interfecto de llamarse a sí mismo individuo, en su afán de darse importancia y categoría: «Sepa usted que yo soy un individuo, y no un cualquiera.» Y el otro, que pertenece a un pe-

queño pago del sur de la isla, porque entre los vecinos llegaron a creerse que el único hombre inteligente y de respeto era un tal Juanito, un tanto ilustrado y un tanto sabihondo él, y por eso todos le llamaban, y lo llaman, Juanito «la Persona», y él (Juanito «la Persona») más contento que unas Pascuas.

Sí, el humor isleño es un humor fino, socarrón, picaresco, con algo de ironía y otro algo de satírica gracia. El lanzaroteño, en particular, se caracteriza por la justeza y el acierto en aplicarle a cualquiera un mote, que ya llevará toda su vida, hasta que muera. Y después de muerto, algunas veces, no siempre, se sigue oyendo el mote, aplicado a un descendiente: hijo, sobrino o nieto.

LO MAS AFRENTOSO

Hay muchas cosas afrentosas en la vida. Se afrenta uno, o avergüenza, a cada instante del vivir de cada día. Muchos son los motivos. Sin rebuscar allá más lejos, ahí están esos jovenzuelos melenudos con moña hacia atrás y hacia delante que hacen gala de un machismo rotundo dando gritos por menos que nada en la esquina y en la calle y besuqueando en cualquier parte a la gachí empantalonada que les sirve de compañía. Son, sin duda, motivo de vergüenza callejera y ciudadana, como si no pudieran hacerse las carantoñas sexualoides en otro lugar y momento. Y no me digan ustedes nada de los que no comercian con objetos y artículos de consumo, sino con algo más caro a la dignidad del hombre: las ideas, las opiniones, las conciencias. Porque hay políticos por vocación, por devoción, y los hay de callejón, oportunistas y amañados de la política que no desperdician coyuntura buena o maya para salirse con la suya, y cobrar lo suyo; son los más. Y hay, en fin, otras múltiples facetas de la actividad humana que al hombre honrado, al hombre justo, le sonrojan sin remedio de la mañana a la noche, de la noche a la mañana; como por ejemplo ese desfile constante de fantoches del cine y la televisión y de la canción moderna y del fútbol y de la política municipal. Los hombres serios y dignos que aún quedan en la sociedad hispana no tienen más remedio que agazaparse, atorrarse y aguantar, a la espera de que un día la cordura se abra paso al través de los encéfalos y los valores verdaderos del hombre imperen sobre tanta falacia vil y tanta cachondez. No podremos vivir eternamente

avergonzados de nosotros mismos, de nuestra condición humana de españoloides del siglo que se nos va.

Pero por encima de todo, por encima de los diversos y múltiples motivos de avergonzamiento que atosigan al «homo hispánicus» actual, hay uno que se los gana a todos: el ser viejo. ¡Pobres viejos, pobres ancianos de hoy! Antes un anciano era un ser respetable, un individuo venerado, ensalzado, mimado. Hoy, en esta nuestra sociedad encanallada de hoy, es todo lo contrario: un ser ridículo, un estorbo, un despojo, un enojo, una especie de pobre piojo, ente parasitario que no sirve para nada, sino para jeringar. ¡Cómo cambian los tiempos! Antiguamente al viejo de la familia se lo disputaban los familiares para llevárselo a su casa y cuidarlo, para agasjarlo y alentarlo mimosamente hasta el último respiro final. Ahora se lo tiran a la cara de un familiar al otro hasta que acaba en el asilo o en el hospital de ancianos desperdiciados.

Sí, así mismo me lo decía no hace mucho un jacarandoso anciano de un cierto pueblo lanzaroteño: «Convéznase usted, amigo mío, de que son muchas las cosas afrentosas de la vida, pero hay una que se las gana a todas: ser viejo. Yo me he convencido de que es más afrentoso ser viejo que ser ladrón.

Un tiempo después me enteré de que mi anciano amigo, casi octogenario, había tenido la ocasión de unos escarceos amatorios con una moza del pueblo y había fracasado, o sea, que no había logrado consumir el culminante acto amoroso.

EL GOFIO, LA BATATA Y EL PORRETO

«Que las aguas, después de los años mil, volverán por donde solían dir», es un refrán (refrán conejero). Que la batata y el gofio y el higo picón volverán a ser condumio obligado en los hogares isleños, no es un refrán; es más que un refrán: es una evidencia.

Cuando yo llegué, desde «mi expatriación», a Lanzarote, no quería creerlo. No quería creer lo que mis ojos veían, y era verdad. Era verdad que la batata (la pulposa y vitaminosa y colorada batata nuestra), antiguamente alimento de animales entre los que imperaba el cerdo, se exportaba cuidadosamente y gananciosamente a Europa, principalmente al Reino Unido; y que, sin embargo y por contra, el higo picón y el otro higo (el llamado de leche, de higuera) se caían del árbol y se pudrían por tierra porque nadie se molestaba en recogerlos; y que el gofio brillaba por su ausencia en el hogar más humilde; y que el garbanzo y el chícharo, que fueron antaño manduca cotidiana en las casas de todos, de pobres y de ricos, ya no gastaban leña en la cocina porque el potaje, ¡oh potaje, potaje, potajito nuestro!, había sido dado de lado, relingado, despreciado de todos, ricos y pobres...

Hoy, a la vuelta de unos pocos años, miren ustedes de qué manera se ha dado la voltereta la hoja, cómo tan de repente se ha volcado el carro, cómo se nos ha virado la carreta, tan calladamente y tan precipitadamente, bullangueramente, alborozadamente, perniciosamente... Ya las gentes se miran a las caras unas a otras y en ellas (caras y miradas) se refleja la batata, y el chí-

charo, y el gofio, y el potaje y el mismo porreto. Yo los estoy viendo venir. Dentro de poco, de seguir las cosas así (los precios hinchándose, hinchándose, hinchándose), yo pronostico el suspiro del porreto. Suspiraremos todos aquí en Lanzarote y en las otras islas y más allá, por el puño de gofio, el potaje y el porreto. Y no digo también el pejín porque el pejín hay tiempo que se convirtió en bocado prohibido, por lo raro y lo caro, como el sancocho de cherne, alimento hoy de panzas privilegiadas.

Todo ha venido junto. Todos los males se nos han arrejuntado, aquí en la isla, como si una maldición pesara sobre nuestra retorcida y requemada piel de isla maldita. A los precios desbordados que llegaron a convertir últimamente a Lanzarote en «el pueblo más caro de España», ha venido a sumarse la sequía y, por si fuera poco, el paro, el tan de siempre lamentado y tan temido para obrero.

Pero, como me decía hace poco un viejo pescador ya retirado, «eso no quita para que los jóvenes, y algunos no tan jóvenes, no piensen sino en divertirse, en bailar y cantar y libar. Porque..., ¿ha visto usted que los bares hayan disminuido el personal? La parranda sigue, amigo, y los Carnavales no aflojan ni en Tenerife ni aquí y yo me supongo que allá por «Las Rapaduras» siga danzándose «la Raspa» y raspándose muchos los bolsillos, hasta escurrirse...»

Sí, la parranda sigue, como ha dicho mi amigo el roncote retirado, y lo malo no está precisamente en que siga la parranda, sino en que se rompa la cuerda, del aguante. ¿Seguiremos aguantando los hombres de verdad, los hombres conscientes de la realidad social que vivimos, tanta desfachatez, y tanta jactancia, y tanta ceguera por parte de esos estamentos sociales pudientes que no se frenan en la diversión y la provocación despilfarrando cínicamente a ojos vistos cuando la tragedia de la escasez y el hambre amenaza extenderse a todo lo largo de la piel quemada de la isla, zalea recalentada al sol que menos alumbraba?

Yo no quiero pasar por «sanjorín» ni por «pernóstico» pronosticando la hecatombe, que para eso están los adivinos y futurólogos. Sólo pretendo en estas líneas señalar el mal que padecemos, o que estamos empezando a padecer, para que los del diver-

timiento y la «dolce vita» se frenen en sus carnavalescas tesisuras, en sus ostentaciones y sus despilfarros, que eso es provocar, y toda provocación es mala, trae malos resultados.

Ahora que a punto estamos de volver al gofio, y la batata y el higo picón (el porreto), si Dios no lo remedia (Dios, porque del lado humano cada vez estamos más escamados), frénense, hombres adinerados, en los constantes y contaminosos apetitos bajos, aunque sea por simples principios morales y de ética, y no de estética; que los sufrimientos de los que padecen hambre y sed (en este caso todos los pobres de Lanzarote) merecen por lo menos eso, merecen respeto.

YAIZA, DON ISAAC, DON BENITO Y EL CURA POBRE

En una apretura me he visto cuando se han acercado a mí unos señores y muy seriamente, formalmente, sin más ni más me han pedido «algo» para incluir en el programa de las fiestas patronales de Yaiza, Fiesta de Los Remedios. «Pero si yo vivo aquí apartado en Teguise, lejos del mundanal ruido, y no sé nada o sé muy poco del acontecer (pasado y presente) de ese bello y risueño pueblo sureño», les he dicho. «No importa. Nos conformamos con un pequeño escrito suyo de esos que aparecen en el periódico, una croniquilla, un relato, un comentario, un sucedido o anécdota o lo que a usted le parezca», insistieron atentamente, casi deportivamente.

No me resistí. Acepté el envite y aquí me tienen ustedes hurgando en el magín a ver cómo puedo yo salvar la jugada, qué podré decir sobre Yaiza que otros no hayan dicho y que le interese a las gentes, a los que irán a la fiesta y a los que se quedarán en casa.

Dándole vueltas y más vueltas a la idea en el caletre, al fin me acordé de don Isaac Viera, hijo de Yaiza, que con su vivir lleno de trances aventureros y políticos y con su pluma audaz gloria dio a su pueblo y a la isla, aunque algunos no lo crean, o con sus enconos digan que no, o no lo admitan. Y me acordé de don Benito Pérez Armas, también hijo de Yaiza y también escritor prestigioso en el amplio ámbito regional que escribió novelas en Tenerife, donde vivió largos años y fundó, si no escuela, sí los cimientos de ese espiritual edificio literario que hoy lleva su nombre y que todos los años premia a un autor de la na-

rrativa canaria: el «Concurso de novelas Benito Pérez Armas».

Pero me acordé, sobre todo, del cura pobre, del gran don Andrés, que en Yaiza ejerció su magisterio como cada cura de cada pueblo debiera ejercerlo: siguiendo la huella verdadera del Cristo, humildemente, sacrificadamente, caritativamente. Curas como don Andrés se ven hoy pocos, porque no existen, y hacen, sin embargo, mucha falta. No tenía sino una sola sotana, y por ahorrarla para decir la misa usaba en las faenas caseras un barato mandil zurcido. Y pudo don Andrés tener más de una sotana e incluso presumir de sotana, pero su noble y cristiano corazón se lo impedía: lo que recaudaba en la misa, o en el bautizo, o en el entierro, casi no pasaba por sus bolsillos que seguramente los tenía rotos, sino que iba a parar al hogar humilde, a las manos de los pobres y los enfermos, de los verdaderos necesitados. Curas como don Andrés, el párroco de Yaiza, están haciendo hoy mucha falta, mucha falta...

Y ahora «un lance», para darle un poco de distracción al seco, escueto escrito. A mí me lo contaron y como me lo contaron lo cuento.

Don Andrés iba siempre a todas partes en su burro. Los curas de pueblo de hoy van en coche, por eso del progreso y lo demás. Don Andrés, cuando tenía que salir de Yaiza, le ponía la albarda al burro y, ya por la vereda solitaria o ya por la senda escabrosa, él con su burro atravesaba hasta llegar a destino. Y un día, no se sabe cómo, pues fue siempre buen jinete, el burro que da en tierra con él, tumbándolo sin mayores consecuencias al ser la caída en piso blando. Enterados los buenos vecinos y preocupados, una tarde se ponen de acuerdo y van todos juntos a su casa, y le dicen: «Mire usted, don Andrés... Nosotros venimos a decirle que como usted no es un joven y tiene sus años, un día el burro puede darle un disgusto. Nosotros habíamos pensado que más que un burro macho, a usted le conviene un burro hembra, que siempre la burra es más mansa y obediente y el peligro de una caída es menor...» Don Andrés fue tajante en la respuesta: «Amigos míos, yo les agradezco el buen consejo, pero eso de burra hembra, jamás. Como ustedes han dicho yo tengo ya mis años, y no quiero que a estas alturas las gentes me critiquen.»

LA GRAN GARRAPATA

El perro se retorció dando alaridos. A mí me dolía verlo y por eso me alejé, dejándole a mis hijos la misión de arrancarle la garrapata, una enorme garrapata robusta que tenía incrustada en el fondo de la oreja y que hacía tiempo llevaba al pobre animalito por el camino mismo de la amargura. Yo les había dicho a mis hijos que como quiera que fuera tenían que hacerle desaparecer la garrapata de la oreja, costárales lo que les costara.

Casi me arrepiento de la tajante orden. La garrapata fue aniquilada, pero el perro perdió más de media oreja y los muchachos tardaron más de medio día en la operación, perdiendo aquella tarde la escuela. Y cuando me contaron lo que ellos pasaron y lo que pasó el perro, no quería creerlo, no podía suponerme la resistencia del parásito a dejarse arrancar de su ámbito vital, de su medio ambiente. Para que ustedes también, al igual que yo, se asombren, voy a transcribir el relato, verídico relato que pone de relieve las hondas fuerzas ciegas que condicionan la vida, el impulso o pujanza de la materia viviente, el pathos biológico ancestral y animal.

Me contaron los chicos:

«Amañamos al perro con caricias y se echó, paciente, quieto, sumiso. Le trincamos la oreja y le aplicamos la pinza al bicho en la misma cabeza, fuertemente, y forcejamos. Nada... La garrapata seguía allí, sangrante pero sin despegarse. Entonces empleamos un procedimiento más contundente. Empleamos un agujero de zapatero, especie de lezna afilada, y empujamos hondo por

debajo de la barriga de la garrapata, hiriéndole la carne al perro. Por un instante nos pareció que la garrapata cedía, que se desprendía, pero no era verdad: seguía incrustada, aferrada, engarfiada... Fue cuando hicimos lo que no queríamos hacer y no quedó más remedio: le pusimos la oreja al perro sobre una piedra, bien estiradita, y con un martillo empezamos a dar golpes ciegamente, majando y majando sin parar para que la garrapata no se escurriera y se pegara por otro lado..., hasta que sucumbió. El perro sufrió mucho y lloró de dolor y de pena, pero ahora está tranquilo, casi hasta contento, al verse libre del parásito que lo consumía, lo consumía...»

Este relato del perro aquel que llamábamos «Ibérico» y nunca supe quién le puso el nombre, me ha hecho muchas veces soñar, y divagar, y especular. Hoy que el arte abstracto se ha impuesto y la parasitología está de moda y las ocultas fuerzas esotéricas parecen tener equivalencias en el mundo real y humano, me ha dado en pensar si acaso aquel perro llamado anónimamente «Ibérico» no tendrá alguna relación con el caso o realidad, presente realidad, por la que atraviesa nuestra patria. En sueños, y sin ser en sueños, parasitológicamente o quizá quirománticamente —¡quién lo sabe!— yo he querido ver a la «piel del toro» convertida en una simple piel de can. Y la he visto con una oreja carcomida, desgarrada, machacada... ¿Por qué? ¿Es que la grande y oronda y rubicunda y terrible garrapata de la prebenda y el privilegio que le succionó durante años y años la sangre al «can ibérico» le fue al fin extirpada? Ojalá. Ojalá el sueño no sea simplemente un sueño, sino inminente realidad. Mi perro vivió feliz sin garrapata, muriendo de vejez y muerte natural. Mi patria, a buen seguro que vivirá, si no feliz del todo, porque eso es muy difícil, con salud al menos y con optimismo si alguien logra extirpar del cuerpo social de la nación la garrapata inmensa que la devora, que le chupa la sangre endemoniadamente, que le debilita y aniquila las potencias vitales que en otros tiempos forjaron en gestas al noble y valiente pueblo ibérico.

Mi perro aulló de dolor al sentirse con la oreja escachada, pero se curó. España, mi patria, escachada en parte por tan adversas circunstancias, no dejará de gemir mientras el parasitismo

garrapateril que la exprime (evasión de capitales, monopolios, matesas, locqueis y todo género de corrupción) no sea contundentemente y de una vez para siempre aniquilado. Pero, ¿por quién y de qué forma podrá realizarse ese aniquilamiento, la extirpación de la garrapata? ¿Qué fuerzas, qué poderes serán lo suficientemente eficaces? ¡Ah!..., ahí está la cuestión. Se habla de democracia y de cambio y de reformas y a la expectativa está el país entero esperando esas reformas y ese cambio y esa democracia; pero el temor está en que el can ibérico no logre sacudirse concienzudamente las orejas y la garrapata siga, la gran garrapata chupante y succionadora, incrustada, robándole al pueblo que suda y sufre sus alientos más nobles, su trabajo, sus esfuerzos y sacrificios, su generosa sangre despilfarrada. De una forma o de otra, y a pesar de la incipiente democracia que lucha por sus fueros, los chupones del régimen siguen, allá como aquí, en Madrid, en Las Palmas, en Lanzarote...

EL GHETTO TIÑOSERO

Unos barquillos varados. Otros barquillos de dos proas fondeados con potala honda en la pequeña rada y entre ellos, entreverada, alguna chalana vieja luciendo el carcomido maderamen y sus colores chillones bajo los rayos del sol. Chiquillos que juegan desnudos, o semidesnudos, patudos, huesudos, entre las rocas de la orilla. Ancianos de calzón remendado por las rodillas y el culo y cachucha de paja con visera recogen la red, o juegan al envite en la tasca baja, o hablan en corro sentados al soco de un muro comentando las peripecias de la pesca, los avatares del mar, las inclemencias del tiempo... Más arriba, por encima de las casas en cuesta cercanas al embarcadero (pequeña caleta de arena y piedras) mujeres con la clásica pañoleta de resabios morunos escaman pescado, o lavan, o cosen, o comadorean, según la edad. Así es la primera estampa que el ojo del que llega por mar descubre al acercarse al pequeño puerto, el puerto pesquero antes nominado la Tiñosa y ahora, de unos años acá, Puerto del Carmen.

La otra estampa es la que se vislumbra desde arriba, a cualquier hora del día. La Tiñosa, el anciano núcleo urbano, está como metido en un hoyo, enterrado, como sepultado. No se le puede considerar muerto del todo (cadáver en el cajón) porque todavía respira, a pesar del acoso que desde todos los ángulos que de la parte alta, desde los pintorescos y floridos conglomerados turísticos, viene padeciendo a partir del instante mismo que comenzó en la zona el portentoso despliegue urbanístico, asombro hoy de todos por la rapidez en que se realizaron los trabajos de

construcción, la apertura de comercios, agencias, bares, cafeterías y otros antros de consumo y diversión. Lo primero en alzarse al borde de las límpidas aguas costeras fue el hotel, al socaire del cual fueron surgiendo como a porfía «chalés y bungalós» por todas partes, igual que hormigueros, igual que colmenas vistosas y dichosas, colmenas humanas rentables de la divisa deseada y apetecida que el extranjero ansioso de sol y otras cosas trae en su cartera, a veces no tan abultada como muchos desearían.

No porque lo diga yo, sino porque me lo han dicho a mí y lo dicen todos los que por este recoleto reducto lanzaroteño recalán, no existe en el Archipiélago un lugar más acogedor, un sitio donde el ajetreado hombre europeo encuentre mejor acomodo, mejor descanso, mejor playa y mejor mar y mejor aire y mejores encantos de la naturaleza y mejores diversiones y mejores posibilidades de sanar si está enfermo (véase el complejo llamado Los Mojones centro sanitario de noruegos lisiados) y mejores posibilidades de especular si el que llega trae esa intención en su mente a más de las otras, o sin las otras...

Y a todas éstas, allá en el fondo, pegado a un lado por lo bajo de la parte sur, allá donde terminan los jardines floridos y las tiendas lujosas y los restaurantes eminentes y las calles asfaltadas y las tuberías del agua potabilizada saltando de cuarto de baño en cuarto de baño amarmolado y duchoso (atención, linotipista, que es duchoso y no dichoso), allá está el ghetto.

Y esto es lo increíble; lo que a mí cada vez que he tumbado por allá me ha sacudido los nervios y me ha hecho ruborizar de vergüenza y de indignación como hijo de Lanzarote, como hombre nacido en Lanzarote. Porque no parece otra cosa sino que ha sido hecho adrede. El complejo turístico más agradable y rico y bello de la isla, pegado al conglomerado urbano más pobre y abandonado y sucio de la isla. Increíble.

A este respecto yo he pensado que al venirse realizando a través de los años las obras de adecentamiento urbano en la parte turística, si el Ayuntamiento y otros organismos competentes no adecentaban a la par la parte vieja porque no podían o no querían, correspondía a los propietarios que se han enriquecido con la explotación comercial echar una mano a «los pobres de al

lado». Son muchos los que, en el lugar ese mismo que yo llamo el ghetto tiñosero, se han hecho ricos, algunos millonarios y hasta multimillonarios. Entre todos han podido cooperar, aportando el mínimo cada uno, en el adecentamiento del pequeño puerto marinerero. Total no pretenden mucho los vecinos: el asfaltado de algunas calles, agua que les llegue a las casas por tuberías, unas aceras, unos puntos de luz estratégicos en las noches oscuras..., poca cosa.

Por otro lado, y ante la triste y bochornosa realidad, yo he pensado que al seguir años y años el ghetto luciendo su llaga al cielo sin que nadie se haya preocupado en remediarlo, es porque fuertes razones habrá. Y pensando y pensando contra mi voluntad y a la fuerza y sin quererlo, he pensado que esas razones a lo mejor no son otras que «el atractivo», y es lo que me ha llenado de indignación: que se haya explotado y se esté explotando el espectáculo de miseria y suciedad que presentan unas familias lanzaroteñas como atractivo turístico, como un gancho turístico más. Eso es lo que ha estado sucediendo, pues no se explica de otra manera que cuando todos los pueblos de la isla, incluso los más insignificantes y apartados, muestran al turista su cara lavada y limpia, no se explica que el hoy sin duda alguna más importante entre todos por su enclave y situación en la más bella zona turística del Archipiélago, siga luciendo sus lacras, su cara sucia, como si fuera un pueblo maldito, apestado, infectado, desahuciado, con tiña...

Ahí está la vergüenza y el escarnio de la isla entera de Lanzarote y los hijos todos de Lanzarote: el ghetto tiñosero.

LA CARNAVALADA

Ya se fueron los carnavales. Ya se acabaron «las danzas de la carne». Menos mal. Porque según el criterio de algunos isleños conscientes del instante crucial que atosiga a las islas, no debieron siquiera empezar.

En verdad, el panorama que presenta actualmente nuestro archipiélago carece de perspectiva, no tiene buena fisonomía. Por un lado el paro, ese paro creciente que cada día aumenta transvasándose de un lugar al otro, de la construcción a la industria (la endeble industria canaria) y de ésta a la agricultura y a los servicios. Después las huelgas, que saltan de la enseñanza a los transportes y el público que quiere viajar, o quiere aprender, no sabe qué hacer. Luego las manifestaciones de masa, reivindicativas, que son prohibidas unas y disueltas a la fuerza otras. Y más luego y más después la inflación, la hinchada de los precios, la subida aparatosa de los productos básicos de alimentación que al pueblo trabajador y humilde tiene desesperanzado, poco menos que desagallado. Y por último..., y por último y por no citar más desdichas, la tragedia que se desarrolla ahí enfrente mismo de nuestros linderos costeros y que a los canarios, por vecindad y hermandad, tanto debe afectarnos: la tragedia saharai, la masacre y expolio que se está cometiendo con el sufrido pueblo azul del Sahara nuestro, u occidental.

Por estas circunstancias y otras que de aunque menor calibre humano también a la hora de la verdad deberán contar, yo creo que la carnavalada de días pasados ha sido inoportuna, fuera de

tono, ha estado de más. No se puede pensar en diversiones cuando la incertidumbre y un malestar manifiesto nos oprime; no se puede reír cuando el vecino llora; es un delito cantar y bailar cuando un pueblo sufre, cuando unos hermanos nuestros están de luto.

En Bélgica, uno de los países occidentales más democráticos de la vieja Europa, y a mí me consta, estaban (no sé si aún lo están) prohibidos los carnavales. Se autorizaban solamente en un pueblo, debidamente escogido, y de todo el reino el que lo deseaba allí iba a ponerse la careta y a danzar todo lo que quisiera. En el resto del reino reinaba la normalidad, la seriedad, el trabajo, la producción y el orden. Esto en un país donde eran muy contados los días festivos durante el año, en contraposición al nuestro, de almanaque-calendario trazado en rojo tanto casi como en negro. A este respecto me decía un amigo mío «flamand» de Brujas (la bella ciudad medieval Brujas la Muerta). «¿Pero ustedes, los españoles, no piensan sino en la fiesta? A mí me parece que ahí está uno de los males peores de España, en tanta fiesta...»

En nuestro archipiélago se prohibieron los carnavales, por lo que quiera que fuera, como en toda la nación, y siguieron celebrándose sin embargo en la isla picuda. Pues bien: como en Bélgica, que las gentes ansiosas de la careta y la máscara iban a un lugar determinado, que los isleños ansiosos de la máscara y la careta vayan a Tenerife. Las distancias hoy son muy cortas y cómodas, con los aviones y las motonaves. Y el que quiera divertirse y tiene para beber, tendrá también para viajar. Además que un viajito de vez en cuando de una isla a otra siempre es bueno. Así nos iremos conociendo, un poco mejor.

Porque, además, lo simpático está en que los carnavales empiezan en Tenerife una semana antes, y después continúan en Gran Canaria y Lanzarote. Yo no he visto disloque mayor. Hasta el pasado año de Arrecife y de Las Palmas iba gente a ponerse la careta a Tenerife, y ahora, después de ponérsela allá, vuelven a ponérsela aquí. ¿No les parece a ustedes que esto es demasiado, demasida desfachatez sobre todo en estos momentos en que sobre las islas pesa un clamor de incertidumbre y desesperanza, en Lanzarote «llorando la cebolla» nativa frente a la cebolla chilena

porque las tierras todas fueron plantadas del bulbo lagrimero en miras a un negocio redondo marginando a la papa, y a la lenteja, y a la judía y al garbanzo, y en Gran Canaria lanzándose a los cuatro vientos el resoplido del sollozo frente a las toneladas de plátanos sin vender debido a las huelgas del transporte, por poner un ejemplo? Ay, paisanos míos, ay, ay...

En definitiva: que se divierta el que quiera, si tiene perras para gastar y ese es su gusto, encaretado o descaretado. Pero que se respete un poco el dolor ajeno, el sufrimiento de los otros, ese sufrimiento y ese dolor que tantas modestas familias isleñas soportan frente al paro creciente, la creciente arremetida de los precios y la no menos creciente incertidumbre frente al futuro inexpugnable que se avecina. Como antes existían las alcaldadas (ahora parece que no), para mí han sido las pasadas fiestas carnavalescas una completa carnavalada.

Y SIGUE LA CARNAVALADA, UN AÑO DESPUES

Aquellos sí que eran unos carnavales de verdad. No había murgas, no había comparsas, no había concursos, no había fantoches, no había competiciones ni charlotadas y no había títeres, con cabeza y sin cabeza. Sólo había máscaras. Muchas máscaras. Sobre todo muchas máscaras de buche que recorrían las calles del viejo Arrecife saltando al son de la isa parrandera y dando «buchazos» a un lado y otro de los espaldares y los traseros de los ciudadanos endomingados y con ganas de jacaranda, ciudadanos regocijados... Oh aquellas máscaras de buche de colorines alegres colgando hacia atrás las monteras encrespadas, saltarinas máscaras que a la chiquillería impresionaban con sus blandengues armas de tripa marinera bamboleantes al aire, amenazadoras armas blandengues del zurriagazo certero... Oh las parrandas, aquellas parrandas improvisadas en cualquier esquina con la guitarra y el timple y el «forito-fo-fo-forito» del arrugado y salitroso acordeón costero... Y oh los pleitos, las peleas entre la máscara encapuchada y el paisano a cara descubierta, entre el roncode y el señorito, o entre el roncode costero y el paleta palurdo que a los carnavales daban color y arrogancia, forcejeo y dura competición varonil, machista, casi banderillera, torera...

Al hablar así de los carnavales ustedes se darán cuenta de que me refiero a los de antes, a aquellos carnavales de antes de la guerra, de nuestra guerra, de la sanguinolenta y harapienta y macabra y fatídica guerra civil española, canalla guerra en la que

tantos se enriquecieron y otros tantos se arruinaron. Pero..., sigamos con el carnaval.

Los carnavales de ahora, al contrario de los de antes, cuestan dinero, les cuesta a las Corporaciones, que es dinero del pueblo. Las lujosas carrozas, los engalanados cortejos, las rondallas y los variados tinglados armados a base del desembolso municipal, hace que el ciudadano contribuyente se indigne cuando en la ciudad tantas cosas necesarias a los vecinos falta. ¿O no tenía el Alcalde razón cuando quiso inhibirse? Que se celebren carnavales, muy bien, pero que sea como antiguamente; que cada cual se rasque el bolsillo a su manera, con careta o sin careta; que cada uno se vista como quiera y derroche de su faltriquera lo que quiera, pero que no nos vengan con peticiones al Ayuntamiento para montar espectáculos costosos cuando la crisis económica que azota al país se deja sentir en múltiples aspectos de la vida ciudadana.

En los carnavales de antes nos divertíamos igual, o más, y gastábamos menos, mucho menos. Y es que hoy no parece sino que si no se hace gala de despilfarro y derroche, la fiesta no luce. Y si no, véanse esos suntuosos trajes del Guimerá. Vaya una poca vergüenza..., cuando tantas necesidades y tantas angustias pasa el de abajo, con el paro, con lo costoso de los alimentos, con la constante subida de todo, que no hay quien lo pare.

Yo soy contrario al carnaval de ahora. Para mí no ha sido otra cosa que una reprochable carnavalada, una despilfarrera fiesta carnavalera. Y como sigamos así a bonito lugar vamos a ir a parar los canarios todos, los canarios de las ocho islas, que la Graciosa hay tiempo que ya cuenta. Pedimos autonomía y autogestión administrativa, ¿para qué? Nos van a decir en la Península que para qué queremos autonomía, que si la queremos acaso para hacer uso de la máscara y de la carnavalada a nuestro antojo, porque en la Península, como en tantos otros territorios europeos, hay tiempo que se han olvidado definitivamente de la careta y el disfraz y todos los inconvenientes y «gaspillages» que la careta consigo arrastra.

En última instancia, que se haga como en algunas naciones de Europa: carnavales en un solo pueblo, en una sola provincia, y el que quiera fiesta carnavalera, que se vaya allá y la vea. En

nuestro caso de región apartada y aislada, que se celebren en Tenerife, como siempre, y sin envidias ni rencores el que quiera gastarse los cuartos y los tenga, que se largue a enmascararse a la siempre divertida isla chicharrera, y nos deje a los demás tranquilos en nuestras casas con nuestra normalidad, nuestras ocupaciones y nuestras zozobras de cada día.

EL HOMBRE ENJARETADO

Pues no es nada la escandalera que se traen formada al través de la prensa y la radio y la televisión con eso del «Año internacional de la mujer». Y eso que no está sino empezando el año. Pero yo espero que según vayan pasando los días, meses y semanas, los ánimos se vayan apaciguando y los medios informativos, sobre todo los periódicos y las revistas, vuelvan a la mesura y no le den al asunto sino la importancia que realmente tiene, y que merece. Que se hable de lo que importa (y las mujeres a los hombres nos importan bastante, qué duda cabe), pero con medida, sin aspavientos, sin exageraciones. Porque me parece que se están ya pasando un poco de la raya los defensores y los reivindicadores a ultranza (¿o las defensoras y reivindicadoras?) de los derechos de la mujer. Y se están pasando de la raya porque si se les deja quietos (quietas) con tanto argumento esgrimido y tanta perorata y atrevimiento, me parece que mal va a andar la cosa para el hombre. Terminará éste enjaretado. Terminaremos todos enjaretados.

La palabra *enjaretado* viene del verbo enjaretar, y éste del sustantivo jareta. Las mujeres muy bien saben lo que es una jareta, o las jaretas, sobre todo las que cosen, si hay ya alguna que todavía cose. (¿Le cosen todas los calzoncillos al marido? Yo no hago sino preguntar.) Porque tengan ustedes la seguridad de que si este año de la mujer internacional y cosmopolita y demás, cuaja (o les cuaja, y según ellas), el hombre tendrá que zurcirse irremediabilmente a sí mismo sus calcetines, y lavárselos, y plancharse la camisa, y fregar el plato donde come, y limpiarle el trasero

al chiquillo (al hijo de ambos, de él y su mujer, que «el chiquillo es de los dos»), y salir con la cestita a la tienda de la esquina, y hacer cola en la carnicería, y barrer el zaguán tempranamente (o por la tarde al regreso del trabajo), y manejar la aguja y el dedal y, ¡oh gajes de los oficios femeninos y masculinos!, pasar una y otra vez el hilo por las jaretas. Es cuando estará ya el hombre completamente enjaretado. Y entonces..., ahí te quiero ver, moreno.

El hombre enjaretado, si este presente año internacional y cosmopolita de la mujer cuaja, o sea si la mujer se iguala en todo al hombre (que por lo visto, o poco menos, es lo que «ellas» pretenden), no podrá entonces zafarse. Como el hilo al través de las jaretas, se sentirá miñoca; no anguila ni serpiente con libres movimientos ondulados de invertebrado inteligente, sino miñoca. Y esto es lo preocupante, lo que debe inquietar sobremanera al hombre: que las mujeres, en su afán de igualdad social y laboral y judicial de los sexos, después de enjaretarnos no se conformen, y nos conviertan en miñocas. Y entonces la clásica frase de «esclava del hombre», refiriéndose a la mujer, será sustituida por «miñoca de la mujer», refiriéndose al hombre. Y la verdad, esto a mí no me gusta, no me hace ninguna gracia.

En resumen: que las mujeres, con ese sentido individualista y exclusivista que siempre las ha caracterizado, y si nos descuidamos, nos hacen pasar a todos por el aro, enjaretándonos completamente, y ellas tan campantes. Por eso no pretendo yo otra cosa aquí al escribir sino simplemente dar la voz de alarma, avisar del peligro que corremos los hombres con este dichosito año internacional, que no es poco. Porque ellas son así, deliciosamente así: como los niños, que cuando se les da una cosa después quieren otra, y cuando las tienen todas, terminan con una gran rabieta pidiendo lo imposible, hasta la misma luna.

Evitémosles, pues, porque las amamos, la última rabieta, y no cedamos en todo lo que piden. Que zurzan ellas y barran y vayan a la compra y al cine, respetando siempre el patrimonio femenino, y nosotros, hombres enjaretados ya sin remedio, defendámonos como gato panza arriba y odiemos, por principios de naturaleza y tradición, la condición vil de la lombriz y la miñoca.

¿OTRO AÑO INTERNACIONAL?

Se acabó el año internacional de la mujer y empieza otro año cuya «internacionalidad» yo propongo le sea concedida a ese ser extraviado fisiológicamente y psíquicamente que algunos, rompiendo los clásicos cánones lingüísticos de la semántica por un lado y el argot populachero por otro, un tanto técnicamente han dado en calificar de «tercer sexo».

Los del primer sexo, o sea las mujeres (los hombres hemos quedado ya casi relegados a un segundo plano, o segundo sexo) consiguieron lo suyo en el año que pasó; y si no todo lo suyo, sí mucho de lo suyo, sin lugar a dudas. Aunque algunas de ellas sigan quejándose de que todavía no han llegado a una igualdad total de privilegios con el hombre, cierto es y a la vista está, que muchas prerrogativas o reivindicaciones alcanzaron en el transcurso del año, más en unos países que en otros, también es cierto. De todas maneras no podrán quejarse. Alcanzaron bastante de lo que buscaban y el año no les fue del todo mal. Lo que les queda por alcanzar para igualarse en todos los aspectos (social, intelectual, laboral...) a su «enemigo el hombre», ya les vendrá con los días. Yo les aconsejo que no se apuren («¡No me apure el gallito, don Matías!»), que no pierdan las esperanzas, ya que de seguir las cosas de la vida y la misma vida así, no tardará en verse en España al «macho ibérico» achicado completamente, rebajadas y disminuidas sus viriles posibilidades al mínimo. Al macho ibérico, tan prestigiado sobre todo en el septentrión europeo, lo estoy viendo mal. Y no precisamente por las prebendas que le ha venido

arrebatando la fémína bética, o carpetovetónica, sino por el auge que de poco acá y en todos sitios (en todos los países) ha venido ganando el tercer sexo, el homosexual, el mariposo. Cinco millones de invertidos se contabilizan actualmente en Estados Unidos de América, y en los pueblos europeos, incluida España, el índice de crecimiento del homosexualismo ha venido en los últimos años a la par, o sobrepasándolo, al de la inflación alimentaria. Y no es lo malo la cantidad, sino la calidad. Porque si antes la «inversión» se apreciaba casi exclusivamente en las capas bajas y depauperadas de la sociedad, hoy se manifiesta más agudamente en las capas altas, de la economía y el intelecto. Lo que no quiere decir que estemos copados, o poco menos, los que aún nos consideramos hombres con todos los atributos y defendemos la salud pública y social contra todas las aberraciones del instinto natural del sexo. Tal es el poder que va adquiriendo el gremio del homosexualismo que difícil le va a ser a los dirigentes y ostentadores de la autoridad combatir ese poder. Esta es la realidad que se nos avecina, según se aprecia en la calle. Ya andan sueltos por ahí los mariposos en grupos haciendo de las suyas y el guardia, que antes intervenía con la porra, buen cuidado se tiene de guardarse la porra y hacerse la vista gorda. Ya no se recatan para nada ni se esconden, como hasta hace pocos años, sino que se exhiben públicamente y abiertamente, como en desafío. Ya, algunos, hasta hacen jactancia, como si pertenecer al «gremio del tercer sexo» les diera importancia, les diera categoría. Esto yo lo he visto.

Como decía un comentarista de «Blanco y Negro» en un escrito titulado «Respetabilidad social del homosexual», ya en algunos países las relaciones amorosas entre hombre y hombre han llegado a tal punto que la sociedad normal contempla verdaderos festivales pederásticos y no reacciona, no protesta: lo acepta. Y como tantas otras cosas que nos han traído los extranjeros y los españoles por ley de contagio hemos asimilado, eso de la pederastia «organizada y planificada», como no se ponga coto, será una más. Ya se está viendo. Con darse un paseíto por ciertos sectores y lugares del cosmopolita Puerto de la Luz de Gran Canaria se vencerá quien quiera. Se está viendo incluso uno de los males denunciados en Norteamérica: la prostitución masculina; joven-

bitos de quince a veinte años que buscan al «pureta» degenerado y con perras, igual que solía hacer la joven prostituta antes, cuando estaba autorizada la prostitución libre y controlada en España.

Yo no quiero zaherir a nadie ni es mi propósito denunciar irónicamente a nuestra sociedad canaria que impávida asiste al desastre que acecha a la juventud y a las venideras generaciones cuando digo que después del año internacional de la mujer debe declararse a este que comienza año internacional del mariposo. Es muy serio el asunto para sarcastizar, más serio de lo que muchos sospechan. Al celebrarse ese año internacional y los maricas de todo el mundo, incluidos los españoles y los canarios, aboguen en sus reuniones y conferencias y mesas redondas por sus fueros, se aclararán muchos aspectos y las autoridades y los jueces con sus códigos, sabrán a qué atenerse, antes que seguir pasivos frente a una marejada cada vez más violenta que en un descuido puede hacer zozobrar la barca y hundirla, esta frágil y atareada y amargada barca de la sociedad que nos ha tocado vivir a los hombres maduros ya en esta segunda mitad del siglo que corre.

LA ULTIMA PUNTA

—Padre, yo quiero sucederle a usted en la fama. Yo quiero que se diga en toda la isla que soy hijo suyo, que soy el mejor. Yo quiero ser como usted, el mejor jugador del palo de Lanzarote.

—Para eso tienes que esperar. Ya sabes bastante, pero tú sigue ejercitándote y yo te prometo que antes de morirme te enseño lo que te falta: la última punta.

Hacía tiempo que el hijo estaba detrás del padre empeñado en que le enseñara la última punta, pero el viejo se resistía. El viejo había sido en su juventud el mejor jugador del palo y todavía, ya viejo, mantenía el prestigio, la fama. Desde los más apartados lugares de la isla venían a casa del viejo hombres fornidos y entusiastas a pedirle consejo, y el viejo, socarrón, les decía que siguieran en el ejercicio diario, que con el tiempo llegarían a manejar el palo con la detreza y maestría que él lo había hecho en su mocedad. Al hijo le prometía que antes de morirse le enseñaría lo que le faltaba para ser el mejor de la isla: la última punta.

Este juego del palo parece que se practicó en Lanzarote hasta mediados del pasado siglo, fecha en que se extinguió como pasatiempo y deporte, practicándose todavía en los medios rurales como medio de defensa contra el camello cuando éste se enrabiscaba y le embiste al hombre. El palo certero en «los tabaqueros» ha salvado a muchos campesinos lanzaroteños de morir aplastados por la acometida rabiosa del dromedario en celo.

Según me han dicho, días pasados se vieron por televisión unas escenas de este interesante juego del palo que los chicharreros, al

parecer, quieren resucitar. Si es esto verdad, yo me congratulo. Pienso que es hora ya de reivindicar la tradición y defender y fomentar los deportes y pasatiempos de nuestros antepasados los guanches. Con la lucha canaria, el juego del palo es sin duda el deporte más auténtico y genuino heredado de los guanches. El juego de pelota al tanto y raya, ya extinto, y las riñas de gallos, son más modernos, posteriores a la conquista de las islas. La lucha y el juego del palo son los únicos deportes genuinamente guanches, que todos los canarios bien nacidos debiéramos conocer y practicar haciendo honor a nuestros remotos antepasados. Mi enhorabuena y mi aliento a ese grupo de jóvenes chicharreros que lo están intentando.

Y como iba diciendo, el padre se negaba a enseñarle al hijo la última punta.

—Tú sigue ejercitándote, hijo mío, que el día llegará, antes de morirme, en que te enseñe la última punta —le decía.

Pero el hijo no estaba muy conforme. Le habían dado unos buenos toques en Tinajo, y en Yaiza, con ocasión de la fiesta de Los Remedios, lo habían dejado tendido en tierra como un conejo de un palo en el totizo y no se conformaba. Quería saber tanto como su padre, a quien jamás lo habían tumbado de un macanazo los múltiples contrincantes que a lo largo de su vida le salieron al paso.

—Padre, enséñeme la última punta, que yo se lo agradezco.

—No te apures, hijo, que ya la sabrás antes de morirme.

—¿Y si se muere de repente?

—Entonces te quedas sin la última punta.

Para qué le hablaría el padre así... Sin pensarlo mucho, en la primera ocasión el hijo acechó al padre y le salió al encuentro en medio del camino. Era noche clara de luna brillante y el viejo venía del pueblo vecino bastoniando con su palo y canturreando una folía, cuando le salta al paso un hombre encapuchado. Sin arredrarse, el viejo esgrime el palo y se defiende heroicamente, sacando fuerzas de abajo y repeliendo la agresión bravamente. Pero empiezan a flaquearle las piernas con los saltos y contrasaltos y la vejez iba ya a traicionarle cuando echándose hacia atrás con ronca voz exclamó: «¡Cuidado, que por detrás no se le pega

a nadie!» Instintivamente, el hijo se reviró. Fue el instante en que al volver la cabeza lo dejó tendido barriga arriba como un conejo de certero palo en el pescuezo. Yéndose hacia él y quitándole el capuchón de la cara, le dijo. «¿No querías saberlo? Pues ésta, hijo mío, es la última punta.»

Y SE MURIO CAFRUNE

Porque parecía que no habría de morir nunca. O que viviría largos y apretados años, como los dioses griegos, dada su plétórica humanidad, su voluminosa y robusta proyección física. Y ya ustedes lo ven: cayó mortalmente herido en la plenitud de la vida. Plenitud de una vida que había llegado a la expresión suprema del triunfo personal y el éxito. Rebosante de vigor, Cafrune representaba en el plano fisiológico el «no va más» de la aspiración humana. Y él lo decía: «Muchos me envidian por mi arte, sin darse cuenta de que mi mayor mérito en la vida es haber nacido con una salud de dioses.» Esto lo dijo cuando estuvo en Lanzarote, a donde llegó en su periplo europeo atraído por la fama de los vinos malvasía de la Geria más que por el carcomido reclamo turístico de las montañas ardientes y las volcánicas grutas subacuáticas.

Quien lo iría a decir: tuvo una muerte trágica. Trágica y estúpida. Estúpida por cuanto sucumbió en vulgar accidente, arrollado por su caballo bajo las ruedas de un camión. ¿Emuló Cafrune a aquel otro cantor argentino de fama mundial, Gardel, muriendo por mor de la avanzada civilización mecánica? A Gardel lo lloraron a lágrima viva en muchos países, en muchos pueblos. Cafrune debe ser llorado no menos. Cafrune fue un verdadero artista, sin disimulos, sin supercherías, un juglar, un trovador de los que ya no se ven, ni en América ni en ningún otro continente. Artista de la música y el canto popular, fue más artista aún de la vida, del vivir cotidiano del hombre que como hombre, como ser mortal, tiene que comer y tiene que subsistir. Y como utilizaba a veces

la picaresca para bien de no fenecer de hambre, he ahí por lo que algunos le decían pillo, el cantor pillo. Que tuvo que recurrir a la pillería para que otros más pillos no lo engañaran, no lo explotaran, eso es razonable. El mundo de los espectáculos empresariales y los contratos lo empujó, para no ser engañado, a parecer a veces pillo. Pero nada más que eso.

Yo creo que Cafrune, por su talla humana, por su categoría de cantor del pueblo y para el pueblo, por su condición inequívoca de poeta a más de recitador, merece un elogio en esta hora de su desaparición, una especie de canto fúnebre que lo recuerde como el hombre bueno y luchador que supo captarse el aprecio y la simpatía de los más diversos públicos en sus correrías entre continentes. Y yo quisiera brindarle ese elogio, póstumo, pero me falta la musa inspiradora del poeta cantor en este caso. Me limitaré, por tanto, a pergeñar unas cuantas líneas en prosa seca, aunque él se merece versos. Así:

Adiós Cafrune. En esta isla de Lanzarote, apartada y lejana de ese bohemio mundo de trajinante trotamundos, se te recordará largamente. Cuando apareciste por aquí y cantaste a boca llena en dúo con Marito, aquel niño de voz perfilada como los ruiñeños, te ganaste de golpe a la isla toda entera. Todos los hijos de Lanzarote te admiraron entonces, y después de los años siguieron admirándote a través del disco y el casette, entonando las gargantas jóvenes y menos jóvenes las notas de tu «Virgen morenita» y otras canciones milongueras, de tan entrañable sabor popular. Caíste de repente en la brecha con tu caballo reventado bajo la rueda mortífera cuando como un Quijote de los tiempos te dirigías a la cuna del Libertador San Martín para llevarle polvo de su tumba francesa cabalgando cual un Martín Fierro pampero, aquel gaucho valiente que versificó las andanzas de los hombres mejores de la inmensa planicie argentina... Adiós, Cafrune. Muerto en plena madurez creacional (porque tú fuiste un creador, a pesar tuyo, creador de un estilo personal de vida), recibe la condolencia sentimental de una isla que te vio en carne y hueso en una sola ocasión y fue lo suficiente para intuir el alma grande que se albergaba en tu pétreo pecho de payador inconfudible, de bardo, de rapsoda, de poeta auténtico del pueblo y de la vida.



JARRADOTE

A MAREA VACIA

Ha sido tanta la especulación del suelo en Lanzarote, que ya puede decirse no queda en la isla un tramo de terreno libre. Todo está controlado, acotado, posesionado. Ni un palmo de tierra sin dueño. Los expedientes de dominio se han multiplicado y hasta las marismas de las zonas costeras no escapan a la especulación. Una picaresca ha surgido en el sector y muchos individuos que nada tenían de repente aparecen como dueños de amplias zonas costeras.

Sobre esto de las zonas costeras o marítimas, las de más valor por cuanto las promociones turísticas se revalorizan frente al mar, se han cometido expolios y se han cometido, por otra parte, grandes errores que han costado mucho dinero a inversores. Ejemplo palpable los dinerales enterrados en la urbanización que en su día se realizó en la Santa. Porque no basta la vecindad al océano, hace falta unas condiciones naturales del terreno y, sobre todo, que haya playa. El fracaso de la Santa ha obedecido, sin duda alguna, a la falta de playa, a más de las condiciones meteorológicas adversas del norte donde la brisa reinante se agudiza sobre todo en los meses veraniegos. La otra gran urbanización, que tantos millones ha invertido en la isla y tan beneficiosa fue en el momento absorbiendo la mano de obra en paro a raíz de la crisis de la construcción, la del Hotel Las Salinas, está mejor orientada, mejor emplazada (sureste de la isla y a pocos kilómetros de la capital), pero le falta, asimismo, el importante factor de las playas. Uno de los más bellos y cómodos y lujosos hoteles

de España y de Europa, según dicen, pero sin hermosas y soleadas playas colindantes, vamos a ver si cuaja, si tiene éxito y es rentable, no vaya a pasar como con el Arrecife Gran Hotel, que ha cerrado sus puertas varias veces y las cerrará definitivamente por empresa irremediabilmente ruinoso. Le faltó a este hotel amplias zonas verdes y una gran playa, que la del Reducto por su estrechez es más bien un juguete de playa.

Pero volvamos a lo de los expolios. Sí, mucho expolio se ha cometido en Lanzarote por individuos sin escrúpulos que han utilizado toda suerte de artimañas para adueñarse de lo que no les pertenecía, de lo que era de otro. Sin citar hechos concretos ni nombrar a nadie (en Lanzarote todos los conocen), sí voy a mencionar un caso que me contaron días pasados que tiene su gracia y que indica hasta qué punto se las ingenia la gente del oficio para lograr el engaño y la estafa.

Resultó que un pobre hombre (no todos los que compran son ricos) compró su terrenito para poco a poco, y con mil sacrificios y ahorros, tener su casita frente al mar. Plano en mano, el vendedor le explicó al comprador las ventajas de su compra, y se cerró el trato: tantos metros a tanto, tanto. Este pagó, y el otro, con el dinerito cantante y sonante en el bolsillo, se despidió muy amablemente y traspuso para su casa, o para un bar cualquiera de la ciudad, la mejor oficina. Y el comprador, muy contento, quedó gestionando acto seguido los preparativos para la inmediata construcción: arquitecto, perito, contratista, materiales, etc. A los pocos días, el comprador que se presenta en la oficina del experto vendedor, o sea en el bar.

—Hombre —le dice—, ¿qué es lo que me ha vendido usted? Resulta que en la medición del terreno no salen los metros.

—¿Cómo que no salen los metros?

—Pues claro que no salen. Midiendo de norte a sur el solar se me reduce a la mitad, porque la otra mitad cae sobre el mar.

—Un momento, un momento —responde cínicamente disimulando la risita el vendedor—, ¿cómo midió usted, a marea vacía o a marea llena? Yo le vendí a marea vacía, y si ahora va usted y mide a marea llena, yo no tengo la culpa.

Verídico.

VIOLADORES Y VIOLADORAS

Es como una epidemia. Raro es el día que los periódicos no aparecen con la noticia de que en tal o cual ciudad o pueblo ha sido violada una menor o una mayor, cuando no una niña de pocos años de edad. Ante esta plaga de violaciones que no solamente afectan a España, sino al mundo entero (menos en Rusia, China y Cuba, según parece), las feministas ponen el grito en el cielo reclamando el rigor de una ley que castigue ejemplarmente a esos monstruos que andan sueltos a la caza de la fémina indefensa. Y yo creo que no se necesita ser mujer ni ser feminista para condenar esos viles atropellos a la dignidad humana. Basta ser persona amante de la justicia, las buenas costumbres, la honra de bien.

Sí, la prensa y demás medios de comunicación nos traen a diario en su sección de sucesos, junto al atraco y el rapto y la agresión y el robo y la estafa, la noticia de la indefensa mujer violada. Ya no nos asombra la crónica negra. Tenemos el oído ya acostumbrado a oír el relato, cabreante e indigno relato, de la inocente niña asaltada por un sádico, de la tierna adolescente engañada por el joven melenudo que toca la guitarra y canta y abusa de su inocencia, de la hermosa mujer adulta acorralada en descampado o en la calle solitaria por una pandilla de sátiros. Lo que no estamos acostumbrados a oír ni leer en los periódicos, por lo raro, es el caso contrario, o sea, aquel en que se cambian las tornas y el asaltado, el violado, es el hombre, el macho, y el violador (en este caso la violadora), la mujer. Así lo dice la noticia

fechada días pasados en Londres: «La ex-reina de belleza americana Joice Kinney está sometida a juicio en el que se le acusa de haber forzado a relaciones sexuales a un mormón.» Como se ve, también el hombre suele ser víctima de violación. Desde luego ocurre con mucha menor frecuencia que en el caso de la mujer, pero el hecho es que ocurre. Quizá haya una relación pareja a la homosexualidad, si se calcula que de cien casos en el hombre se da uno en la mujer. Por cada cien maricones, una lesbiana, no es mucho. Una violadora por cada cien violadores, tampoco es mucho. Pero el hecho es que existen también las violadoras, que es a lo que vamos.

Yo no sé los violadores que hayan existido en Lanzarote, aunque me supongo que habrá sido más de uno, declarado o anónimo. Si sé, sin embargo, ciertamente, que ha existido una violadora, puesto que se dio el caso de una mujer forzar a un hombre a la íntima relación sexual. No trascendió a la crónica de sucesos ni hubo denuncia, pues el forzado, el violado, era un hombre ya maduro y aventado de muchas cosas de la vida y no le dio mayor importancia al hecho, no lo consideró mayor delito por parte de la mujer. Sin citar nombre ni lugar, diré, según me lo contaron con pelos y señales, que la mujer no era lanzaroteña y ni siquiera española, sino extranjera. Esta vivía en una casa apartada del núcleo urbano de un bello y turístico pueblo campesino y una noche, pistola en mano, hizo entrar en su casa al hombre, que no tuvo más remedio que ceder a las exigencias de la mujer ante el temor de un tiro a bocajarro, intencionado o por descuido. No hubo consecuencia alguna, después del íntimo acto amoroso bajo la amenaza del revólver, pues el hombre, por lo que quiera que sea, supo callarse la boca y no se lo contó a nadie, salvo a unos pocos amigos. La única consecuencia, si así puede llamarse, fue los contratiempos que durante meses acarreó a un pastor de cabras del lugar. Parece que éste desvió la ruta habitual de su ganado haciendo un gran recorrido con tal de no pasar frente a la casa de la extranjera. Enterado casualmente del caso, a partir de ese día tanto al salir del pueblo como al regreso no lo hacía por el camino más corto, que era bordeando la casa de la extranjera, sino por otro mucho más largo. Extrañado un vecino por

el cambio de ruta del pastor, ya que tenía que caminar por lo menos un kilómetro más, un día le preguntó el motivo, a lo que el cabrero, sin pelos en la boca, le contó lo que a él le habían dicho sobre la extranjera. «¿Y eso qué tiene que ver? Si te sale apuntándote con el revólver haces lo que ella te ordena y listo», le dijo el vecino. A lo que el pastor, muy condolido, contestó: «Qué va... Si me sale al camino a mí apuntándome con el revólver, seguro que me mata.»

El vecino, que era un hombre inteligente, comprendió en seguida y no insistió, callándose la boca. Este vecino fue el mismo que me contó el caso.

LA CALLE DE ANDRES «EL RATON»

Me instan desde Las Palmas a que escriba un «apunte biográfico» sobre Andrés «el Ratón», para quien se pide una calle, recordándole a la Corporación Municipal el acuerdo tomado tiempo atrás. Después me he enterado que la calle ha sido ya bautizada y el nombre de Andrés Déniz (Andrés «el Ratón») luce en gruesas letras dando nombre a ese trecho urbano tan popular y tan ajetreante en la circulación que separa a la Pescadería del Viejo Mercado. Hay que felicitar a la Corporación por tan oportuna realización. A mi criterio, Andrés «el Ratón» se ha merecido eso y mucho más. Hombres como Andrés «el Ratón» nacen pocos, hay ya pocos, no existen, no se ven. A Las Palmas de Gran Canaria le cabe el orgullo de contarle entre sus hijos. Ojalá cada ciudad, cada pueblo, pudiera contar con unos cuantos Andrés «el Ratón», con hombres de su calaña, de su contextura moral, de sus virtudes. La sociedad andaría de otra manera. La sociedad esta nuestra, llena de egoísmos y envidias y engaños y atropellos entre los hombres presentaría una faz más digna. De esto estoy seguro.

Pero no podré hacer ese apunte biográfico que se me pide. Creánme que sería una gran satisfacción para mí, pero materialmente no puedo. Y las razones son obvias, entre las que está esa tan simple de que muy poco o nada sé de la vida de Andrés «el Ratón» fuera del marco de sus andanzas cabe el Guiniguada, barranco arriba y barranco abajo y por los aledaños apretados de vida, del barranco: Viejo Mercado, Pescadería, tasca, cafe-

tines y algún zaguán. ¡Oh los zaguanes, los profundos zaguanes silenciosos de Vegueta y los otros zaguanes, los que respiran misterios de «entradas y salidas» (y alguna escabullida) de las viejas ciudades adormiladas en el tiempo!

No podré, pues, «biografiar» a Andrés «el Ratón», porque no sé cuándo ni dónde nació, quiénes fueron sus padres, en qué lugar transcurrió su niñez, qué hizo y qué no hizo en su juventud y otros pormenores que se hacen imprescindibles para el trazado biográfico de un hombre, o para el simple bosquejo histórico del hombre.

Sí podré, en cambio, decir cómo era Andrés «el Ratón» allá por los años en que lo conocí, allá por la década de los cincuenta. Por estos años me acuerdo que escribí, antes de expatriarme, una especie de semblanza que fue publicada en un diario local. No conservo el escrito, recorte ni copia, y hoy lo lamento. Me ahorraría en estos instantes el esfuerzo evocador, limitándome a la escueta labor de copia o transcripción, que es lo fácil y a lo que muchos cronistas de acá y de allá se agarran cuando el numen les falla, o la idea, o el mero impulso elemental de la imaginación creadora. Aunque... —se me ocurre pensar sobre la marcha— no llegará a tanto el delito de copiarse a sí mismo. «Para copiar a otros, me copio a mí», me decía un viejo escritor que conocí en Francia, exiliado, ya vencido de la pluma y por los años que se le prolongaban con la amargura de las ganas de vivir, desesperadamente. Poco después murió sin experimentar el contentamiento del retorno a Córdoba, su pueblo natal. Le llamaban «Madriles», y era también poeta.

Y ahora voy a tratar de dibujar a largos rasgos a Andrés «el Ratón» tal cual era o tal cual yo lo veía allá por los años que digo. Y espero no me falle mucho la memoria.

Físicamente daba pena. Tenía una nariz que más que nariz parecía una laja de volcán agrietada por mil soles e intemperies. Sus bombas, más abultada la de abajo y saliente que la de arriba, eran de un color indefinido, entre pardusco y bermejo, según la hora, o lo que había comido. Su quijada y mentón: un tanto «mussolinianos» que le daban seriedad y a veces, cuando se ponía triste,

cierta autoridad enfermiza. Su frente: normal, vulgar. Y sus orejas... Las orejas de Andrés «el Ratón» voy a no definir las, por lo difíciles que eran y por lo perfectamente encajadas en un rostro labrado a vientos y rocíos y resacas oceánicas. En medio de todo este panorama facial no muy alagüeño, bastante halagadizo, estaban los ojos. ¡Oh, sus ojos; los ojos de Andrés «el Ratón»! Amarronados eran, con destellos plomizos de cielo pardo anubarrado, llenos de luz interior, bañados de esa transparencia sutil de las cosas útiles y ciertas. Cuando miraba, cuando los ojos de Andrés «el Ratón» miraban a lo alto, inclinaba la cabeza a una banda y hacia abajo, y la sonrisa se le descolgaba del labio colgante, del inferior, el entorno se inundaba de luz, de claridad de amanecer, y de ensoñaciones, y de vida.

Del cuerpo de Andrés «el Ratón», de estatura regular y un tanto ancho de hombros y con aquellas manos y aquellos pies prolongados en la dureza y el encallecimiento de su continuo trotar sin suelas por el Guiniguada, barranco arriba y barranco abajo y fuera del barranco, no puedo decir sino que merece, más que el ejercicio de una pluma descriptiva, el ejercicio de un experto cincel escultórico. La pluma se queda corta. El cincel irá más lejos.

Y ahora, naturalmente, tendré que decir algo del alma de Andrés «el Ratón». Voy a decirlo a mi manera, según me acuerdo y como yo creo que era el alma de Andrés «el Ratón», cómo sentía, cómo pensaba.

Sentir, sin lugar a dudas, sentía mucho. Pensar, lo que se llama pensar (algunos creen que pensar es imaginar, recordar), también pensaba. Y si no que se lo digan a aquel señor que muy condolido se le acercó una noche y le dijo: «¿Pero por qué, Andrés, duermes en el barranco, por qué te gusta dormir en el barranco y no bajo techo?» Y Andrés le contestó: «Está usted equivocado, señor; mi techo es el cielo, donde está Dios, y usted a Dios lo ataja con su techo... Además, si pago una cama con mi dinero que no tengo sería entonces un canalla, porque hay otros que la necesitan más que yo.»

Estas palabras de Andrés «el Ratón» atestiguan que pensaba,

y más aún que sentía. Los sentimientos de Andrés «el Ratón» se elevaban muy altos por encima del hombre y de todo lo que le rodeaba, de las personas y de las cosas y de aquella sociedad contrita que se debatía, por la época que hablo, desesperadamente contra todos los males de una economía maltrecha, de la pobreza atroz, de una miseria impagada. Los ricos, los potentados, los pudientes, no pensaban sino en sí mismos, y los desgraciados, los desamparados, los desesperados del hambre y las privaciones resistían, resistían... Andrés «el Ratón» resistía también, y en su resistencia ayudó a resistir a muchos pobres, a muchos desesperados. No bebía y no fumaba, a menos que lo invitaran y para comerse «la tapa» tuviera que tragarse el vino, engullendo a veces solamente el vino para camuflar la tapa en el bolsillo (una sardina, un chorizo, un huevo duro) y llevársela a otro más hambriento que él.

Cuando le fallaban los trucos normales para agenciarse unas perras, Andrés «el Ratón» empleaba «el infalible». Este recurso infalible lo empleaba después que en cualquier esquina alumbraba varias cerillas raspándolas contra el talón desnudo del enorme pie. Arremolinadas las gentes para contemplar regocijadas la faena, Andrés aprovechaba la ocasión del público reunido para dar repetidas patadas violentas contra el firme de la acera. Inmediatamente de su nariz empezaban a caer sobre las losas gruesas gotas de sangre espesa y negrusca. Entonces ponía cara de mártir y gemía, provocando la condolencia de los presentes y la caridad de algunos. En cuanto cogía las perras salía corriendo y no paraba hasta el hogar humilde o el lugar donde se encontraba el hambriento, hombre o mujer, y allí las dejaba, satisfecho, contento, cruzándole una larga sonrisa de regocijo desde la frente al belfo torcido, por la sonrisa.

Así era Andrés «el Ratón». Y esa calle que hoy resalta su nombre y perpetúa su memoria, dignifica a la ciudad de Las Palmas, enalteciendo a los hombres que tuvieron la idea y la han llevado a cabo. Ejemplo a seguir por otras ciudades y otros pueblos donde existan hombres de verdad y un solo Andrés «el Ratón», el más verdadero.

Pero yo me temo que esa planta, ese producto, ese ente huma-

no, ese hombre, ya no surja en la sociedad de hoy, ya no se da en este mundo baladrón de hoy. Y la calle de Andrés «el Ratón» en la ciudad de Las Palmas de Gran Canaria será, a muchas miles de leguas a la redonda, una calle sin par, sin doble, calle exclusiva, calle única.

DEL BARRANCO A RIPOCHE

He estado tres días en Las Palmas. Después de tres años no es mucho, me parece, pero tampoco es poco. Y no es poco porque con los ruidos, los humos, las escandaleras de motores y el ajeteo, cualquiera que no esté bien de los nervios sale «chocado». Tres días en Las Palmas para el que está acostumbrado al límpido silencio de la Villa de Teguise, por ejemplo, y a la fresca brisa marinera que se arrastra por el Risco (de Famara) y se cuela por las plazas y los callejones empedrados de la anciana capital lanzaroteña, son bastantes.

Me quedé asombrado del vertiginoso vivir. Me quedé asombrado de cómo crece la urbe. Miraba a un lado y a otro y mis ojos se extasiaban mirando hacia arriba, a las inmensas moles de hormigueros humanos de los barrios altos, a los empinados edificios amazacotados de cemento y hierro y turísticos afanes, del negocio y la ganancia... Miraba de vez en cuando hacia el mar, cuando viajaba en guagua por la ruta baja, y los numerosos barcos apotalados a la espera y los otros adosados a los diques cargando y descargando me hacían exclamar para mis adentros con regocijo natural: ¡Cuántos barcos, Dios mío, y qué puerto!

Pero a las pocas horas de deambuleo urbano, a pie o en guagua, me entraba la zozobra, las ganas de tumbarme, de relingarme, de apartarme del torbellino del tráfico fumígeno y la ansiosa prisa motorizada y la otra, la mercantil y comercial y negociable. Y entonces me encaminaba a Vegueta. Mi refugio era Vegueta. Pasear por Vegueta, sentarse en un banco de palo de cualquiera

plazoleta de Vegueta, lejos de la endemoniada, callejera rabieta... Se siente uno hasta poeta, añorando el pasado, la niñez, los tiempos heroicos aquellos de «la Pepa» y la carreta.

Yo viví once años en Las Palmas (del 46 al 57). Once años pleróticos, llenos de intenso ritmo vital y muchas ilusiones, pues era joven. Y en aquellos años un tanto desgarrados por la penuria económica de un pueblo que se debatía heroicamente por el sustento diario y yo con él (hablo de los pobres, los trabajadores, los obreros, el verdadero pueblo) compartí mi morada (residencia domiciliaria) entre la capital propiamente dicha y el Puerto. Amé casi tanto a un sector como al otro. Porque en ambos sufrí y en ambos gocé. Porque en ambos llegué a penetrar hondo en el alma triste y alegre de las cosas, y la vida, y las personas y los animales (perros, muchos perros y algún gato).

En el Puerto, mi lugar preferido de ocios y eufóricos ratos de un humanismo individual y gregario, era Ripoche, la calle Ripoche con su parque incrustado, el umbroso y soleado y apalmeado (¿también aplanado?) parque de Santa Catalina, tan distinto hoy. Y en Las Palmas mi «zona de acción» fue siempre el Barranco, los alrededores del Barranco, entre puente y puente a las dos bandas, la de Vegueta y la trianera. Del Puente de Piedra atravesando la plaza de los Patos hasta el Puente de Palo..., qué sabor de vida, qué alientos de historias y de almas empujaba seco el Guinguada. Pero ya no existe el Guinguada, ni seco ni mojado, y no existen los puentes, y la vida es otra, y se respira otro aire, otro ambiente; un aire asfáltico y un ambiente reumático, rutinario (rutinario de ruta) que a mí no me convence.

Del Barranco a Ripoche. He querido revivir la edad gloriosa de una ciudad toda llena de argumento y pensamiento y humor y candor, y he tropezado contra el asfalto, la prisa y el negocio, eso que algunos llaman progreso. Y me he vuelto a Lanzarote. ¿Para qué más de tres días en Las Palmas si ya desaparecieron los Puentes y el Barranco y allí, por lo bajo de sus márgenes de murallas centenarias no merodea Andrés «el Ratón» cargado de medallas y arrastrándose descalzo cual un Faicán de Víctor y por lo alto, entre los Puentes y por el Puente de Palo y los bares cercanos Víctor Doreste no pasea su escueta estampa quijotesca de isleño

genial, de canario polidimensional? Y, ¿para qué ir al Puerto, estar en el Puerto y adentrarse Parque de Santa Catalina a través y penetrar en Ripoche? ¿Para qué si ya Juanito Medina Miranda no conversa y toma café con Cirilo Suárez, el pintor, todas las tardes y no recita sus versos bajo los eucaliptos del Parque y «Mandarria», y Luciano y Maestro Pepe descansan en sus tumbas lejos de Ripoche?

Cuando vuelva a Las Palmas, si vuelvo, procuraré estar más tiempo (más de tres días) y me esforzaré por encontrarle algo de alma a la actual calle Ripoche y algo del espíritu y el aliento aquel que tuvo ese trozo de la ciudad que fue barranco entre los Puentes, hoy inicio de avenida, proyecto de senda abierta al tráfico y a la fisonomía moderna de las grandes urbes. Queda prometido.

EL NEGOCIO ES EL NEGOCIO, HERMANO

Estuve de nuevo en Las Palmas. Esta vez más de tres días: cinco días. Como prometí (hay que ser hombre de palabra hasta el fin), hice el recorrido Barranco-Ripoche y Ripoche-Barranco no sé cuántas veces. Siempre mirando, atisbando, refistoleando. Siempre con la oreja atenta y el ojo espabilado. Siempre fisgoneando a un lado y a otro, voy a decirlo así, «jociquiando» como un hurón en pos del rastro, del indicio cierto. A veces me sonreía para mis adentros creyéndome yo mismo una especie de hurón, pues ustedes saben que los hurones, cuando arremeten tras el conejo, son en la figura y en el andar algo enjambilados, y yo también.

No encontré nada de lo que dije que me esforzaría en encontrar. Nada de la fisonomía aquella pintada de humanidad desarraigada y doliente de la calle Ripoche y nada del aliento aquel de inquietas bohemias intelectuales, nocturnas y diurnas, que como de una boca humana largo tiempo sin enjuagar parecía desprenderse del Barranco entre los Puentes, como un vaho.

En la esquina de Ripoche permanece una mujer ciega, todavía joven frente a los años, que es la misma ciega de antaño y allí sigue ganándose igual que antes dignamente el pan de cada día. Me reconoció porque es de Lanzarote, precisamente de la Villa de Teguise, y me reconoció por la voz, me dijo ella alegremente, viéndole yo la alegría del recuerdo salirsele por los ojos de la triste mirada sin luz. Y por el Parque de Santa Catalina, fugazmente, vislumbré un atardecer a «Gilda», a la misma Gilda

incambiable y carnalesca luciendo muy ufana y muy risueña los mismos «colores orates y anacrónicos» de su vivir sin término, de su existencia errante de comedianta de la calle fiel a sí misma y a su época marchita y regando por las aceras y por las esquinas su sonrisa inmarcitable de limosna.

Por los aledaños del Guiniguada, nada. Allí sigue el «Pérez Galdós», que es el mismo teatro, el de siempre, con su peculiar fachada y facha, y enfrente, por el otro lado de lo que fue cancha de barranco seco desafiante del mar, la vieja Plaza del Mercado, con su chata faquía arquitectónica, o arquitectural, sin más penas ni glorias que la de cualquiera otra edificación de corte antiguo y popular. Menos mal que un poco al poniente, sobre el poniente anortado, está la plazoleta de Cairasco y allí, a la «sombra de las sombrillas» del arcaico hotel «Madrid», de vez en cuando y a determinadas horas dispares se ve al poeta, y al pintor, y al músico, y al literato, y al político incluso me atrevo a decir (¿queda algún político, si acaso, en Las Palmas, de los de verdad?). Allí don Federiquito presidiendo siempre porque don Federiquito Sarmiento, quiéralo él o no, constituye hoy un monumento como puede serlo la misma catedral; monumento humano a lo vivo de un humanismo integral que se resiste a la extinción definitiva en este mundo joven de hoy deshumanizado y bullanguero, mercantilizado, pesetero, filibustero, puñetero... Allí, en el hotel Madrid, que es el único hotel que queda con categoría estricta de hotel y que más propiamente todavía pudiera catalogarse de mesón (teléfono aparte), está el remanso, lo que resta del remansado vivir intelectual de la ciudad. Y don Federiquito preside y la tertulia se arraiga. Con su natural gracia inocentona y empujando siempre la anécdota de la alforja repleta del recuerdo y dejando atrás como en reserva la mochila, don Federiquito anima el cotarro. Aunque no diga nada, aunque permanezca con el labio trincado porque no se le ocurre nada o no lo sabe, su presencia basta. El es el motivo, el pretexto, el argumento, el polo de la pila sin el cual la chispa no salta. Y así Pedro Perdomo y Néstor Alamo, y Cirilo Suárez y Juan Velázquez, y Agustín Quevedo y Antonio Izquierdo, y Telesforo Bravo y tantos más, van tanteando a turno el torniquete de la tertulia, a distinta hora, a distinto nivel y a

distinto grado de la ciencia o del arte... Es lo único que queda. O, por lo menos, es lo único que yo he detectado que queda como resabio de un ambiente que se resiste a sucumbir, a ser enterrado a piedra y canto y cemento y asfalto, como el Barranco.

Del otro sector de la ciudad, del otro extremo, del porteño, sería mejor no hablar de lo que han hecho con el parque de Santa Catalina. Ha sido peor que monstruoso: pecaminoso, bochornoso. Al parque como parque, y como al Guiniguada, lo han liquidado. La calle Ripoché, al fin y al cabo, cambió de fisonomía, pero sigue siendo calle, quizás incluso más calle y más bonita que antes, para quien así quiera verlo. Pero al parque lo han arrasado, lo han destrozado, lo han desaparecido, y esto es lo que no tiene nombre, lo imperdonable. Porque todo tiene su límite y hay siempre una razón que impera, ética o estética, para detenerse en el límite. El Guiniguada a la postre, con su muerte, dará paso a algo tan útil y tan provechoso para la isla entera como es la descongestión del tráfico y el desahogo de la ciudad por la ruta central. Hacer del parque una feria perenne, una barraca caricaturizada y congestionada de feria comercial, eso es lo que no tiene nombre, lo imperdonable, lo que clama al cielo. No lo perdonará el pueblo, los ciudadanos del Puerto de la Luz, las madres y los niños todos del Puerto de la Luz. Al parque de San Telmo van niños a jugar saludablemente entre los árboles, incluso a practicar el saltarín juego de la comba, ante el regocijo de las madres que bordan (todavía hay madres que bordan, yo las he visto) y de los ancianos de miope mirar de un banco al otro. En el parque de Santa Catalina, por contra, no se ven niños ni madres, porque allí no caben los niños. Invadido de un mercantilismo feroz de competencia y pugna, los carromatos comerciales se apretujan unos contra otros consumiendo el espacio abierto ya casi irrespirable. Y esto es demasiado, se ha pasado de la raya, y es lo indignante.

Y ahora pregunto yo: ¿Quién autorizó tanto negocio? ¿Quién, o quiénes, concedieron las licencias para esa invasión masiva de un terreno que por derecho propio pertenece al pueblo, a la comunidad, a la sociedad toda entera de Las Palmas? ¿Cómo es posible sacrificar así a unos ciudadanos sin más ni más? ¿Y por qué? ¿Con qué motivo, con qué razón? Si es por el motivo simple

de que unos individuos instalen su negocio y hagan el negocio, eso es lo increíble.

Y como es increíble, por quien sea o a quien le corresponda deben tomarse medidas contundentes y urgentes y barrer de una vez y para siempre del parque a las barracas. Que se vayan con el negocio a otro sitio. Así como a los pintores (¿pintores?) se les empujó en su día más allá, que se empuje igualmente fuera del parque a tanto comercio de feria y a tanta barraca. Antiguamente existieron dos pequeños quioscos a la entrada viniendo del muelle, uno frente al otro, y los dos ya eran bastantes, y son hoy bastantes. A todos los otros que fueron incrustándose sucesivamente después como garrapatas sobre la piel del parque, fuera con ellos, y que indemnice quien lo autorizó, para escarmiento y ejemplo.

Muchos niños y muchas madres del Puerto de la Luz llorarán lágrimas de contentura ese día. ¿Se hará esperar ese día? La Corporación municipal actual es una Corporación nueva, y dicen que prometedora. En mi próximo viaje a Las Palmas voy a ver si soy capaz de pasearme entre los árboles del parque y logro contemplar a los niños jugando a la comba como en el parque de San Telmo y como cuando viví en el Puerto de la Luz y en el parque de Santa Catalina jugaban mis hijos. Inmediatamente entonces empezaré a creer en los buenos propósitos y en la honestidad de la nueva Corporación municipal de la capital de nuestra provincia, orgullo de Canarias, y, también, ¿por qué no?, del territorio nacional.

Y ya sé que más de uno, socarrón y oportuno como buen canario, al acabar de leer ya lo estoy viendo largar labio afuera: «Ojalá, cristiano...; que se lo cree usted, cristiano...; que escribiendo y escribiendo se ha olvidado usted que aquí, como en toftos lados, el negocio es el negocio, hermano...; y si no, mire, mire pallá hacia el mar, al vertebrao...»

LAS MUELAS DEL FARAON

Mucha muela picada anda por ahí de boca en boca. Cada vez la dentadura de los humanos se deteriora más prematuramente (oh las carnes congeladas y las azucaradas golosinas) y los sacamuelas no dan abasto en el manejo de la pinza y la tenaza, instrumentos básicos de la práctica del oficio. Y a mí se me viene a las mientes el caso del Faraón, aquel Faraón que murió joven aún y cuando después de milenios los expertos en arqueología al fin llegaron hasta el túmulo y lo abrieron y cogieron la calavera entre sus manos, vieron que ni una sola muela estaba sana: todas agujereadas, todas picadas. Tuvo que haber padecido mucho aquel Faraón, sin las anestésicas de hoy, sin los actuales procedimientos de la extracción sin dolor y los refinados adelantos de trasplante dental y prótesis. Su dinero, sus inmensas riquezas, no le sirvieron de nada y murió joven con todas las muelas podridas.

Esto del Faraón se lo contaba yo a mi amigo Perico, el pintor, cuando el otro día vino en busca mía para que lo acompañara al dentista. No había pegado un ojo en toda la noche y venía demacrado, descolorido, la mirada arrugada del insomnio y el prolongado sufrimiento molar. Y acompañé a mi amigo a un dentista, y después a otro, y después a otro más hasta recorrernos todos o casi todos los titulados de la ciudad de Las Palmas y el Puerto. En ninguno hubo lugar para arrancarle la muela dolorida al pobre Pedro. Las colas eran enormes. Hombres y mujeres y chiquillos llenaban las salas de espera. Ya de vuelta, apesadumbrados, arrepentidos del pertinaz intento mi amigo casi lloraba pensando en la noche que

le esperaba, otra noche más. Fue cuando le aconsejé el procedimiento antiguo usado en Lanzarote: el del hilo y la puerta. Como ya los Barberos no son como los de antes, que a más de pelar y afeitar se dedicaban a sacarles las muelas a cualquiera con unas tenazas adecuadas de carpintero, no tienes más remedio, si quieres dormir esta noche, que recurrir al remedio eficaz del hilo y la puerta, le dije a mi amigo. Y le expliqué: Coges un hilo de bala fino de zapatero y amarras bien la muela por el tronco, a doble y triple nudo. Después atas el otro extremo a la cerradura de la puerta y empiezas a la patada con ella, con la puerta. Santo remedio. La muela saltará por los aires y el chorro de sangre saltará también, pero poco a poco el dolor irá desapareciendo hasta que al fin, ya agotado, te dormirás como un bendito.

Al siguiente día Perico era otro hombre. Había dormido. Había hecho lo que le dije y el hombre venía contento. Me enseñó la muela todavía amarrada al hilo que guardaba (¿como reliquia o como reliquia o como trofeo?) en una caja de fósforos, y celebramos el acontecimiento hablando de cosas banales y humanas. Estas giraron en torno a la reforma política, tan debatida como amañada, y al referéndum que se avecina y a la huelga de maestros de escuela, tan impopular como inoportuna, según su criterio, el de él. Al decirle yo que me parecía tan inoportuna por cuanto hay muchos maestros de «las últimas echaduras» sin escuela mientras otros se las ven y se las desean en la escuela de su propiedad dado el exceso de chiquillos a los que no pueden atender como debieran, Perico me replicó, tajante: ¿Y de quién es la culpa? Ellos mismos tienen la culpa, los de las últimas echaduras como tú dices. Si saben que sobran maestros, ¿para qué estudian la carrera? Hay otras carreras. Que estudien, por ejemplo, para dentistas, que tanta falta hacen aquí y fuera de aquí. ¿No viste las colas ayer? Aquí en Las Palmas hacen falta otros tantos de los que hay, y en Arrecife, y en Puerto Cabras, según tengo entendido. Pero claro, pasa que el dentista trabaja, tiene que trabajar duro y en algo no muy grato, oliendo bocas y manipulando sangrera y pus... Los maestros, en cambio, ya sabemos la vida que se pegan, casi la mitad del año en festivas vacaciones.

Interrumpí a mi amigo y le dije que exageraba un tanto. Que

el mal, si lo había, venía de arriba, de los poderes centrales, al no preocuparse en crear centros escolares suficientes que fueran absorbiendo a las promociones de nuevos maestros.

En parte sí, es así, pero nada más que en parte, me atajó tajante, otra vez tajante. Y prosiguió: España atraviesa una fuerte crisis económica, el país está esquilado, lo han esquilado desafortadamente los chupones del régimen con la evasión de capitales, con las grandes estafas amparadas, con los bandolerismos financieros de toda índole y monopolistas y..., y la ansiada democracia que se vislumbra no va a cuajar, va a ser difícil que cuaje si todos los gremios profesionales hacen como el de las guaguas y el de los maestros: arrimar la brasa para su sardina. Ahora me acuerdo cuando me decías tú aquello del tabaco en Lanzarote, que existían almacenados casi un millón de kilos por no tener salida (compradores) y los agricultores, en vez de plantar lentejas o papas, o millo o cualquier otro producto, segufan plantando tabaco. Es el caso de los maestros. Saben que cada año salen miles y cada año nuevos miles se matriculan en el magisterio, en vez de escoger otras carreras, que bastantes hay también cortas y fáciles y remuneradoras, como los peritajes. Es por lo que a mí eso de la huelga me ha caído mal. Porque además ocurre que en esta incipiente democracia que estamos viviendo tú habrás visto que las huelgas son promovidas y realizadas para el logro propio, para la defensa y reivindicaciones de los propios intereses del gremio. Y a mí me gustaría ver ya de una vez, para creer de verdad en la democracia, una huelga de maestros, por ejemplo, cuyo objetivo y razón fuera la elevación del salario del gremio obrero, por ejemplo, de esos obreros que se levantan todos los días de madrugada y cuando llegan por la tarde a sus casas llegan cansados de verdad. A esa huelga sí la aceptaría yo, a esa incluso me sumaría a ciegas, iría a ella con los ojos cerrados.

No quise o no supe contestarle a mi amigo, que se fue excitando según hablaba y poniéndose colorado. Nos despedimos. El se fue hacia Triana alta donde mora (el Risco) y yo cogí por Triana baja. Aquí me tropecé con el «Peatón de Triana», de título merecido según Cho Juárez, el andariego y solitario escultor vethoviano que anda en busca de taller propio hace años sin conse-

guirlo. Nada más verme, llevándose una mano a la cara, me preguntó si sabía de algún dentista de por allí cerca para salir corriendo, que tal era su dolor de la muela picada. Yo me limité a recomendarle «el hilo y la puerta», luego de contarle lo sucedido a Perico el día anterior y lo sucedido hace miles de años al Faraón que murió joven con todas las muelas podridas. Después de escucharme pacientemente, me dijo que ya no le dolía la muela, que se le había aliviado el dolor. Y era verdad.

EL HIPNOTIZADOR DE LAGARTIJAS

Era conejero, ejemplar humano auténtico de la isla de los volcanes. El hipnotizador de lagartijas era un hombre con talante, como se dice ahora (y lo es, pues todavía vive); con talante y con desplante, y con faquía, antes de dedicarse a hipnotizar al rabudo y rastrero bichito. Cuando joven dicen que pasó penurias, porque allá por la época no había llegado aún el turismo a la isla y en los años de sequía en la isla se pasaba hambre. En estos años de sequía, sin potabilizadoras, el agua se transportaba de un pueblo a otro en garrafones, para beber, y para lavarse y fregar se utilizaba la del mar. En estos años de hambre fue cuando el hipnotizador de lagartijas aprendió a hipnotizar lagartijas. También, hay que decir la verdad, aprendió a hipnotizar algún lagarto grande, pero no llegó a ser su especialidad. Parece que en cierta ocasión un lagarto grande, verde, escamoso y bastante cabezudo se le tiró al pescuezo y lo mordió, y el hombre cogió grima, dedicándose entonces a la lagartija, más sumisa, más inofensiva.

Este hipnotizador de lagartijas vino un día a Las Palmas y se quedó asombrado. Los grandes transatlánticos en el Puerto, los hoteles redondos de lujo y los cuadrados, de múltiples pisos, y las masificaciones acolmenadas de viviendas de la ciudad alta y los humos y los ruidos de las calles repletas de coches de la ciudad baja, lo llenaron de asombro. Y aquí, en Las Palmas, quiso seguir practicando su oficio y no pudo: no encontró lagartijas. Cuando se volvió a Lanzarote dijo que había fracasado porque las lagartijas de la isla redonda ya no eran lagartijas, sino lagartos,

se habían convertido todas en lagartos, y a éstos él les tenía miedo. «Lagartos por todos sitios, lagartos de ojos revirados, siempre al acecho, vigilantes, verdaderos perinquenes del comercio y la especulación apostados detrás del mostrador, a las puertas de las tiendas, dentro y fuera de las tiendas», decía, y añadía: «En cada esquina una tienda, y en cada casa una tienda, y en cada tienda un perinquén, varios perinquenes que te atisban como si todos fuéramos turistas... Y yo cogí miedo, me entró grima y me vine de vuelta a mi isla. Porque aquí, aunque también hay perinquenes de esos, ¡ya lo creo si los hay!, aquí uno los conoce y sabe por dónde se anda. Pero allá es otra cosa. Los de allá son más peligrosos, por la abundancia, y no por más codiciosos, ya que unos y otros hermanos son, o primos hermanos, de la misma familia esa inmensa, mercantil y comercial...»

Fracasado en Las Palmas, el hipnotizador de lagartijas de Lanzarote retornó a su isla y allá está, feliz y contento, dicen, porque aunque ya no encuentra lagartijas sumisas de qué alimentarse después de los calores que arrasaron la uva y asolaron los campos, él buscó la forma de salvarse, de seguir adelante, y se convirtió en comerciante. Hoy, como un perinquén más de la ciudad, dicen que abre su tienda todos los días a la espera del turista, acechando al turista. Y a mí se me viene a las mientes la época aquella en que no había turistas, en que no llegaban a Lanzarote turistas, sino forasteros, y éstos abrían su tienda y a los pocos años tenían la bolsa llena, se hacían ricos. Pocas son las familias «de apellido» hoy en Lanzarote, familias de abolengo, cuyo principio no fuera ese: el comercio, la tienda.

Este tema del hipnotizador de lagartijas me lo ha sugerido la noticia publicada recientemente en los periódicos de que en nuestra provincia hay en la actualidad nada menos que treinta mil empresas comerciales, comprendidas en el ramo de la alimentación diez mil. Y todas estas empresas viven y se nutren de nosotros los que trabajamos, los consumidores, y de los que no bajan y también consumen.

MUERTOS DE HAMBRE CARA AL SOL

Del muelle de Santa Catalina al faro de Pechiguera va un salto grande. Un gran salto también es el que va del año 42 o 43 al 76, que vivimos, todavía vivimos. Salto en el espacio y salto en el tiempo. No hay más saltos.

En el muelle de Santa Catalina del Puerto de la Luz yo vi morir un camello de hambre. En el faro de Pechiguera de Lanzarote yo no lo vi, pero el que lo vio me ha dicho que allá murió hace poco un perro de hambre. Y a ambos los dejaron morir. Ambos tuvieron una muerte igual, o muy parecida. Ambos sucumbieron lentamente, prolongadamente en una agonía «sin pausas y sin prisas» con el cuerpo desnudo expuesto al sol, cara al sol. Voy a relatar ambas muertes.

Allá por el año 42 o 43 (en la fecha exacta la memoria no me es precisa), yo solía ir al pequeño muelle de Santa Catalina cuando el vapor correo llegaba de Lanzarote (dos veces por semana) quizás nostálgico del lar y en busca de un paisano con quien hablar un rato de las cosas pequeñas acaecidas en el lar. Por esta costumbre fui testigo de la muerte más espantosa que a un ser viviente le pueda sobrevenir: de hambre, lentamente, consumiéndose bajo el sol. La víctima fue un camello. Había traído aquel camello de Lanzarote un moro. Pero como el moro, al parecer, le había robado la cartera a un pasajero en la travesía, nada más el barco atracar al muelle el moro se esfumó, desapareció, con la cartera. Y esta fue la fatalidad del camello. Quedó amarrado allí, abandonado, solo, sin amo. La primera vez que lo vi el came-

llo parecía bastante contento, pujante como un majalulo bien nutrido, rozagante. Se veía que era un camello bien enrazado, con un cogote arqueado estilizadamente y una joroba macisa y una mirada honda y pletórica y brillante como las planicies volcánicas de la isla donde había nacido. Pero a los tres días, cuando volví al correillo, su fauía era distinta. Seguía allí, tuchido, atrabancado por las corvas con la soga cruzada de pata a pata, su mirada mustia, la joroba tumbada a un lado, las orejas despeladas. Duró aquel camello con vida unas dos semanas. Sin comer, machacándole durante todas las horas del día el implacable sol del verano, el animalito se fue engurrufando, fue secándose, reseándose hasta que dio el último estertor y quedó yerto sobre el muelle como una momia guanche disecada del muso, el cuero pegado a los huesos, el rabo retorcido, la cabeza despielada. El crimen estaba consumado. ¿Quién fue el autor o responsable de este crimen? Si mal no recuerdo, le echaron toda la culpa al moro ladrón.

El otro crimen, el de Pechiguera, ocurrido hace poco, como he dicho, yo no lo vi. Pero me asegura el que lo vio que no es menos horrendo y monstruoso que el del camello. En un corral o patio-corril, a donde se acercó por simple curiosidad pese al letrero bien visible de «Prohibido el paso a las personas ajenas a los servicios del faro» (el faro de Pechiguera es automático), al alongarse sobre el muro se quedó horrorizado. Había allí un perro, o mejor dicho el cadáver de un perro atado con una cadena al cuello. La cabeza no se le veía al perro, oculta dentro de una cacerola, como puesta de sombrero al revés, de abajo para arriba. Estaba como si lo hubieran disecado meticulosamente, como si lo momificaran exprimiéndole la sangre y las entrañas, piel contra esqueleto. ¿Cuántos días estuvo aquel perro allí, amarrado, sin comer, bajo el sol, cara al sol? Yo no lo sé. Sé únicamente que si a un perro se mata de una pedrada, de una cuchillada o de un palo en la cabeza, qué se le va a hacer..., se murió el animalito y listo. Pero dejar morir a un perro de hambre, achicharrándose frente al sol hora tras hora, día tras día, sin defensa posible en la huida por estar amarrado, eso es un crimen, aunque sea un vulgar perro la víctima y no una persona. Y esta vez, en esta ocasión, no hay moro ladrón en fuga de por medio a quien culpar.

Aunque me supongo que mismamente igual que aquí en la isla grande (grande y redonda) haya en Lanzarote también moros, que estén llegando moros y ejerciten como aquí el comercio sin ser ladrones de oficio y abran su tienda al público y se dediquen al negocio camuflado, documentados unos y sin documentos otros, como dicen que tantos hay y proliferan cada mes a todo lo largo de los complejos turísticos del próspero y playero sur grancanario.

EL BARRANCO Y LA MARETA

Teguisse fue el primer núcleo urbano levantado en las Islas por europeos. Las Palmas fue la primera capital propiamente dicha hecha por europeos en las Islas. Y la maretta fue lo que caracterizó y dio peculiar fisonomía a la antigua capital lanzaroteña, en todos los momentos, desde que se construyó la primera casa, la primera iglesia, el primer molino. Y el barranco fue lo que dio peculiaridad y carácter, en todos los tiempos, a la muy noble y muy leal ciudad de Las Palmas, lo que la hizo siempre inconfundible, lo que la diferenciaba y le daba un sello propio, exclusivo, único, en el Archipiélago y fuera del Archipiélago. Y a los dos, al barranco y a la maretta, los han desaparecido. Que es lo mismo que decir que tanto a Teguisse como a Las Palmas les rompieron la cara. La trompada tuvo que ser terrible. Funesta, desdichada, bellaca trompada.

El barranco Guiniguada de Las Palmas está sepultado y en su lugar se ve una autovía como se ve en tantas y tantas ciudades anodinas donde coches y camiones y motocicletas se deslizan a toda hora trepidantes y veloces. Menos mal. Porque en el lugar donde lucía airosa, majestuosa, primorosa, la maretta de Teguisse, no se ve nada, no han hecho nada, no ha servido su aniquilamiento para nada.

Al menos el sacrificio del Guiniguada ha servido para descongestionar «un algo» el tráfico de la ciudad encarrilado hacia el centro de la isla, me decía hace poco un lanzaroteño de Teguisse.

Pero allá, en mi pueblo, ¿qué se consiguió con el aniquilamiento de aquellos testes altos, colorados, perfilados, amasados con la tierra roja de siglos que lucían a lo lejos a veces más que la torre misma de la iglesia?, remachaba el hombre compungido. Y mi amigo Perico el pintor, canario él de pura cepa, que caminaba a un lado por la otra banda según paseábamos, le respondió tajante: «Si el sacrificio de la mareta en su pueblo fue algo inútil, como dice, aquí en el mío el sacrificio del barranco ha sido poco menos que algo útil, por no decir casi del todo también inútil. Mire usted —íbamos tumbando en nuestro caminar por acá del teatro y nos disponíamos a coger el paso de peatones que va a la vieja Plaza del Mercado—, mire usted hacia allá... Allá estaba el otro puente, el de Verdugo, el Puente de Piedra, porque aquí estaba el de Palo. No se necesitó otra cosa, para salvarle la cara a la ciudad, que comenzar la autovía de allá para arriba, y no desde acá. No había sino que hacer la salida de Vegueta por Triana, en vez de la entrada, y la entrada al viejo barrio, por donde es hoy la salida, o sea por Muro y Obispo Codina. Con el trozo de barranco entre los dos puentes nos hubiésemos conformado, conservando los puentes. La ciudad tendría aún su anciana cara, la auténtica, la verdadera. Pero nuestros ediles son tan listos, y los ingenieros o asesores, que no repararon en cara ni en fisonomía ni en nada y se cargaron al barranco y se quedaron tan frescos. Yo los cogía por el gaznate y...

Mi amigo el pintor se atragantó y mi amigo el teguiscño, también pintor pero de brocha gorda, se desabrochó la americana y se despidió a pasos largos diciendo como excusa que si se descuidaba perdía el barco para Lanzarote, por la huelga de las guaguas.

Y me quedé solo. Perico se fue también, no sé si enfadado por la prisa repentina del otro sin escucharlo o por qué, pero lo cierto es que me quedé solo. Y en mi mente fijas sus palabras —las del pintor— yo vi el trozo de barranco, vi como si realmente existiera el trecho de barranco entre los dos puentes. No fue un sueño. Vi las cuatro estatuas desnudas de las estaciones alzadas cada una en su pedestal. Y vi mucha gente cruzando gozosa y sin carreras los puentes. Y a chiquillos grandes y más chicos alongados sobre

las murallas mirando hacia abajo, al fondo del barranco. Y miré yo también y vi en el fondo del barranco a Andrés «el Ratón», durmiendo sobre las piedras con el bello caído a un lado, y a muchos perros, los perros de Víctor, y a Víctor Doreste en la ventana trasera del «Polo» con su «Faycán» debajo del brazo, contemplando el barranco...

En un salto de la mente intempestivo y brutal, me vi a mí mismo subiendo una cuesta por vereda empinada, de tierra colorada. Subía yo, mozalbete dichoso, a la Mareta de Guadarfia en la Villa de Tegui. Estaba llena de agua. Aquel año había llovido y la mareta, de setenta y siete mil pipas de cabida, rebosaba, rizándose el líquido transparente igual que un lago bajo el quejido de la brisa suave del atardecer tembloroso, y parsimonioso. ¿Temblaba la mareta, tal vez? ¿Presentía la mareta el fin estúpido, el fin inútil que iba a tener y temblaba por eso? Quién sabe, quién lo sabe...

Lo que sí se sabe, y en eso estoy dispuesto a darle la razón a mi amigo el pintor, es que el Guiniguada pudo salvarse, si se hubiese querido. La ciudad de Las Palmas seguiría entonces siendo la ciudad más bella, más original y más pintoresca de todas las del Archipiélago, y de España, y de Europa y del mundo entero. Por lo que a mí respecta, yo le regalo los canales, con góndolas y sin góndolas, a quien los quiera. Yo me quedo con los barrancos, los barrancos secos sin agua, los barrancos quebrados, retorcidos, esqueléticos. Y el Guiniguada era así. No había ciudad en el mundo que tuviera un barranco igual. Abortos de ríos, los barrancos, según los calificara alguien, yo me río de los ríos, los ciudadanos y los otros. Y el de Las Palmas era único, un barranco ciudadano sin igual. Como lo era la Mareta. ¿O es que existe, acaso, o ha existido en toda la redondez de la tierra un pueblo con su mareta enclavada en pleno corazón urbano, como lo fue la Villa lanzaroteña de Tegui?

A los dos, al barranco de Las Palmas y a la mareta de Tegui, los arrasaron, se los cargaron. Como se cargaron también al quiosco de la música en Arrecife. Otro crimen impune, otro atropello contra el paisaje ciudadano, aunque con solución posible un día éste al ser el quiosco de palo. Pero el barranco, con tanto cemento

encima, y la marena, con tanta tierra trasladada (miles de toneladas de tierra colorada que ya no existe) se nos esfumaron para siempre. Y los responsables, los autores, los consentidores de estos lamentables y eternamente condenables atropellos, yo me sospecho que anden sueltos por ahí, seguramente contentos de vivir y muy ufanos.

DE LA HABANA AL PUERTO

Lo malo no es la caterva de tiendas indúes que hay en la ciudad, las cuales absorben el ochenta por ciento del comercio del género, según dicen, sino la cantidad de «bistrots», garitos, tascas, bares, discotecas y cabarets que ubicados en el Puerto de la Luz hacen de nuestro Puerto un amplio antro de perversión, me decía mi amigo Perico el pintor la otra tarde en que se nos ocurrió dirigir nuestros pasos, en nuestras habituales andanzas urbanas, por las calles, callejas y callejones del cosmopolita (cada vez más cosmopolita) casco porteño. Los «indios», al fin y al cabo, ejercen un comercio más o menos ilegal, un comercio más o menos limpio, no del todo sucio o ensuciado, y si poco es lo que el pueblo canario se beneficia de este comercio, al menos no resquebraja la moral y las buenas costumbres ciudadanas. Por donde hay que atacar es por otro lado, primero, y después abordar el capítulo de los indios con sus exorbitantes ganancias mientras el paro en las islas crece y el malestar de las familias humildes se aumenta cada día.

Pues no sé a qué te refieres, concretamente, con eso de atacar por otro lado, le dije a mi amigo, aunque al mentar eso de «los otros» me sospecho la intención.

Fue cuando mi amigo el pintor se exclamó. Con vehemencia, poniendo coraje en la palabra y empinándose de hombros como es costumbre en él cuando se cabrea o parece contrariado, me espetó, en un rollo continuo de frases hechas y no hechas:

Mira, echa una ojeada a un lado y otro de una de estas calles

cualquiera: ahí están los carteles, los reclamos. Todos van a parar a lo mismo, todos te ofrecen la misma mercancía, todos te llaman para que participes con tu dinero en el festín, en el paraíso de jauja ,en la «dolce vita» de ellos perpetua y perfumada, maloliente, pestilente... Yo no estuve en Cuba allá en la época batistiana, pero me supongo que La Habana se mostraba así y era así: un enorme antro donde los yanquis iban a divertirse y a enriquecerse a costa del cubanito que trabajaba como un negro y de la cubanita que trabajaba y bailaba la rumba al son del dólar. Hace falta aquí, amigo mío, un fiel canario de verdad, un Fidel guanche auténtico que empuñe el garrote y los meta a todos en collera: a todos esos extranjeros que vienen a las islas con sus vicios y depravaciones a explotar el vicio y la depravación y a todos los nativos que los secundan, testaferros, hombres de paja, que los hay y bastantes. Y así va la juventud, como la ves, pendiente nada más que de venir a noctambulear al Puerto, la juventud y también la senectud, que más de un sesentón conozco que se echa a la callada sus andadas.

¿No estarás exagerando?, interrumpí un instante a mi amigo que hizo pausa para coger resuello. ¿Cómo vas a comparar a nuestro Puerto con La Habana, aquella Habana manida y podrida de Batista que...?

No me dejó acabar. Paró su caminar en seco, se respaldó contra un portal penumbroso de donde salían rítmicas y estridentes notas de jazz exótico, negroide y atamborilado, y reanudó la perorata, ahora alzando más la voz:

¡Sí, sí los comparo! ¡Tú no estuviste en La Habana y yo tampoco! Pero eso no importa. La Habana batistiana está aquí, la tenemos aquí, aunque sin yanquis logreros y pendencieros. Y como esto continúe, peor todavía va a ser que en La Habana. Cada vez más drogas y sexualismo, cada vez más perversidad, más animalidad, más homosexualidad, más iniquidad. Todo el Puerto un «barrio chino», donde los indios hacen el negocio aparte, de día, mientras el pueblo sufrido que trabaja, ese pueblo que tanto invocan los políticos de ahora (y los de antes), suda en el tajo y vive asustado frente a la amenaza creciente del paro, que no para...

Mi amigo cortó tajante su discurso y no fue porque yo lo interrumpiera. Fue interrumpido de repente por un jovencuelo moñudo que tropezó con él en su carrera a saltos huyendo de un marica que lo perseguía.

«Vamos, vámonos de aquí, huyamos nosotros también, que está viniéndose la noche encima y aquí en la noche todo se confunde.»

Y nos fuimos. Ya en Las Palmas, a través de las calles más o menos solitarias de la ciudad aletargada bajo el sopor del sofocante verano y el silencio roto, machacado, por el trepidar de una moto, mi amigo pareció serenarse. Buenamente, sin aspavientos y sin exclamaciones de protesta, rememoró a Unamuno, al despedirse: Si don Miguel viviera, dijo; si don Miguel renaciera volvía a morir de rabia, rabiando al contemplar «su pobre España», al ver lo que han hecho de su España. Vendida a la divisa, vendida como una prostituta cualquiera a la moneda extranjera. Porque lo que pasa en el Puerto de la Luz pasa en muchos puertos peninsulares y en muchos lugares que no son puertos. Cuando él decía, antes de toda esta calamidad que estamos viviendo, que España no se salvaría mientras por cada bar contado no se contara una escuela...

EL AGUILA DE TRIANA

Merece un elogio, esa águila, y yo voy a hacerlo. Merece un elogio porque posada donde está, muda, quieta, impertérrita, con las alas en gesto de arranque de vuelo, lleva tantos años como la misma esquina de la casona donde luce con «altura» y majestad de águila real, de águila imperial, aunque su férrea anatomía constitucional nos recuerde más bien al cóndor andino que a un autóctono guirre isleño, ya extinto en la isla, ya fenecido. Y merece un elogio, mi personal elogio, porque allí en su pedestal de hierro engarzada o engarrada y atravesada en la confluencia de Triana con Travieso, ha sabido resistir los avatares del tiempo, todos los humos y todos los ruidos del motor de los días y todos los «silencios silentes» de las noches ciudadanas.

El águila de Triana está de enhorabuena; y todos los vecinos de la real calle mayor mercantil y comercial; y todos los vecinos, en suma, de la ciudad, porque al fin la circulación rodada la ha dejado libre de bullas y humaredas y atropellos y el clásico paseo sin sustos que tanto carácter le dio volverá a restituirse, aquel saludable paseo vespertino y a toda hora que hacía las delicias de mayores y no mayores, viejos, jóvenes y niños.

Triana constituyó el orgullo de nuestros abuelos. Fue siempre una calle eminentemente comercial y a punto ha estado de perder su rango frente a otros sectores de la urbe de moderno trazado y proyección. Y es que el tráfico la ha venido acogotando, asfixiando, ahogando. Ya se notaba a la calle mayor de Triana achicada, rotundamente achicada con tanto y tanto traqueteo del motor.

Hasta que de repente, de la noche a la mañana, la calle que vuelve por sus fueros, que vuelve a ser ella misma, ancha, abierta, libre, tranquila, pulcra, aseada, adornada, higienizada, oxigenada con los arbolitos y plantas de macetero albo...

Hay que felicitar a los ediles. Hay que alabar la idea de volverle a la calle su fisonomía de siempre (aquella fisonomía tan particular de antes de la guerra, su cara de calle mayor, su cara limpia (limpia de traqueteos y humos). Porque suponemos que esta medida sea definitiva, no solamente para los próximos días navideños. «Por Triana ya no se puede ir, ya no se puede andar», ha sido la frase en boga de unos años acá. Y los que siempre fuimos amantes de lo nuestro y nos hemos sentido orgullosos de ser como somos, nos maguábamos de que la calle mayor de Triana fuera haciéndose intransitable frente a la proliferación endemoniada de la rueda y el motor. ¿Pero es que no habrá un día arreglo, no habrá una forma o fórmula para salvar a la calle?, nos decíamos compungidos al cruzarla torpemente y al tropezón. Al fin, y al parecer, esta solución se ha encontrado. El tráfico se ha desviado por F. Courié, su paralela, y Triana ha respirado, respira a pulmón lleno con el regocijo de todos, comerciantes y no comerciantes. Y con el regocijo del águila. Heroica águila. Valiente águila que ha aguantado años y años y años ennegrecido el plumaje y el pico tronchado como repugnando y repeliendo la atmósfera batiente y maloliente desprendida a todo instante de los tubos de escape, esos dichosos tubos de escape que inundan como un diluvio en toda su extensión a la extendida, la alargada capital.

Yo no sé si resulto exagerado al ponderar al águila, al querer elogiar a un animalito que ni siquiera de carne y hueso es, sino de metal, hierro o cobre o bronce, que yo no lo sé. Pero es que siempre me fijé en ella, desde que por primera vez llegué a Las Palmas allá por los comienzos de la década de los años cuarenta, y siempre se me antojó que el ave aquella estaba expuesta a un destino trágico, como los guirres que ya no existe ni uno, o como las corujas o una vulgar catana, que ya tampoco existen en la isla, en las islas. Sí existen, en cambio, en plena ciudad y en plena calle Mayor y calles menores, múltiples aguiluchos del comercio;

aguiluchos exóticos de morena tintura facial que al comercio isleño y al hombre isleño de negocios y sin ser de negocios, traen de cabeza. Estos y no otros son los verdaderos depredadores de la economía insular. Y sin embargo, ahí siguen, ahí están, los garfios incrustados en las principales calles y centros comerciales de ciudades y pueblos sin que una fuerza razonable los empuje hacia sus países de origen. Y mientras, la queja del canario resuena en su propio eco sin repercusión, voz vacía, voz muerta en el ámbito local y el nacional.

El águila de Triana, especie de cóndor con las «plumas apolladas y el estómago dispéptico», persiste en su actitud de arranque de vuelo en la esquina de Travieso como un símbolo del «aguante canario», ennegrecido. Porque muchos hemos tenido que aguantar los hombres canarios que aún seguimos en las islas sin remontar el vuelo a través del Atlántico como tantos millones de hermanos nuestros que al través del tiempo y de los siglos pusieron el mar de por medio para bien de subsistir, para bien de no morir, de hambre y de rabia en un solo revoltijo.

En adelante el águila, en la calle mayor de Triana, sin humos, ¿volverá a relucir el joven y brillante plumaje de los pasados tiempos? Eso habrá que verlo. Porque los aguiluchos son los aguiluchos y la rapiña es la rapiña y los aguiluchos están bien afianzados en sus fueros, que es el dinero.

UN OBISPO ES UN OBISPO

Crear o no creer, ese es el problema. Se cre por la gracia de Dios, carismáticamente, y hay quien cree falsamente, personas que creen creer, y así escapan, y hasta son felices. Lo malo es cuando se quiere creer y no se puede, por lo que quiera que sea; cuando uno se esfuerza en alcanzar la fe, en tenerla, en sentirla, y no lo consigue. Es la suprema infelicidad.

A mí me falta la fe, lo confieso, y es por ello que no practico religión alguna. Siempre he rehuido las falsas poses. Me siento y me considero cristiano porque me cristianaron, porque un obispo me bautizó, pero nada más. Es una desgracia. Es una malaventuranza eso de escasearle a uno la fe.

Yo admiro, y hasta envidio, a los que creen ciegamente. Admiro a las gentes sencillas de los pueblos que los domingos van a misa y rezan y se confiesan con el cura, aunque después por la noche en la tasca se emborrachen y blasfemen. Estos suelen defender a la Iglesia y a sus ministros contra todo y por encima de todo, si llega el caso con ahínco, a veces hasta con pasión. Los creyentes de la ciudad son otra cosa, barajan otra baraja. La ciudad, la gran capital, parece que desperdiga la fe, afloja o desafloja la confianza, rebaja la creencia y el acatamiento ciego. Por eso yo me voy al pueblo. En los pueblos se vive más cerca de Dios, aunque no se crea mucho en él, en sus beneficios y dádivas. (¡Oh, las beneficiosas lluvias!)

Y de la ciudad, últimamente, nos llegan fragores de escandalería. Vecinos míos incapaces de levantar la voz más allá del ba-

randal, creyentes unos y practicantes otros, se han enzarzado en la discusión, por mor de esa escandalera que se inició en una simple misa de difuntos. Hubo disidencia con el responso del oficiante y un grupo de feligreses se echó fuera del recinto sagrado, en señal de protesta. Así empezó el escándalo o barullo, cuyo eco repercutió frenético entre las centenarias murallas catedralicias y los vetustos ventanales consistoriales, frente por frente, pasando luego al teleteo de las linotipias periodísticas y al público lector. Y es una lástima, es una magua que ocurran estas cosas. Esas rencillas y esos dimes y diretes deben dejarse para los campos de fútbol, para los hinchas de uno y otro bando. Que discutan ellos el gol y se tiren los trastos a la cabeza y amenacen al árbitro y lo insulten y hasta le lancen cáscaras y botellas a las canillas, que para eso el deporte es el deporte, competición, y unos más y otros menos todos cobran, tienen su ganancia. La pasión en las lides deportivas está justificada, la lleva dentro el deporte en sí. Que ocurra lo mismo en la Iglesia, que es de Dios, es lo lamentable... Y por estas cosas y otras yo me voy de la ciudad al campo. Aquí en el campo, «apartado del mundanal ruido», Dios es Dios, y los ministros de Dios, hayan errado o no como humanos que son al fin y al cabo, merecen siempre respeto. A este tenor puedo contar la anécdota aquella del campesino de Tinajo que se había enfadado con el cura y no iba a misa por no encontrarse de frente con él y tener que mirarle a la cara, cruzándose las miradas. Un día alguien insultó al cura en la plaza pública y el campesino fue y le rompió la cabeza, diciéndole al interfecto: «Pero usted no sabe, animal, que un cura es un cura.»

Yo estoy seguro de que si este rudo campesino lanzaroteño se encuentra en Las Palmas en estos días de «escandalera episcopal», le rompe la cara a más de uno. Los obispos son nada menos que sucesores de los apóstoles y merecen, por tanto, el mayor respeto, hayan tenido sus yerros o no, como seguramente los tuvieron aquellos primeros discípulos de Cristo, que ningún humano es infalible.

Aunque a mí no me haya dado nadie vela en este entierro, yo quiero ir al entierro, con vela o sin vela: quiero opinar. Y como dijo el campesino lanzaroteño al defender públicamente y violen-

tamente al párroco con el que no se llevaba, y sin ánimo de ofender ni molestar a nadie, yo me voy a limitar, en este caso, a parodiarlo, diciéndoles a los canarios todos de la provincia, capital y pueblos: Cuidado, no se exalten, no se ofusquen, no se vuelvan locos, no se desmadren, paisanos, que eso es malo; piensen que a pesar de todo, y por encima de todo..., un obispo es un obispo.

CHOCANTE Y DE MAL GUSTO

Yo creo que es la primera vez que veo aparecer en la pantalla de nuestra televisión, la española, a un ruso. Y qué ruso. Precedido nada menos que de la fama del más alto galardón mundial de literatura, vino a España, se puso de acuerdo con el hombre de los bigotes caídos que también tiene su fama, si no internacional sí bastante nacional a través de la pequeña pantalla casera, y ahí te van una sarta de arremetidas contra su país, el suyo propio: Rusia. Yo me quedé asombrado. Y todos los que estábamos allí esperando contemplar esos espacios musicales y bailables y coloquiales a que nos tiene acostumbrados el hombre de los bigotes, alegres y serios unos y simpáticos y antipáticos otros, fuimos unánimes en la apreciación: «Chocante, chavacano, de mal gusto, de mala jeta.» «Que un hombre de la talla intelectual de un Premio Nobel se preste a tan burdo juego es ridículo, más que lamentable, condenable.»

Y yo creo que el de los bigotes fue uno de los sorprendidos, pues miraba y miraba al otro, al de la barba (al ruso) sin sonreírse y como espantado. Y no sé si por el tiempo que se les iba o por qué, lo cierto es que lo cortó en seco. Después de más de tres cuartos de hora el ruso quería seguir con la perorata, a juzgar por gestos y miradas, y el bigotudo lo cortó en seco. Esto se vio claro. Lo que indica que estaba ya, igual que nosotros, hastiándose del rollo.

Como quiera que fuera, yo opino que no debe ser invitado un

individuo extranjero a nuestra estatal televisión nacional y permitírsele que despotrique contra nadie, persona, nación o pueblo, y menos cuando este pueblo es el suyo propio de él, del propio despotricador. Resulta muy feo eso de salir a la calle y ponerse a predicar en pro de una doctrina, la que sea, denigrando y rebajando la del vecino, y más aún cuando el vecino viene a ser su misma familia. Feo, denigrante, repugnante..., máxime cuando no se tiene enfrente «al enemigo», cuando se está solo y bien resguardado, cuando en el banquillo opuesto no está el que le pueda replicar. En todo juicio o controversia hay que dejar hablar a las dos partes, oír las razones de los dos bandos.

Lo digo con toda sinceridad: Me ha defraudado ese Premio Nobel de literatura ruso. Un sabio, un genio, no puede obrar así; va contra las más elementales reglas de la ética personal y la estética. Va contra el derecho humano y contra la Ley, con mayúscula. Va contra todo principio moral del hombre, de los hombres.

Algunos a lo mejor dirán, o pensarán, que a qué viene ahora así, inesperadamente, esta embestida mía contra ese espacio televisivo más que prestigiado de los sábados, y tan popularizado. Y yo respondo que no va mi embestida contra el de los bigotes ni su popular programa, ni contra los «mandamás» de Prado del Rey, ni contra nadie. Me limito simplemente a exponer el sentimiento que me embargó ante la actitud leguleya (quizá sería mejor decir verdulera) de un escritor, de un literato. Porque si hubiese sido un político, acostumbrado como uno está a la pasional y parcial y brutal a veces perorata política, entonces a lo mejor me hubiese encogido de hombros y no le hubiera dado mayor importancia a la cosa; o hubiera dicho, para mis adentros: «Este se cree que somos tontos, o que vinimos ayer de la montaña.» Y me hubiese ido tan campante a dormir, o a pasear por Vegueta silenciosa de coches y motores en la noche, o al cine.

Y como sigo arrepentido de haber visto a un genio de la literatura universal caer tan bajo, me he prometido no leer «Archipiélago Gulag», que pensaba hacerlo, pese a su pesadez según noticias. Leeré otros autores rusos. Cuando quiera leer literatura

rusa leeré a Gogol, y a Dostoievski, y a Gorki, y a Tolstoy, y a Pasternak y a tantos y tantos de antes y de ahora que han sabido narrar el alma eslava sin necesidad de venir a España a hacer política barata. Esta, barata o no barata, que le hagan los políticos, que para eso están.

LOS MERCADERES DEL TEMPLO Y LOS OTROS

No sé si habrá una palabra con más sinónimos que la palabra mercader. Abro el diccionario y veo una retahíla enorme: negociante, comerciante, trajinante, representante, tratante, mercanciflero, intermediario, inmobiliario, consignatario, corredor, proveedor, comisionista, mayorista, detallista, tendero, buhonero, cambullonero, chamarilero... Todos definen al ajetreado y comercializado hombre de hoy. Comercializado y futbolero, o pelotero.

Hace poco leí, refiriéndose al hombre de estudios fracasado, que éste se refugia en la enseñanza para disimular su fracaso. El que no sirve para otra cosa se dedica a enseñar, se hace profesor. Yo no sé lo que habrá de cierto en esto, ya que he conocido a profesores bastante inteligentes algunos que no solamente enseñaban la lección aprendida a sus alumnos sino que además pensaban por su cuenta y riesgo, con alguna idea propia incluso y capaces de cierta labor personal de creación. De lo que sí estoy cierto, en cambio, es que en esta sociedad nuestra de hoy avanzada y progresista y abarrotada de tantos y tan variados oficios y profesiones y menesteres, el que no sirve para otra cosa se mete a comerciante, se hace comerciante. Pero esto, al fin y al cabo, no sería lo malo si no fuera esa otra realidad, tajante realidad, de que además de los que no sirven para nada, se meten también a comerciantes los que sirven para algo, los que ostentan títulos incluso y ejercen profesionalmente su profesión. Médicos, abogados, ingenieros y hasta artistas en un sentido amplio, unos más y otros menos y a su manera cada uno, comercian. ¿Escapa algún

ciudadano, en esta hora presente de inflación que afecta al mundo, de negociar, de especular? Lo dudo, yo lo dudo... Aunque es posible que algún poeta, si es de los verdaderos y vive en las nubes (ausente de la realidad circundante), viva apartado del mundo del comercio y los negocios y no le interese para nada la balanza comercial ni la ganancia y se dedique a hacer versos con la barriga vacía, para inspirarse mejor.

Como quiera que sea, la triste verdad es que de seguir las cosas así va a llegar el momento en que todo quisque (profesionales y no profesionales), a más de su ocupación habitual, tendrá otra ocupación desenvuelta en el campo de los negocios y el comercio. Todos comerciantes, todos negociantes. Sin excepción, a no ser la del mentado caso del poeta sentimental y romántico, cada vez más ausente, cada vez más raro en los días presentes del vivir cotidiano.

Insisto: ¿Hay alguien que no negocie? ¿Hay alguien que no comercie en España, un español que no haga «su negocito»? No parece sino que nuestro país se ha convertido en un gran mercado donde todo se compra y todo se vende y los españoles no tenemos otro aliciente ni otro motivo de existencia que comprar y vender, y vender y vender y comprar. Da lástima, pero es así. Es como una epidemia, como una enfermedad que no tiene cura, un veneno para el cual no se conoce antídoto, almendra amarga que nos hace tragar el progreso y la civilización ésta endiablada y publicitaria y ahíta de apetencias y libidinosas ansias y gulas, muchas gulas.

Estamos apañados... Los hombres que aún conservamos un poco de dignidad y un poco de sentido austero de las cosas de la vida y de la vida misma, estamos apañados. Víctimas de un mercantilismo feroz que exprime y oprime al ser humano, sucumbiremos, si Dios o el diablo no pone su mano y lo remedia. Su mano y mejor aún su puño, que hay cosas que no se arreglan sino al puñetazo, a trompazo limpio. Esto Cristo lo sabía. Cuando Cristo arrojó a los mercaderes del templo no lo hizo por las buenas y mansamente, sino blandiendo el látigo. Cristo, tan pacífico, tan cordial, tan piadoso y ecuánime...

Hoy, que no parece sino que los españoles todos moramos en

el recinto fortificado de un especial y dimensional templete o quiosco donde todo se vende y todo se compra y todos, a excepción del poeta loco, compran y venden, ¿quién es el que empuña el látigo? O sea: ¿quién es el capaz de arremeter contra todos? Esta es la cuestión (That is the question), porque, como se interrogaba a sí mismo el Hamlet, es acaso «más noble para el espíritu sufrir los azotes y dardos de la fortuna airada, o armándose contra un piélago de tormentos hacerles frente y acabar con ellos».

Cristo, el Mesías, acabó con los mercaderes del templo, aunque le costó después la vida. Yo, a estas alturas de la situación y «la crisis», no he perdido completamente la esperanza y espero al mesías que, látigo en mano, aparezca y acabe con los otros, con los que nos tienen a los españoles atosigados, acogotados, depauperados, habiendo entre todos ellos convertido a la nación en un amplio templete (bazar, quiosco) donde todo se compra y todo se vende, hasta la propia dignidad personal, hasta la propia y misma dignidad humana.

ESTAMPA PORTEÑA

Yo viajo siempre en guagua. Mi amigo Perico el pintor y yo vamos a todos sitios en guagua. Ni él ni yo tenemos coche. Cuando queremos ir de un sitio al otro, de Las Palmas al Puerto, del Puerto a Las Palmas, tenemos que coger, irremediamente, la guagua.

Porque aquí todo el mundo tiene coche. Bueno..., todo el mundo no. Tienen su automóvil los burgueses, los empresarios, los comerciantes, los empleados, los camareros y algunos obreros especializados, que los otros va en guagua o en moto. Tan llana y estirada como es la ciudad, y sin embargo ninguno va en bicicleta, o casi ninguno.

Mi amigo Perico el pintor y yo solemos pasear por la ciudad algunas tardes y contemplar a las gentes que marchan de un lado a otro, afanosamente unas, «aplanatadamente» otras. Y mi amigo, que nunca salió de la isla, me pregunta a veces por las costumbres y maneras de vivir de otros países, de otras ciudades. Y yo, que pasé algunos años entre Bélgica, Francia y Alemania y conozco algo del vivir de estos países, suelo contarle algunas cosas de lo que pasa por allá.

En esta ocasión, como estamos haciendo cola esperando la guagua, él me pregunta:

—¿Y en Francia también hay que hacer estas esperas?

—Sí —le contesto—, en Francia y en Bélgica y en otros pueblos de Europa también hay que esperar el autobús. Pero allá lo hace

el que quiere, porque allá basta con quererlo para motorizarse por su cuenta.

—¿Quieres decir que el que quiere tiene coche propio, también el obrero?

—También el obrero, y el simple «mano de obra», el peón.

—Pues caramba..., así sí da gusto.

—Da gusto y disgusto. Allí el tráfico es terrible, casi tanto como aquí. Siempre hay accidentes y entorpecimientos. A veces es preferible esperar al tranvía, donde se va más tranquilo, sin sustos.

Mi amigo Perico el pintor hizo un gesto como queriendo decir que a pesar de todo, las «colas» son siempre molestas y que él prefería, si pudiera, tener su coche.

En esto llegó la guagua. Montamos y seguimos rumbo al Puerto. El espectáculo de la bahía y los muelles abarrotados de barcos de todas las banderas me llenó de satisfacción. Sin duda —pensé— tenemos aquí uno de los principales puertos de Europa, en tonelaje y en la variedad de naciones que nos visitan. Al lado de barcos ingleses, alemanes, americanos... se encontraban atracados barcos cubanos, polacos, chinos, rusos... Maravilloso.

Descendimos en el parque de Santa Catalina, ese «Catalina Park» narrado por el comediógrafo isleño Orlando Hernández, corazón del Puerto y escenario del burdo melodrama de pasiones bajas y canallescadas acciones cosmopolitas de una humanidad enchiquerada, porcina y carneril. Y lo cruzamos, el parque, y nos adentramos hacia la playa de las Canteras, atravesando múltiples calles bullentes y relucientes de luminosos letreros anunciadores de salas de fiestas, hoteles, bares, restaurantes... Aunque imperaba el inglés, los idiomas más extraños resonaban en nuestros oídos como una babel sin límites.

En la playa, de varios kilómetros, no cabía un cuerpo más. Todos los colores de la piel desnuda relucían bajo el sol, sobre la arena dorada. En las terrazas de los bares y bajo los toldos y sombrillas se amazotaba un inmenso enjambre humano, gozoso y variopinto, unos bebiendo, otros dormitando, algunos amándose...

—Este es nuestro «climax» y esta es la vida de ellos —me dice Perico según caminamos por la avenida—. La vida de ellos es

distinta a la nuestra. Todos los que se ven por ahí, ingleses, franceses, suecos, suizos, polacos, rusos, parecen felices.

—Son las vacaciones, Perico, las dulces vacaciones. Ellos en su tierra también trabajan, también se ganan el pan sudando, como nosotros.

—No lo creo. Entre esos que ves hay mucho sinvergüenza, mucho vividor.

—¿Hablas así también de los rusos?

—También, ¿por qué no? A los rusos que vienen aquí yo los veo igual que a los demás: se divierten, beben, se emborrachan lo mismo que los otros. Lo que pasa es que lo disimulan un poco mejor. Convéncete: el bicho humano es igual en todos sitios. Yo no he salido de la isla pero lo he comprobado aquí. Todos son iguales. Si acaso se diferencian en el disimulo. Para mí la humanidad no tiene remedio.

No quise discutir con mi amigo Perico el pintor. Me callé. Seguimos caminando. Al despedirnos cruzaron a nuestro lado dos noruegos cantando. Pasó un marica y después otro y otro. En la acera de enfrente había tres moscovitas borrachos. En la esquina un japonés se apoyaba contra el muro. Al otro extremo un inglés rosado se reía, se reía...

SOBRE LOS APARCAMIENTOS Y LOS PARQUES

Si acuciante es el problema de los aparcamientos en Las Palmas, no menos lo es el de los lugares públicos ajardinados o parques. Tanto para el uno como para el otro problema, la prensa diaria, velando siempre por la salud y bienestar de los ciudadanos que componen la comunidad y compran el periódico todos los días y creen, porque siempre lo han creído, en su eficacia como «cuarto poder», se ocupó fechas pasadas del asunto, el de los aparcamientos y el de los parques, concretándose en lo tocante a este último al porteño parque de Santa Catalina en cuanto se refiere al proyecto de su ampliación.

Difícil, bastante difícil le va a resultar a la Corporación municipal la solución de los aparcamientos, ya que cada vez hay más coches y cada vez hay más gente aficionada al coche y quiere, por encima de todo y contra todo, tener su coche. A este respecto, y dadas las penurias cada vez mayores para caminar tranquilos por las calles, que soporta el pobre peatón, mi amigo Perico el pintor, paseante contumaz y hombre de decisiones tajantes, me decía poco después de milagrosamente escapar al fatal accidente, todavía lívido, todavía tembloroso: «Si esto sigue así, con el alma en vilo uno cada vez que tiene que cruzar la calle, no voy a tener más remedio que buscarme un permiso de arma de fuego. Con mi revólver en el bolsillo, cada vez que quiero cruzar saco el revólver y le apunto a los sesos del primero de la fila de coches. Verás como ellos frenan y yo paso.»

Como es natural, no solucionará el problema del tráfico y los

estacionamientos mi amigo con esta medida un tanto drástica del revólver, y como yo le dijera que a más de no sacar nada corría el peligro de que se le disparara el revólver y matara al conductor y entonces sí que la hacía buena, me contestó: «Pues mira, yo creo que matando no a uno, sino a dos o tres por lo menos de esos desaprensivos y tunantes conductores, sería la solución; yo voy a la cárcel, pero después ustedes ya podrán caminar tranquilos por la ciudad. Si sigue lo de los coches así y no se le pone remedio, yo creo que soy capaz de sacrificarme. Total, mi pintura vale poco y a la cárcel también van hombres dignos y honrados.»

Lo de los parques parece que no es tan complicado como lo del tráfico y los aparcamientos. Ahí está el parque de Santa Catalina, que puede ser ampliado y por lo visto lo van a ampliar; al menos existe ya el proyecto. Y no es que este parque resulte pequeño, no. Pasó que lo empequeñecieron. Pasó que poco a poco fueron instalando en su suelo barraca tras barraca (comerciales barracas que llaman quioscos, y los quioscos son otra cosa, ved los del parque de San Telmo), y lo constriñeron, lo achicaron. El negocio, los negocios... ¡Cuántas calamidades sociales y humanas y urbanas se han promovido por mor de los negocios!

Pero está bien, está muy bien eso de extensionar el ya abarrotado y comprimido parque de Santa Catalina. Que se haga el túnel entre Albareda y León y Castillo, un túnel amplio, ancho, panzudo, por donde pasen a su aire las intermitentes caravanas de vehículos y donde las barracas comerciales de feria que ahogan y entumescen al parque sean emplazadas. Es una solución. La mejor solución, ya que no se puede eliminar del parque, así por las buenas y de un plumazo, a todos los que fueron autorizados, por quien quiera que fuera (Ayuntamiento u Obras de Puerto) a plantar allí su caseta-tienda especializada en el producto turístico. Antiguamente, cuando el parque no se había aún liberado de sus cadenas (primorosas cadenas típicas y murillos de cantos de piedra viva que le servían de valla), no había casetas ni barracas entre los árboles y la gente se paseaba y los niños jugaban y correteaban llenos de salud respirando el aire limpio de la tarde. Sólo dos, uno frente al otro a la entrada viniendo del muelle,

existían, y los clásicos carritos de la entrada de Ripоче. Que se respeten a éstos, y a los demás, que fueron los intrusos, los que han entumecido el parque, los entierren, los metan en el túnel.

Ahora falta que ese proyecto, al parecer iniciado y propuesto por el Centro de Iniciativa y Turismo, se haga realidad. Los conscientes ciudadanos del sector y todos los demás que sin vivir por allá amamos el lugar y allá vamos atraídos por los encantos marineros que siempre nos brindó el Puerto, aplaudiremos entusiasmados. Porque guardamos la esperanza, además (al menos yo la guardo), de que descontaminado el parque del «foco comercial y negocial», se apliquen luego las autoridades a la descontaminación moral del parque y sus aledaños, erradicando de cuajo la droga y el homosexualismo que se ha venido paulatinamente y rítmicamente incrustando como una garrapata en el cuerpo social porteño y a la juventud, a nuestros jóvenes isleños, traen enteramente fuera de quicio, poco menos que cabeza abajo.

EL PEATON ACORRALADO

Llevo unas semanas en Las Palmas y me siento acorralado. Me habían dicho allá en la capital de la isla mía natal, Arrecife, que aquí en Las Palmas la vida se le estaba haciendo imposible al ciudadano, que caminar por las calles, sobre todo a determinadas horas, constituía una empresa más que difícil, ardua y peligrosa. Yo, que conozco o creo conocer al isleño lo bastante para saber de sus socarronerías y sus exageraciones, me sonreí para mis adentros y me dije: «Eso, amigo mío, habrá que verlo, porque ya en este mundo mentiroso y con lo que ha tenido uno que ver, no creo sino lo que veo.»

Y lo he visto. Mi amigo el canario no exageró. Es poco menos que una proeza el circular a ciertas horas por las calles de la capital. Tanto coche, tanta moto, tanto ruido, tanto humo y tanto susto ante el frenazo frenético y la acelerada desbocada, tienen a uno constantemente en vilo. Porque, además, yo siempre pensé que de entre las posibles muertes que acechan a los mortales en el transcurso de la vida, una de las peores es la de sucumbir bajo las ruedas de un coche. Hay muertes ridículas, otras trágicas, otras cómicas, otras insulsas, otras aburridas, otras tontas, otras completamente insignificantes, insustanciales; pero la más imbécil de todas, sin duda alguna, es la del coche. Preferible mil veces morir de la topada en pleno pecho de un fiero macho cabrío, o por la mordida de un perro rabioso, antes que caer en medio de la calle arrollado por la rueda. Que se mate el que va dentro pegado al manillar si tanto le gusta ir dándole a derecha y a iz-

quierda al manillar, pero que no haga víctima al que anda sobre sus pies confiado en el andar.

A tal intensidad ha llegado la circulación rodada en Las Palmas que ya por algunas calles se necesita una nariz a prueba de todo gas, como la de Pérez Galdós o la otra más ancha de Bravo Murillo. Esta se las trae. Yo no sé cómo hay gente que pueda vivir en esta calle, si es que vive alguien detrás de las ventanas siempre cerradas. Los chorros de humo de los vehículos que constantemente suben acelerando asfixian al más robusto pulmón, y si no que lo digan las palmeras. Heroicas palmeras, esas del Camino Nuevo. Me da la impresión cuando por allí de prisa paso, como huyendo, que se dan cuenta de su sino negro. Morirán hechas cargón. Renegridas y esqueléticas, no parecen sino víctimas conscientes de su condena a muerte, de su condena a la pena capital a plazo fijo. Pobres palmeras.

Y pobres peatones, los que cruzan a diario la calle de Bravo Murillo y los que andan por las otras calles. «Ya el humo es lo de menos, y los ruidos ensordecedores del motor; se ha hecho uno a ellos y los pulmones y los tímpanos resisten, resisten —me ha dicho mi amigo Perico el pintor—; lo que no resiste es el ánimo, el coraje, porque de tanto susto frente al conductor brutal, el jactancioso o el ignaro, ya hasta ha perdido uno los bríos de antaño.»

Los bríos... Habló bien mi amigo Perico el pintor. Termina uno por sentirse rebajado en los bríos al recibir susto tras susto. Tanto va el cántaro a la fuente...

Y yo pregunto: ¿pero es que no hay una ley que defienda al peatón? ¿Es que el peatón, en esta ciudad, es un ser sin derechos ni privilegios, sino que éstos son exclusivos del que va montado? ¿Es que es inferior, como ciudadano, el que va a pie, y superior el que va a rueda? Y digo esto porque como me ha sucedido a mí les habrá sucedido a ustedes (los peatones todos) una y mil veces: que va uno a cruzar, porque tiene prisa, y el coche que viene por la otra calle se lanza y se queda uno parado en seco, viendo pasar al coche y a los otros que vienen detrás, sin que ninguno frene, sin que ninguno pare. Y lo más que me jeringa, a mí al menos, es que según van pasando, el individuo que va al volante mira de

rejo, con sonrisita pícaro, de conejo, como queriendo decir «aguántate bardago y si no cómprate un coche bonito como yo». Porque la verdad es lastimera, pero es verdad que muchos, por el hecho de ir en coche no solamente se creen con más derecho que el que no va en coche, sino que se consideran superiores como seres humanos.

A tal punto ha llegado en Las Palmas esto del coche, de tener coche y conducir un coche, que les voy, para que se asombren, a contar algo sucedido días pasados en una plazoleta céntrica de la ciudad, próxima al enterrado Guiniguada. Y fue que estando un joven limpiando su coche aparcado frente a la plazoleta, viene otro joven y empieza a insultarlo por un asunto que había habido entre ellos y que no viene al caso mentar. El del coche seguía impávido limpia que te limpia y el otro insulto va insulto viene. Yo decía para mí: «El del coche no quiere o no tiene ganas de pelear, pero si el otro se atreve a nombrarle la madre, aquí va a haber batalla.» ¡Qué va...! Le nombró la madre y le dijo marica y lo que se le vino a la boca, y nada. Pero amigo..., díjole gritando para que todos lo oyeran «tú eres un chofejo», y la que se armó. Tiró el trapo, se le fue arriba, y en medio de la plazoleta, si no se lo quitan, lo estrangula.

De todos modos, yo opino que del Ayuntamiento deben salir algunas medidas en defensa del peatón. Que se haga algo por parte de la Corporación municipal para que el peatón no se sienta tan desamparado en una ciudad que ha tenido siempre fama de civismo y buenas maneras. Y para que al nombrar a Las Palmas, donde quiera que sea, no le vengan a uno con eso de que Las Palmas es la ciudad del peatón acorralado.

LOS TRES NICHOS

Unamuno decía que al llegar a un pueblo su primera visita, si no se lo impedían, era para el cementerio. Yo, que no soy Unamuno, digo que suelo visitar el cementerio del pueblo donde vivo una vez al año, y gracias; el día de todos los santos, o el día de difuntos.

El pasado lunes fue día de todos los santos y estuve en el cementerio. Era ya la atardecida y unas nubes bastardas emparadaban el cielo, y lo entristecían. Se alegró mi entorno al entrar, con tantas flores, con tanta gente y con los niños que jugaban. Es, sin duda, el cementerio de Las Palmas un cementerio risueño, bello, con sus estatuas y sus mausoleos y su vegetación y sus nichos empotrados en las murallas altas. Ubicado en la ruta de San Cristóbal, cabe al enclave de Vegueta aristocrática y señorial, y también arquitectural, yo rememore allí al cementerio de mi pueblo, el cementerio de Arrecife, por asociación de sentimientos, y después al de Teguiise por la misma razón. Y fue que en mi curiosidad de vivo refistoleando en la mansión de los muertos me tropecé sin querer (o tal vez queriendo, quién lo sabe) con el nicho donde reposan dos hermanos de mi padre, hermano y hermana: mi tío Leandro y mi tía Francisca Perdomo Brito. Y un mundo de recuerdos de niño me cayó encima como una lluvia torrencial en descampado, contemplando el nicho. Mi tía Francisca, según le oía a mi padre, muerta en la más tierna mocedad cuando la trajeron de Lanzarote a Las Palmas para ser operada de apendicitis, en el año seis del siglo, y mi tío Leandro que murió

ya casi anciano, allá por la década de los cincuenta, enajenado, como había vivido la mayor parte de su vida, desde que empezó a ser adulto y en la Vegueta arcaica y caciquil lanzaroteña se refugiaba buscando remedio a su locura, cura a sus males de locuras juveniles, lo que a veces conseguía. Allí, en aquel hueco de pared tapiado en mármol, la jovencita y el viejo, los dos hermanos malaventurados, duermen juntos el sueño inmenso sin ensueños de la muerte, compartiendo el mismo lecho de nicho individual.

Y el sentimiento, como he dicho, se me trasvoló al otro nicho, al del cementerio de Arrecife, donde yacen mis padres y los padres de mi padre. Y después al de Teguiise, en el que los huesos de mis abuelos maternos y los padres y abuelos de mis abuelos, todos juntos como en una gran familia (la familia de los Spínola, aunque no lo diga el nombre) esperan. ¿O es que acaso los huesos no esperan, no son capaces de esperar perdurando, no son otra cosa que despojos, materia inerte, simples huesos? Eso en el transcurso de los millones de siglos que pasarán como ya han pasado otros, habrá que verse. Yo sigo a mi manera creyendo en los huesos, igual que creo a mi manera en los muertos, en el espíritu enterrado y recóndito y arrepentido de los muertos.

Tres nichos en tres cementerios distintos: el de Las Palmas, el de Arrecife y el de Teguiise. No sé con cuál quedarme. Los tres son diferentes. Los tres son cementerios bellos, soleados, abiertos al cielo abierto y despejado.

«Templo de la verdad es el que miras, no desoigas la voz con que te advierte que todo es ilusión menos la muerte.» A éste, al de Las Palmas, lo arrulla el mar, y al de Arrecife también: «Es la muerte con su sueño profundo, fin de las vanidades de este mundo.» Y no hablo de San Lázaro y San Román, metidos tierra adentro, sino de los primeros, de los ribereños o costeros, donde las gaviotas anidarían si las dejaran y los pájaros albergarían si hubiera pájaros como había antes, hace unos años, antes de que a ambas ciudades (Las Palmas y Arrecife) la rueda y el humo del motor las inundara, las contaminara, las sepultara.

Por esto quizá yo, en una alternativa de selección a ultranza, quizá me quedara con el de Teguiise. El cementerio de Teguiise no está arrullado por olas de mar ni vuelos rastreros de gaviotas,

pero hay allí pájaros silvestres que gorjean todavía sobre las tapias, y cuervos que cruzan el cielo alto remontando el Guanapay, y alcaravanes que en la noche lunática dejan oír su «cli-cli» rompiendo el silencio dormido que se descuelga del castillo y resbala por Santa Bárbara...

Después de mi visita de difuntos y de santos al cementerio viejo de Las Palmas, y como no me quedaba muy lejos (un poco más de un kilómetro si acaso), me fui caminando hasta el hospital nuevo a ver a mi amigo Federiquito (don Federico Sarmiento Hernández) que se encuentra allí en reposo de «fornecimiento», sin querer salir de lo bien que se encuentra, de lo bien que lo tratan. Al contarle mi visita a los difuntos, me confesé con él y le dije: «Amigo mío, a partir de hoy puede llamarme usted ladrón de flores de muertos el día de todos los santos, pues le diré una cosa: le eché mano a un clavel y a una margarita de los muertos de al lado, y los puse en el nicho mío...»

No tuve respuesta. En el preciso instante se abrió la puerta y apareció una enfermera con la cena. Fijo mirando al plato, como olvidándose de todo y hablando consigo mismo, don Federiquito dijo: «Aquí se come muy bien, pero a mí me falta una cosa: el gofio. Ya verán..., ya verán cuando me suelten las jarturas que cojo...»

Fuera del hospital, encandilado por múltiples focos de los coches que en caravana continua regresaban del Sur a todo escape de chorro de humo libre, sin saber si realmente es robo quitarle una flor a un muerto, yo seguí pensando en mis tres nichos de los tres cementerios distintos de Las Palmas, Arrecife y Teguisse. Y me dije para mí, contemplando la inmensa caravana encandilante y ensordecedora: «Yo no tengo coche, pero nichos, al menos, no me faltan.»

EL MAL CUERVO

La eutanasia, como la eugenesia, ha sido siempre tema de discusión. El hombre es «un animal de costumbres», se ha dicho, y es cierto, como es cierto que el hombre «es un animal político», según lo definió el peripatético filósofo y, por lo tanto, discutidor. Sobre la eutanasia han discutido mucho los hombres, siendo partidarios unos de practicarla y aplicarla y tomando otros la posición contraria. Hace poco publicó la prensa el caso de la joven que vivió durante años conectados sus pulmones a un artefacto eléctrico. Muerta en vida, ya que su vida se limitaba a las simples funciones fisiológicas, familiares y doctores acordaron desconectarle el aparato, para que la enferma pudiera de una vez descansar, o sea morirse rápidamente. Pero resultó que desconectados los cables, ante la sorpresa de todos, la mujer seguía viviendo, no se moría. No conozco el desenlace final, pues no he vuelto a leer nada sobre el caso. No sé si vive o está muerta, la pobre mujer.

Yo, personalmente, no sé a qué lado inclinarme, sobre eso de quitarle la vida al enfermo que no tiene cura y sufre o de prolongársela con todos los medios al alcance de la ciencia. No soy capaz de fijarme un criterio propio. No sé a quiénes darle la razón ni quién la tiene. En mi conciencia no soy capaz de juzgar, no me atrevo a juzgar. Y por esto, lo más que puedo hacer es relatar algo que he sabido (y lo he sabido porque me lo han contado) sobre ciertas costumbres de nuestros antepasados en algunos lugares campesinos de esta isla de Gran Canaria.

Sirviéndole de compañía, que no de guía o cicerone, a dos amigos llegados de Lanzarote que querían comprar unas bestias caballares, me fui con ellos carretera del centro arriba hasta llegar a San Mateo. En este pueblo nos dijeron que habíamos llegado tarde a la feria de ganado, pero que tiráramos unos kilómetros más al norte, hasta Aríñez, donde se celebraba una fiesta y allí podríamos encontrar lo que buscábamos: un par de yeguas blancas corredoras, y también paridoras. Mientras mis dos amigos indagaban sobre las yeguas blancas, y como era fiesta, me dediqué a pasear y a rellenarme bien los pulmones del seco aire campestre, tan distinto al de abajo, al pesado y «jumoso» y maloliente aire de la populosa capital orgullo de Canarias. Hinchándome fuerte los pulmones estaba frente a unos árboles pletóricos de robustez y de silencio, cuando de un terraplén cercano un anciano me dirigió el habla: «Buen aire, eh; muy distinto al de allá abajo.» Yo me le quedé mirándolo al anciano un rato y él a mí también, bonachonamente, amistosamente. Y al decirle yo que sí, que me gustaba el aire aquel cumbreño y barranquero, fue cuando el anciano me contó lo que voy a transcribir, por creerlo de interés, o quizá sería mejor decir de utilidad. Me dijo el anciano: «Yo tengo ochenta años y mire cómo salto (y dio un salto enorme sobre sus pies de más de un metro y medio por lo menos), y esta salud y este salto que usted ha visto yo se lo achaco al aire que uno aquí respira desde que nació, y al gofio. Y mire... ¿usted ve allá aquel cerro empinado por la escarpada? Allá vive un compadre mío que tiene ciento quince años y todavía camina, todavía sale con unas cabras que tiene. Claro que este compadre mío nunca se ha tomado una copa y nunca ha fumado. Sin embargo otro de aquí más cerca que tiene ciento cinco, ése se bebe un litro de vino todos los días. Pero bueno, yo lo que quería manifestarle es que ustedes los de la ciudad están equivocados, yéndose a las playas en vez de venirse para acá a las alturas. Aquí antiguamente, según me contaba mi padre, pues yo no llegué a verlo, a los viejos de más de cien años tenían que matarlos para que se murieran. Me decía mi padre que los ancianos, cuando ya no podían caminar, les rogaban a sus hijos que los eliminaran, y si los hijos se negaban, ellos, los ancianos de más de cien años, ya inservibles

para nada como trastos de desechos, lloraban y suplicaban para que les dieran el mochazo. Entonces el hijo se apiadaba y se echaba al padre sobre el hombro y caminaba con él hasta una cueva, en la que el padre se acostaba y el hijo, a la voz de mando del padre de ¡ya!, dejaba caer el hacha y de un mochazo le separaba la cabeza del cuerpo... Era un bien que le hacía el hijo al padre y se hacía a sí mismo, pues de esa manera ya el viejo no comía más gofio. Esto que le cuento sucedía aquí cerca, pero más lejos y más abajo, allá cercano a las Tafiras, me han contado que había la costumbre del hijo cargar con el padre hasta un precipicio que llaman «El Mal Cuervo», y por allí lo despeñaba, el padre agradecido y el hijo también. Esta costumbre al parecer se acabó cuando llevando auestas un hombre a su padre, como el camino era largo y ya iba cansado, sobre una piedra se sentó a descansar. Y estaba el hombre descansando cuando oye la voz de su padre, que le dice: «En esta misma piedra, hijo mío, descansé yo antes de desriscar a mi padre, que también desriscó al suyo, y aquí, seguramente, descansará tu hijo cuando te llegue a tí la hora de la inutilidad total por la vejez.» Nada más terminar de hablar el viejo, lo cogió el hijo y se lo echó al hombro y traspuso con él, pero no hacia «El Mal Cuervo», sino hacia su casa, a su hogar, gritando según lo acostaba en su cama, para que lo oyeran todos: ¡Aquí llego de vuelta con mi viejo y mucho cuidado con él, porque es mi padre!

Yo no me meto en eso de la eutanasia y no digo si ha estado bien o ha estado mal desconectarle el aparato donador de vida a la joven mujer postrada en su lecho de muerta en vida. Es muy difícil juzgar. Como no juzgo tampoco a aquellos antepasados nuestros que despeñaban a sus progenitores ya ancianos por «El Mal Cuervo», para deshacerse de ellos. Lo malo es cuando se ha despeñado a jóvenes y a hombres maduros llenos de vida por fugas y precipicios porque sus ideales no servían, o no interesaban. Esto sí lo juzgo yo y lo condeno, por muchos años que pasen y por mucha tierra que quiera echarse encima del recuerdo cruel y el amargo olvido. Porque triste es, y es verdad, que más de un «Mal Cuervo» ha habido en nuestra isla, en nuestras islas.

LA CRIADA Y EL CONEJO

Los perros acechan con el rabo levantado, las orejas tiesas, los ojos centelleantes. El hurón ha sido calado y el cazador, escopeta de dos caños y cinco cartuchos contra el hombro, observa atento. Se oye un «remujo» de piedras en lo hondo, bajo la roca. Los perros tiemblan con temblor de expectativa y el cazador instintivamente apunta. El conejo ha salido raudo huyendo del hurón que lo sigue de cerca y los perros se lanzan como galgos en su persecución y se oye un tiro y después otro y otro hasta que el animalito cae acribillado y rueda barranco abajo hecho un revoltillo de arena y sangre. Los perros «casliando» le caen encima y se disputan la presa, arrastrándolo hasta arriba, hasta donde está el hombre con la escopeta de dos caños humeantes, arrogante y fiero como si hubiese librado una heroica batalla digna de las páginas epopéyicas de la Historia...

Pero el conejo, a más de los podencos y los humanos, tiene otros muchos enemigos, como bien nos lo ha hecho ver Rodríguez de la Fuente en esas bellas filmaciones televisivas de la fauna ibérica. Bocado apetitoso del hombre y de otros múltiples depredadores mamíferos y de no menos múltiples depredadores ovíferos, o alados, yo creo que no hay bichito más desamparado que el conejo, y más sufrido. Quizá sea el conejo la víctima más víctima que existe en el mundo animal de la creación. Por todos lados y en todas direcciones, de arriba abajo y de abajo arriba, lo acosan, lo persiguen, lo buscan y lo capturan y lo matan y se lo comen. ¡Pobre conejo!

Hablando de esto con mi anciano amigo Federiquito Sarmiento, a quien dentro de poco se le rendirá homenaje como viejo periodista auténtico de los de antes de la guerra, al lamentarme yo y condolerme del sino triste del gazapo (conejo joven) como víctima propiciatoria de tantos y tantos apetitos carnívoros que se desatan en su contra, don Federiquito me dijo, con esa jeitosa catadura estilística de su hablar aplatanado, tan característico en él:

—Pues mire usted por dónde yo me he dado cuenta, al decirme eso del conejo, de que hay otro ser en el mundo tan víctima o más que el conejo, tan perseguido y deseado y acorralado: la criada de casa. Me he percatado ahora mismo. Según usted me contaba lo del conejo, yo iba pensando en la criada de casa, hoy llamada sirvienta o más finamente aún asistente del hogar, para disimular. Iba pensando, según usted citaba a todos los que persiguen y se disputan al conejo, en todos los que se disputan a la pobre criada, a ver cuál de los dos, el conejo o la criada, es más víctima... Fíjese bien y vaya enumerando: en primer lugar está el soldado, que la sigue en el parque y en la calle y la piropea y la persigue hasta conseguirla o no conseguirla, que eso muchas veces depende de la capacidad persecutoria del soldado, y no me diga nada si el soldado es cabo; después el panadero, antes cuando se repartía el pan a domicilio y la criada salía al zaguán de madrugada a recogerlo; luego el tendero de la esquina y el carnicero, y no me diga nada del zapatero, cada cual a su manera y propio estilo; después el señorito de la casa, el «hijo de su papá», que tiene más ventajas que los otros, más ocasiones y predisposiciones; y después, incluso y por si fueran pocos y a veces, no siempre, hay que decir la verdad, el dueño de la casa, el papá, según las circunstancias... La que escapa, yo se lo aseguro a usted, es de puro milagro. Y a todas éstas el soldado es el que paga los platos rotos.

Traté de rebatirle un poco a don Federiquito sus argumentos, poniéndole ejemplos del pobre conejo desamparado y solo por esos campos de Dios, atemorizado, aterido, con las orejas levantadas siempre y el rabo engruñado, constantemente perseguido, acechándole el peligro en todo instante y en todo sitio, incluso en

la propia cueva bajo tierra o madriguera (su casa, su hogar) donde se ve sorprendido inesperadamente por el hurón, a lo mejor despierto, a lo mejor dormido... No hubo de qué. Fueron tantos y tan llenos de colorido los casos conocidos por él de «chachas» que sucumbieron después de «feroz y heroica resistencia a ultranza», que me convenció, llegando al acuerdo o conclusión de que si víctima propiciatoria es el conejo en el campo, tan víctima o más es la criada de casa en la ciudad.

LA CALLE DE UN HOMBRE HONRADO

Allá por 1955 publiqué un librito titulado «El Puerto de la Luz». Trataba yo de recoger en este pequeño volumen (unas cien páginas de reducido formato), algunas estampas del vivir porteño, según mi vivir (hoy se dice vivencias) en los inmediatos años anteriores, cuando aún las islas se debatían frente a las miserias y penurias acarreadas por la guerra, la mundial y la nuestra; cuando el trabajo escaseaba en las esferas pobres de la sociedad y abundaban los abusos en las esferas altas de ricos y pudientes, en las privilegiadas del comercio y el contrabando y el estraperlo, sobre todo. (Acuérdense de la época aquella atroz para tantas madres y padres de familia de las «cartillas de racionamiento».) Como pude, describí el ambiente popular y paupérrimo de los barrios y, dándole un tono humorístico al tema (humorístico y humanístico) dibujé la vida, o mejor que la vida el «quehacer», de algunos individuos de recio arraigo callejero y populachero, como fueron «Mandarria», Luciano, maestro Pepe y «Gilda», único superviviente esta última de aquella fauna humana desarraigada y pintoresca que todavía tanganea por el parque luciendo sus eternos colores orates y anacrónicos. El último capítulo de este librito lo titulé «El correillo y la jaula», y en él, después de asombrarme del aguante de los viajeros soportando durante más de cuarenta años las «rémoras» que constituían «el Viera», «La Palma» y «León y Casillo», encargados del transporte marítimo interinsular y que tardaban de Las Palmas a Arrecife doce y catorce horas si la mar se mostraba clemente y bonancible, rematé el

argumento con «la jaula», escena vivificada en la Plaza del Príncipe de Santa Cruz de Tenerife donde la acción de mi relato hizo conglomerarse a la compacta muchedumbre que se acercaba curiosa a contemplar lo insólito, lo inaudito, lo nunca visto: un hombre honrado. Allí, en la jaula, estaba el hombre honrado, flaco, escuálido, casi moribundo. Y la gente se apiñaba para verlo. Porque nunca lo habían visto, a bicho tan raro. Porque se resistían a creer que pudiera existir ya en toda la redondez de la tierra un hombre honrado.

Hoy, en 1976, han pasado veintiún años. Y hoy vuelvo a escribir sobre el tema de la honradez, de si queda por casualidad en esta sociedad nuestra alta y encumbrada y mandarina eso que se llama, o se llamó, un hombre honrado. Y el tema me lo ha sugerido una calle, el nombre de una calle, o mejor aún la reiterada reivindicación en la palestra del nombre de una calle: la porteña calle que se denominó Franchy Roca. Porque éste sí que fue un hombre honrado. Honrado a toda prueba porque a más de ejercer la profesión de abogado, ejerció a la par la de político. Un político honrado fue Franchy Roca, no se puede decir más de un hombre para enaltecerlo. Un hombre que no ya medró al ocupar cargos políticos, sino que llegó a la ruina de sus bienes personales en sus campañas y sus actividades como político.

Yo creo que no debe demorarse la restitución del nombre de esa calle porteña que se denominó Franchy Roca. Hoy, que el ciudadano medio, el hombre de la calle, no sale de su asombro al leer la prensa cada día y ver que raro es el día en que no aparece ante sus ojos atónitos la noticia venal, la de la estafa y el robo y la evasión de capitales y el fraude fiscal y otros fraudes y resonantes nombres de cargos más o menos importantes y más o menos honorables, implicados, el volverle el nombre de una calle a un político que fue un hombre honrado podría significar mucho, puede servir de mucho, ser beneficioso en la desorientación y confusión en que se debate el ciudadano que todos los días lee el periódico y, ante una corrupción descubierta y denunciada por sagaces periodistas, va a terminar por no creer en la veracidad divina del séptimo mandamiento. O sea, que va a encontrar tan natural el engaño y el hurto y la estafa, que expuesto está a pen-

sar él también en robar a la primera ocasión, por no ser menos y no considerarlo delito. Y esto es un peligro muy grande. Tan grande que puede llegar a hacerse realidad la frase de aquel extranjero que fue estafado en unos negocios de terrenos en Lanzarote y al llegar a su país y ser interrogado por sus amigos sobre el carácter y modo de ser de los españoles, contestó: «¿Los españoles?... A mí me habían dicho, antes de ir a Canarias, que tuviera cuidado, que de tres españoles dos suelen tener la costumbre de robar. Esto es mentira. La verdad es que de tres españoles cuatro son ladrones.»

Sí, yo opino que cuanto antes, y sin más preámbulos ni artículos en la prensa, y por la cuenta que les tiene a los extranjeros que llegan a las islas y a los isleños que trabajan honradamente y viven de su trabajo, debe restituirse la calle a Franchy Roca, la calle de un hombre honrado.

ASI ERA ANTONIO IZQUIERDO

Trabajó incansablemente. Hizo el bien a manos llenas. Amó mucho y no odió, si acaso despreció. Protegió a todo el que a él se acercaba y necesitaba protección: a artistas bohemios («pintores desvalidos y músicos sin partituras»), a los humildes, a los desarrapados, a los desgraciados y a algún agraciado entreverado.

Así era Antonio Izquierdo: un hombre todo corazón, que no podía ver el dolor ajeno porque se condolía. Un hombre a carta cabal, un caballero sin tacha. No podía decir no, sino siempre sí, cuando con verdad o sin verdad cualquiera que fuese se le acercaba con la mano extendida. Pobres de la fortuna, miserables de la adversidad y entremezclados con éstos también vividores y oportunistas y saltimbanquis, recibieron sus favores, llegando a veces al abuso de su desbordante generosidad, extraña y elocuente generosidad no siempre comprendida.

Hombres como Antonio Izquierdo se ven pocos hoy día en esta sociedad retorcida de ideales contrapuestos donde el egoísmo aflora a nivel del sentimiento imperante del yo, después yo y siempre y por encima de todo, yo. Para Antonio Izquierdo el pronombre personal se contrajo a la segunda y tercera personas, al tú y al él. Su yo, su persona, su propio interés, se quedan siempre atrás, frente al interés de los otros. Y así lo engañaron tantas veces, porque él se dejaba engañar, consciente del engaño ya que en el engaño mismo él encontraba una justificación y no experimentaba rencor, sino lástima. En tono humorístico, porque fue un gran humorista, comentaba con sus íntimos los chantajes, las

pilleras y las trampas de que era objeto y siempre se reía, aceptando la picaresca humana como algo consustancial al hombre y a la época, al hombre de esta época embrollada de argucias y falsedades y corrupciones y vilezas de toda índole en todos los escaños de la sociedad española al través de los continuados años, prolongados años de la férrea dictadura.

Hombres como Antonio Izquierdo nacen pocos, hay pocos. Aquí en Las Palmas yo no conozco a ninguno. Podrá haberlo, pero yo lo ignoro. Habrá, quizá, alguien que se le asemeje, pero yo no lo veo. Con su enorme, extraordinaria vitalidad, llevó a pulso él solo con su mano el timón de una empresa que, como toda empresa de envergadura, requiere el relevo en la guardia. El no tuvo sustituto, no tuvo nunca relevo. Por eso últimamente se le veía casi ciego y doblado a una banda aguantando los dolores artrósicos fechado al timón, dirigiendo la nave hasta el último momento en que la Parca inclemente le arrebató la existencia.

Pero la faceta más personal, más íntima, más suya, fue el desprendimiento, la generosidad. Fue lo que hizo pronunciar a Víctor Doreste aquella frase de cariz político: «¿El comunismo? Si en cada ciudad y cada pueblo nacieran y vivieran unos cuantos Antonio Izquierdo, el comunismo como ideal social no tendría razón de ser. El comunismo arraiga en las sociedades donde el egoísmo de los de arriba empobrece y denigra a los de abajo.»

Sí, es verdad: si en cada ciudad y en cada pueblo nacieran y vivieran unos cuantos hombres como Antonio Izquierdo, el comunismo dejaría de ser el coco temible que muchos dicen. Así era Antonio Izquierdo.

PERERA, ESCULTOR BEETHOVIANO

En una habitación alta de hotel está Perera con la informe bola de barro entre sus manos. Frente a él, Aquilino, el pintor de «Triana Alta» que recientemente expuso en la Sala Cairasco con éxito cierto de venta y de crítica, posa. Pintor y escultor se miran como si fueran dos gallos de pelea en desafío, expectantes, arrogantes... De repente el escultor dice «no te muevas ahora y sigue como estás que ya te trinqué el gesto». Y al rato, a los pocos minutos, la cabeza de Aquilino va tomando forma en la masa compacta del barro y los dedos de Perera, como si fueran diminutos dioses de una mitología bárbara perdida en el fondo de los siglos, saltan, se entrecruzan, se retuercen presionando en la materia muerta que va alcanzando vida. Creí en esos momentos en Dios, en la verdad de que al hombre lo hizo Dios con sus manos llenas de barro.

Y ahí está el busto. Hecho en una habitación de hotel porque Perera no tiene estudio, no tiene taller. El escultor isleño que ha expuesto en la capital de la nación y de cuyas manos han surgido cientos de magníficas obras de talla y modelación, no cuenta en su isla madre con un local adecuado donde trabajar, si acaso con un cuchitril de azotea donde antiguamente las lavanderas alegres y cantarinas manoteaban la ropa blanca en pileta de calicanto que una buena señora añorante de las quimeras del alma le ha cedido cariñosamente y donde el busto de Tonono, inconcluso, aguarda la feliz hora del remate final para bajar los cinco pisos de escalera arcaica y seguir la ruta de su amigo y compañero em-

plazado en el estadio insular, el malogrado y siempre llorado por la afición Juanito Guedes. Yo he visto trabajar allí a Perera y me he quedado asombrado. Allí están la pileta de piedra y la cabeza en barro, a medias, de Tonono. Perera entre la pileta y la cabeza se revuelve y tiene que agacharse, estrecharse, comprimirse entre las paredes para poder modelar. Y he pensado, contemplando la obra, en los artistas desperdiciados que de jóvenes lucharon y al fin sucumbieron a golpe de desengaños en una sociedad ahíta de apetitos bajos y envidias y odios, esas envidias y esos odios que la mezquindad de los mediocres alienta contra los dotados, contra los privilegiados del arte, verdaderos elegidos de los dioses. Perera es uno de estos elegidos. Por eso ha pasado lo que ha tenido que pasar: hambre y frío y privaciones en Madrid, en París, en su propia tierra natal. En Madrid tenía que esperar en el Hogar Canario a que le hicieran el vale para un plato de potaje, después de un día entero sin comer; en París Julio Viera le daba ánimos diciéndole «no te apures Perera, que el hambre de París es una hambre saludable»; y en su propia tierra... En su propia tierra que lo vio nacer yo he visto al escultor caminando derecho siempre y sin doblegarse por las calles de la ciudad con el busto de Saulo (el poeta Saulo Torón) a cuestas, arrastrándolo de nuevo a la pensión donde duerme y sueña después de rechazarlo el Ayuntamiento, el de Las Palmas y el de Telde, cuna del poeta.

Perera ya no es joven. Perera va remontando el medio siglo y su principal obra está hecha, después de tanto haber luchado, y tanto sufrir y amar. Yo creo que Perera se merece un poco de comprensión por parte de los estamentos oficiales que se ocupan y preocupan de la expansión cultural de las islas, y facilitarle un local digno donde poder seguir realizando su obra, y hacerle encargos y apoyarlo, y ayudarlo y recompensarlo. Su obra lograda está ahí, patente, viva, palpitante ante los ojos del que quiera verla. Los bustos de Juan Guedes, Mario Pons, Antonio Izquierdo, Saulo Torón y tantos más, atestiguan la valía del artista, como lo atestigua su última obra acabada, la cabeza del pintor Aquilino Saavedra. Y digo beethoviana no porque Aquilino fisonómicamente se parezca a Beethoven, que se parece, sino porque Perera es

una especie de músico de la escultura. Los dedos de Perera pulsán arpegios sublimes al contacto con el barro, le dan al barro tonos sinfónicos, apreciándose en sus esculturas el ritmo y la cadencia de cualquier sonata de patético músico teutón.

EL CRISTO TUERTO DE CORUJO

Estaba allí, frente al caballete inclinado de pata coja y él, con el hombro también inclinado a una banda, sujetando la paleta con la mano izquierda y con la diestra, cual espadachín, manejando el pincel frenético, embadurnando el lienzo. Yo vi cómo iba surgiendo de la nada el nuevo Cristo. El que le supondría, poco más o poco menos, mil quinientas pesetas, y hasta dos mil. Lo mismo que los otros. Igual que los otros tantos Cristos de cara limpia y pulida y barba y cabellera enmarañadas, todos iguales, que había pintado desde que llegó a la inmensa y ajetreante y cosmogónica (a veces y para los españoles) capital francesa. Aquel Cristo que iba surgiendo vivo entre pincelada y pincelada era el mismo que le había dado de comer a Corujo desde el día en que decidió trasplantarse de la Isleta del Puerto de la Luz, donde vivía y donde nació, a la Butte de Montmartre de París. Tardó tres meses en llegar de un lugar al otro. Caminando. Pero llegó.

Era la tercera o cuarta vez que yo iba a París, siempre invitado, y esta vez antes de subir a Montmartre había preguntado a otros pintores españoles por los pintores canarios. Y me habían dicho que si acaso dos o tres seguían en la Place du Tertre ganándose el manduco pincel en mano. Entre éstos, Corujo.

Subiendo peldaño tras peldaño de las superpuestas y empinadas escaleras, al fin llegué a la cuadrangular plaza, casi sin resuello. Y allí estaba Corujo. Al primero que columbré fue a Corujo. Era la hora parda del atardecer y el rumoroso lugar cosmopolítico y verbenero hervía de extranjeros y de músicos ambulantes

y de pintores y de algún que otro arruinado poeta, seguramente, también.

Corujo estaba allí, como siempre, fajado al caballete, embistiéndole con el pincel al lienzo, tratando de sacar «su Cristo» cotidiano (el que le daba el pan de cada día) a la superficie de la luz y los colores. Yo había conocido a Corujo en uno de mis viajes anteriores y en seguida tuve por él una gran simpatía, sobre todo al enterarme de la forma en que se había trasladado del Puerto de la Luz a París, caminando, haciendo «autoestóp». Y sobre todo, también, por su ingenuidad y su tremenda ignorancia, que lo hacían ser sencillo, abierto, bueno, generoso, sin falsas poses ni arrogancias fantochiles. Intuí desde el primer momento en él al artista, a pesar de su analfabetismo y su ignorancia, y no me equivoqué. Un caso insólito. Insólito y genial. Una especie de parto luminoso de los genios del arte. Un iluminado de la pintura.

Sorrasquiándome me le acerqué. Quería sorprenderlo, darle la sorpresa de mi llegada, de mi repentina aparición, pues él me hacía muerto en Bruselas, según se había corrido la voz.

Casi sin querer, en un impulso instantáneo y amistoso, le di una palmada en el preciso instante que le retocaba un ojo al Cristo, el izquierdo. El pincel crujió, resbaló, patinó ojo abajo y el divino rostro quedó transfigurado.

Para qué sería aquello... Corujo se reviró hacia atrás de un salto y gritó, desafiante: «¡El que ha sido, el que ha sido!...» No terminó la frase al verme. Dejó caer el pincel al suelo y se lamentó del momento inoportuno de mi llegada, que le había estropeado el trabajo de algunas horas continuadas. Iba ya a descolgar el bastidor para empezar de nuevo, resignado, cuando penetré en un instante toda la verdad resplandeciente bajo las mortecinas sombras de la tarde. Allí, en aquel Cristo tuerto, estaba aprisionado el arte, toda la verdad suprema del verdadero arte. «¡No lo toques!», grité. «¡Déjalo como está! ¡Esa es tu obra, Corujo!»

Y digo si era su obra. Y digo si iba a ser aquella su obra, su gran obra, la que le dejaría cientos de miles de pesetas en poco tiempo y que le daría los medios de irse a casar a Canarias con su novia pequeñita de la Isleta y que le daría el bienestar econó-

mico que hoy disfruta en una localidad veraniega del sur de España.

Corujo vendió aquel su primer Cristo tuerto a un choricero alemán en la misma tarde y al siguiente día pintó otro igual y lo vendió y cada día que siguió, mientras estuvo en París, pintaba un Cristo qu vendía, cada vez más caro. Así hizo Corujo su fortunita, y así hizo su fama: gracias a aquel Cristo tuerto por azar, del que yo fui culpable.

En uno de mis viajes últimos que hice a Las Palmas le prometí a don Paco Sarmiento escribir un día algo sobre el Cristo tuerto de Corujo, y hoy lo hago. Don Paco Sarmiento, uno de los pocos patricios auténticos que van quedando en el señorial sector de Vegueta del Real de Las Palmas, entre su variada colección pictórica de autores isleños y foráneos, tiene colgado un Cristo tuerto de Corujo. Yo no lo sé, pero me supongo que en Las Palmas habrá muchos Cristos tuertos de Corujo, y regados por el mundo muchos cientos, quizá miles, todos valiosos, y yo tuve inocentemente la culpa.

EL CRISTO MIO

Cuando dio la vuelta la procesión por la plaza y vi de cerca a Jesucristo montado en su burro (Domingo de Ramos en Las Palmas), el primer pensamiento que se me vino a la mente fue que entre todos los acompañantes, santos y autoridades y pueblo, el más cercano a Cristo era el burro, que lo sustentaba, que lo cargaba. Y admiré al burro.

Después, dentro de la misma Semana Santa de este año 76 bisiesto y bisoño, lleno de augurios y resabios, y odios y terrorismos, y asaltos y atentados, y profundas zozobras humanas que a las naciones agarrotan, y a lo que no escapa la nuestra, vi otra procesión en Fuerteventura, que también me hizo pensar lo mío. Fue la del Viernes Santo en la capital mejorera, en Puerto Cabras. Una procesión que yo estoy seguro que ninguno de los allí presentes olvidará por los días de los días. Una procesión ciertamente militar, en la que el pueblo, cogido de sorpresa, participó con el entusiasmo emocional de lo insólito y jamás visto.

Era ya noche cerrada y yo me disponía a matar en sudor el pertinaz resfriado bien abrigado en la cama con manta gruesa de pelo de camello, cuando oigo el toque acompasado de la corneta y el tambor retumbando en la calle cercana. Instintivamente, y por curiosidad, dejé el pasote bien caliente que me disponía a engullir y me fui a la puerta. El espectáculo fue único. Múltiples antorchas iluminaban la noche, encerclando la cruz de palo rústico de árbol que cuatro brazos enguantados de cuatro legionarios rudos sostenían a pulso horizontalmente, o sea la cruz tum-

bada, no empinada. A unos treinta pasos de marcha lenta al compás del tambor retumbante y redoblante y la estridencia aguda de las cornetas cuarteleras, el Cristo caía, bajaba de golpe hasta los hombros legionarios, para volverse a elevar, siempre horizontal, al reanudarse la marcha. Así hasta el cementerio (el cementerio de los Castañeyra) una y otra vez, parsimoniosamente, pausadamente, cansinamente.

La procesión siguió, desde el camposanto al cuartel, y el pueblo mayorero la seguía como arrastrado por los tambores y las antorchas. Y comprendí al instante toda la importancia del acto, la significación honda de aquella marcha nocturna del Cristo crucificado por las anchas calles de la capital mayorera. Desde hoy, desde ahora mismo, me dije, ya no habrá dimes y diretes ni tisquequis entre una población y la otra, entre la civil y la militar. En adelante se integrarán, se fundirán en una sola y misma «entidad geográfica», ya que no étnica, ya que no racial. Con el tiempo ese Tercio conocido por el histórico nombre de «Don Juan de Austria» será estimado tanto como lo fue el Batallón de Infantes, porque se ha visto que creen en Dios, como me decía una anciana que marchaba a mi lado absorta en el íntimo regazo, y aman a Cristo, a su Cristo, pues si así no fuera no pondrían tanto candor y tanto fervor y ardor al cargar la cruz.

Después, ya abrigado bajo la manta de pelo de camello, mi mente enfebrecida disquisicionó en torno a aquel Cristo tumbado avanzando entre antorchas bajo la noche mayorera. Lo comparé al que días antes había visto en Las Palmas, montado en el burro. Y los amé a los dos, y quise creen en los dos por igual. Este es el mío, mi Cristo, en el que yo creo, me repetía frente al sueño: el del burro por su humildad, según me lo supongo entrando en Jerusalén, y el acostado, o mejor tumbado en la cruz acostada, por su abandono y su dolor expresados misteriosamente a la mortecina luz de los fogones y el redoble seco del tambor y el agudo grito entristecido de la militar corneta. Este es el Cristo mío, pensaba y pensaba febrilmente: el pobre, el que no tuvo propiedad alguna ni dónde dormir ni dónde comer y despreciaba la moneda, que le quemaba en la mano: el del burro y el tumbado: el que despreciaba a los comerciantes y amaba a

los niños por su inocencia, y a los enfermos por sus quejumbres y a los miserables por sus hambres. Este es el Cristo mío, repito ahora en el instante en que escribo: el único merecedor y único cierto entre tanto oropel de iglesia y vanidades y ostentaciones litúrgicas fuera y dentro de las catedrales y los templos. Este es el Cristo mío: el callejero, el del pesebre, el del burro, el tumbado, el clavado en la cruz acostada de tronco de árbol seco. En el que yo quiero creer y ojalá llegue a creerlo plenamente, pues fuera de él no me interesan otra fe y otras creencias, ni más acá ni más allá de la muerte, la eterna muerte.

DEL LATIR MAJORERO

Estuve de un día para otro en Fuerteventura. Fuerteventurosa isla, después que cayeron las lluvias, que aunque no muy abundantes, sí lo suficientes para cambiarle la faz pelada a la tierra llana resequida y yerma, y después que de la noche a la mañana el Batallón de Infantería se fue y llegó la Bandera de caballeros legionarios.

Nada más desembarcar del «Correillo» me interné tierra adentro. Me habían dicho que el paisaje desolado y seco se había teñido del color más vivo de la esperanza («verde que te quiero verde»), y era verdad: las llanuras, las hondonadas, las montañas y los barrancos han cambiado de fisonomía. Desapareció el color mustio y pardo, el estéril color de una tierra sedienta. Por todas las trayectorias campesinas impera ahora (¿hasta cuándo?) el verde optimista, el verde prometedor de cosechas y trillas y molliendas y humos de hornos hogareños con olor a pan caliente amasado a puño los domingos y olor a borrega asada en parihuela durante las fiestas patronales de los pueblos. Hasta el monumento a Unamuno alzado estoicamente en Montaña Quemada, que se vislumbra desde la carretera, se me antojó distinto a otras veces, menos trágico ahora, menos doliente, como si también participara del optimismo entrañable de los majoreros, hombres y animales que en el campo y del campo viven y al campo le extraen el sustento.

Pero lo que más me contentó fue Puerto Cabras. (Perdónenme aquéllos a los que no les guste, pero siempre seguiré llamando a

la capital mayorera Puerto Cabras, para mí el más bello nombre de puerto que en el mundo existe). En Puerto Cabras la vida ciudadana late, se deja sentir, tiene ritmo y palpito de capital auténtica. Y lo más que me agradó fue que la construcción no se ha detenido. Así como en las otras islas, después de «la crisis», las obras de cemento y hierro sufrieron el consabido colapso, en la capital mayorera se sigue edificando y no existe el problema ése de las otras capitales insulares del «paro de la construcción», con los obreros en las esquinas sin saber qué hacer, o en grupos, o haciendo cola en las centrales sindicales o tratando de «manifestarse».

Recorriendo las calles anchas de la ciudad y hablando con las gentes en la misma calle, yo he querido tomarle el pulso a la comunidad y creo que lo he conseguido. Fuerteventura, para mí, vive unos momentos importantes de su historia. Casi estoy dispuesto a afirmar que de no ocurrir algo inesperado, o impensado, y se mantiene y se prolonga el ritmo actual de trabajo y comercio y actividad, la capital mayorera será una verdadera capital a más o menos corto plazo y la isla habrá desterrado de una vez y para siempre el apelativo de «cenicienta» que desde antaño lleva incrustado en su ser como una maldición, sino de la isla más aplana y seca del Archipiélago. ¿O resultará, acaso, que los treinta millones que entran y salen cada mes después de la arribada legionaria no alcanzan a la isla entera, sino a un sector, a unos cuantos? Hago la simple pregunta porque yo en cuestiones de finanzas y mercantilismos y economías ando cada vez más pez.

Y ya ven ustedes cómo son las cosas, de la vida humana y de la vida en general de todo lo que vive sobre la faz de la tierra; ya ven cómo de repente unas circunstancias, unos hechos, un azar, le cambia el albur completamente a un pueblo. Porque considero un azar, un circunstancial azar y no algo proyectado y planificado de antemano, el hecho de que ese cuerpo militar de choque que conocemos por Legión Española, se haya instalado en Fuerteventura y no en cualquier otro lugar de la amplia geografía nacional. Yo, cuando se desalojó el último reducto español en Africa después de Ifni y Guinea y Fernando Poo, me dije para mí, que no entiendo nada de tácticas militares ni logísticas castrenses, que

lo natural o normal sería la disolución de la Legión, ya que el esforzado cuerpo militar que lleva el nombre había estado siempre engarzado, o más que engarzado, fundido al ente africano. Me equivoqué. La Legión sigue en pie, seguramente porque debe seguir en pie, y si no en Africa, frente a Africa, lo más cercano a Africa, y por eso está en Fuerteventura.

Y miren por dónde a esa isla hermana azacaneada por los elementos naturales, la misma naturaleza (su vecindad y máxima cercanía a la tierra que fue provincia sahariana española) le ha dado el «resurgir de las cenizas» esplendorosamente, como un ave Fénix.

Como todos sabemos, ha habido discusión y controversia dentro de la isla misma y fuera sobre el pro y el contra del actual momento majorero. Que si la idílica paz de la isla se ha resquebrajado, que si las costumbres, que si la moral... No. Las costumbres, y la moral, y tantas cosas más negativas nos han venido a las islas por otros caminos, que todos conocemos. Crímenes y robos, y asaltos y drogas, y pornografía y homosexualismo, se han intensificado en Canarias a través de los canales turísticos, cosa que no ha podido evitarse porque había que fomentar la «industria», según los expertos. Nadie ha protestado de los delitos y la subversión social acarreada y traída por extranjeros desde el extranjero, por lo que resulta ridículo protestar por la muerte de una cabra (para comérsela) o por el robo de un coche, pues que yo sepa, nada de mayor monta ha tenido lugar a todo lo largo de la isla, y mira que la isla es larga.

Aunque mi visita fue corta, yo creo haberle cogido certeramente el pulso a la colectividad majorera, sobre todo a la capitalina. Y creo no equivocarme si digo que la mayoría de los ciudadanos están contentos, pasados los primeros sobresaltos, naturales, del desmoche de la cabra y la desaparición del «utilitario» del aparcamiento habitual. Al fin y al cabo, en comparancia a lo que a diario sucede en otros municipios mismamente canarios, juegos de niños, inocentadas. Lo que importa, y lo que interesa, es que al desembarcar en Puerto Cabras se vea que la ciudad tiene ritmo de ciudad, de capital, con gentes caminando por las calles y no echadas, las tiendas y los bares vendiendo sus productos, los ca-

miones transportando mercancías, los aviones y los barcos entrando y saliendo de la isla no solamente con extranjeros, sino también nacionales, y que la capital crezca, en casco urbano y censo, y aumente lo suficiente para ponerse a tono en dimensión a las extensas llanuras de la isla.

FRENTE AL MORO

Desde muchachón, allá por la mitad de los años treinta, y seguramente por la lectura de algunos libros como «Sin novedad en el frente» y «Abajo las armas», o tal vez por mi natural pacífico (pacífico y no manso o mansurrón) de chiquillo criado en la placidez campestre de la tierra adentro conejera, por todo ello quizá sentía yo cierta aversión al militarismo, o cierta tirria al uniforme y la gorra del policía y el militar, con sus armas de fuego al cinto. Tal era así, que al estallar la encarnizada contienda civil en el año 36, todos los chiquillos de Arrecife se hicieron «balillas» menos yo (creo, me parece que hubo otro, Pepito Molina, no lo sé seguro), y cuando los balillas desfilaban marciales con sus fusiles de palo yo me iba por otras calles, para no verlos, solitario y entristecido. Sentía yo repugnancia por el elemento bélico, sin duda alguna, al comportarme así. Después, más tarde, al acabarse las dos guerras, la nuestra fratricida y la mundial genocida y con los años irme haciendo hombre, fui comprendiendo que el uniforme policial como el uniforme militar son necesarios en los pueblos, en las naciones, y aquella repugnancia, voy a decir congénita, se me fue desapareciendo de la sensibilidad de imberbe mozalbete. Hoy no sólo acepto sino que, además, defiendo a la institución militar como una necesidad vital de los países que tienen fronteras y tienen que hacerse valer frente al vecino: «Hazte el fuerte para que te respeten», reza el refrán, y es verdad, referido al hombre y a las colectividades de hombres que forman las naciones.

Estas consideraciones vienen a cuento por la actitud de nuestros vecinos marroquíes después que les dejaron el paso libre para la ocupación del Sahara que se denominó Occidental o español. A pesar de los pactos y convenios pesqueros, nuestros barcos son apresados y constantemente molestados, saqueados algunos, insultados y vejados los marineros y escupidos villanamente a la cara los patrones, según informa la prensa. Y yo pienso: «¿Es que tanta debilidad ven en el pabellón que respalda la nacionalidad de nuestros pesqueros, ya que no ocurre lo mismo con los barcos de otras nacionalidades que faenan en la misma zona de aguas saharianas? ¿O es que nos han tomado ya, a los españoles de Canarias, después que por las buenas dejamos ese territorio africano, a cachondeo o algo parecido? Es para pensarlo, o para imaginárselo, al ocurrir las cosas que han ocurrido y siguen ocurriendo, más que vergonzosas, cínicas y denigrantes. Y es que la extensión de las aguas jurisdiccionales no ha alcanzado, como en otros países, las 200 millas. El día que se les ocurra con otro «dahir» extenderlas de 70 a 200, entonces sí que los canarios vamos a quedar arreglados. Ya con las 70 millas casi rozan las costas conejeras y majoreras; en cuanto las amplíen resultará que todo el Archipiélago va a quedar dentro de «las aguas moras», y entonces veremos qué es lo que va a pasar, lo que van a pretender nuestros vecinos de ahí enfrente.

Y estas consideraciones, repito, vienen también a cuento por ese prurito de algunos, o de muchos, en tirarle en cara y a la cara de la Legión instalada en Fuerteventura «la pérdida de la paz y la tranquilidad ciudadana». Porque por si fuera poco ahora resulta que una revista tan seria y prestigiada como ha sido hasta aquí «Cuadernos para el diálogo», se sale también con su arremetida. Firmado por un tal J. D. H., volvemos a leer lo de otras veces: eso de las drogas y los robos y la prostitución... A este respecto creo que lo mejor que puedo hacer es transcribir las palabras de un oficial legionario amigo mío cuando me dijo, hablando del asunto: «Sabemos que no todo son beneficios, pero lo mismo le pasa al turismo y con éste no se meten. Nos exigen una moral carmelitana en esta isla, pero ellos (algunos periódicos) anuncian películas y locales de todo punto inmorales y hasta

«condones lubricados» para «relación segura, alegre relación».

Según la citada revista, unas quinientas personas de mal vivir se han trasladado a Fuerteventura atraídas por la Legión, adueñándose de los bungalows para turistas de Playa Blanca y abriendo bares y cabarets y otros antros de corrupción. Y yo digo, y yo pregunto: ¿dónde, en qué lugar de España, de esta España de hoy turística y especulativa, no proliferan los cabarets y el homosexualismo y la depravación? Sin ir más lejos, vengan, vengan para acá a este Puerto de la Luz turístico y cosmopolita. Lo de Fuerteventura, seguramente, comparado con lo que se ve y sucede en las dos capitales de provincia, Las Palmas y Santa Cruz de Tenerife, bien mirado objetivamente, sin fobias ni rabisquerías, va a resultar un inofensivo y simple juego erótico de adultos.

Así que yo sigo con mi criterio: el Tercio Legionario Don Juan de Austria, venido de Africa, donde mejor está es en Fuerteventura, trozo de tierra española más cercano al Africa. Los moros están ahí enfrente mismo, y hay que vigilarlos, pues los moros fueron siempre moros y lo seguirán siendo. Fuerteventura, con su Legión, será la isla mejor guarnecida. ¿O hay quién piense que no? Por lo pronto, la realidad cruda es que los canarios todos nos encontramos frente al moro, de cara al moro.

INDICE

El único vivo: el bobo	9
La salvación del cura y «el Torto»	12
Los tripudos del volante	15
Esa mortífera rueda	18
Lanzarote en ruedas	20
Cantante y sonante	23
La fe, la fiesta y el ventorrillo	26
La salvación de los santos y los bigotes de don Luis	29
Los leones de mi abuelo	32
La tumba guanche y el santón moro	35
La burocratización del camello	38
El inglés y el labriego	42
De la cabeza al rabo	45
El caso de la hermana de María Cruz	47
Caramba con don Ramón	50
La tartana, don Justo y el final del siglo	53
Un hombre incorruptible	56
Callaos, hijos, callaos	59
La casita de la vieja moribunda	63
El gofio mío	66
Sobre el humor isleño	69
Lo más afrentoso	73
El gofio, la batata y el porreto	75
Yaiza, don Isaac, don Benito y el cura pobre	78
La gran garrapata	80
El ghetto tiñosero	83
La carnavalada	86
Y sigue la carnavalada, un año después	89

El hombre enjaretado	92
¿Otro año internacional?	94
La última punta	97
Y se murió Cafrune	100
A marea vacía	103
Violadores y violadoras	105
La calle de Andrés «el Ratón»	108
Del Barranco a Ripoche	113
El negocio es el negocio, hermano	116
Las muelas del Faraón	120
El hipnotizador de lagartijas	124
Muertos de hambre cara al sol	126
El barranco y la marea	129
De La Habana al Puerto	133
El águila de Triana	136
Un obispo es un obispo	139
Chocante y de mal gusto	142
Los mercaderes del templo y los otros	145
Estampa porteña	148
Sobre los aparcamientos y los parques	151
El peatón acorralado	154
Los tres nichos	157
El mal cuervo	160
La criada y el conejo	163
La calle de un hombre honrado	166
Así era Antonio Izquierdo	169
Perera, escultor beethoveniano	171
El Cristo tuerto de Corujo	174
El cristo mío	177
Del latir majorero	180
Frente al moro	184

**OBRAS PUBLICADAS
DEL MISMO AUTOR**

**DIEZ CUENTOS
EL PUERTO DE LA LUZ
NOSOTROS LOS EMIGRANTES
LANZAROTE Y YO
DESDE MI CRÁTER
CRÓNICAS ISLEÑAS**

**INEDITA: EL BAÚL (Relato par-
cial de una isla).**

BIBL.UNIV.-LAS PALMAS DE GRAN CANARIA



346576

BIG 860-9 PER cro